

W
I
N
T
E
R

929

57

В
П
И

Año VI

Tomo XIII

Núm. 57

Atenea

— Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes — —

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

008(83)(05)

E. Abreu Gómez.	<i>La literatura mexicana actual.</i>
Ricardo A. Latcham.	<i>La sombra del abuelo.</i>
Neftalí Agrella.	<i>Hai-kais.</i>
Enrique Molina.	<i>La reforma educacional en Italia. II.</i>
Roberto Krautmacher.	<i>Metáforas muertas.</i>
Miguel de Unamuno.	<i>Conoceos los unos a los otros.</i>
E. Solar Correa.	<i>El patriarca de la poesía chilena. II.</i>
Juliana Hermil.	<i>Meditaciones breves.</i>

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS.

Dilettante.	<i>La aventura sudamericana de Boris Grigoriev.</i>
Manuel Ugarte.	<i>El teatro y el cine.</i>
Marta Vergara.	<i>Panaít Istrati.</i>
José Vasconcelos.	<i>Internacionalismo cultural.</i>
Juan Paz.	<i>Crónica social. Palabras preliminares.</i>
Jaime Torres Bodet.	<i>André Gide y la escuela de las mujeres.</i>
Arturo Torres Rioseco.	<i>El modernismo y la crítica.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS — LOS LIBROS

DISPARATORIO

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00--Septiembre de 1929

EN EL CURSO DE 1929

A T E N E A

PUBLICARA, ENTRE OTROS, LOS SIGUIENTES TRABAJOS, ESCRITOS ESPECIALMENTE PARA SUS PAGINAS:

ASPECTOS DE LEÓN DAUDET,
por Manuel Vega.

EL DIARIO DE JULES RENARD,
por Alone.

VÍCTOR CATALÁ Y EL RURALISMO EN LA LITERATURA
CATALANA,
por Ricardo A. Latcham.

BENJAMÍN JARNÉS,
por Raúl Silva Castro.

EDGARD A. POE, EL HOMBRE,
por A. Torres Rioseco.

SOMERSET MAUGHAM Y SU ARTE DE NOVELAR,
por Mariano Latorre

A D E M A S:

POEMAS

de Salvador Reyes, Tomás Lago, Angel Cruchaga, María Monvel, Carlos Acuña, Félix A. Núñez, Manuel Rojas, etc.

CUENTOS

de Mariano Latorre, Domingo Melfi, Marta Brunet, Manuel Rojas, González Vera, Luis Enrique Délano, etc.

CRÓNICAS LITERARIAS Y CRÍTICA DE LIBROS

de Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), Manuel Ugarte, Luis D. Cruz Ocampo, Enrique Molina, Raúl Silva Castro, Osvaldo Vicuña Luco, Mariano Picón Salas, Marta Vergara, Eduardo Solar Correa, Roberto Meza Fuentes, Carlos Acuña, Abel Valdés, Domingo Melfi (*Julián Sorel*), etc., etc.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Septiembre de 1929 — Núm. 57

008(83)105)

E. Abreu Gómez

LA LITERATURA MEXICANA ACTUAL

ENSAYO DE INTERPRETACION

CADA vez que se estudia, parcialmente, algún aspecto de la literatura mexicana, es costumbre presentar, antes, una síntesis de toda su historia. A rastras se traen los antecedentes de cada género. El discurso no parece completo si no se socavan los rincones más apartados de nuestras letras. Se debe esto al deseo, no confesado, de disimular la pobreza del cuadro. En ocasiones el marco, el ornamento, es indispensable que supla el mérito del lienzo que limita. Don Julio Cejador y Frauca diría, con aquella su campechana entereza de fraile: de tal modo se pretende hinchar la envoltura de la empanada para disimular su falta de vianda o de meollo. Bondadoso pero inútil engaño. Aun los menos diestros, todos, se dan cuenta del ardid. También se usa—para cobrar fama de entendido y liberal—ampliar, más allá de lo conveniente, el número de los escritores. Hasta

bajo las piedras se saca gente letrada. El panorama literario se amplía con nombres extraños, de cuyos méritos no se puede hablar sin vergüenza. Todas sus obras son inéditas: la de más coraje no pasa de ser una antología. Aprovechemos la lección para no cometer semejantes pecados. Nadie espere, pues, descubrir en este ensayo de interpretación un resumen bibliográfico. Nuestro trabajo—ya lo dice su título—tiene otro objeto: interpretar el espíritu de la literatura actual. Para ello la erudición de tarjetas no basta. Es preciso sujetarse a disciplinas de índole más docta, más seria: aquéllas que—estéticas o filosóficas—, convergiendo en la producción artística, explican y aún sustentan los varios aspectos del movimiento literario de hoy. Antes de entrar en materia—y para evitar errores—, no es inútil decir lo que entendemos por literatura actual. Denominamos literatura actual a la que, aun siendo de hoy, no es contemporánea, ni vanguardista. La contemporánea abarca un espacio de tiempo demasiado amplio, cuyas normas es imposible precisar. La parcela de su tierra la cultivan—a veces en competencia indigna—abuelos, padres e hijos. Buena parte de su labor, al menos la más antigua, está ya clasificada. La vanguardista implica cierta limitación estética. Concretarse a estudiar sus manifestaciones es cerrar, a sabiendas, los ojos del entendimiento. La literatura actual no es sectaria: si posee la inquietud de todo organismo joven no olvida, vanidosa, la conciencia de su deber y de su gracia. Tal vez hasta sea un poco tímida. No se resuelve, por ahora, a emprender obras de gran aliento. Pero en su trabajo no anda a tontas y a locas, sino que se asimila los órdenes del pensamiento moderno; se adueña del espíritu de las letras; responde a la evolución genuina de los géneros y refleja, con peso y medida, el aspecto, el clima espiritual del medio en que vive. Por otra parte, es como la de Europa, literatura de post-guerra, literatura de renovación. Contiene en esencia el espíritu de las corrientes que modifican hoy el pensamiento occidental.

Así podríamos señalar su primer jalón en 1918. No se piense, sin embargo, que la nueva literatura, por nueva, se desvincula del pasado y vive por mero capricho. Sucede lo contrario. Como toda literatura genuina, de raíz, en su organismo de hoy continúa—más o menos visible—el esfuerzo de ayer. Los círculos literarios, los de dignidad histórica, no se repelen. Se desarrollan interfiriéndose. Sus valores más firmes, los que parecen inalterables, dan pie a la reacción que se opera en seguida. Lo que ayer era virtud, hoy es defecto, y vice-versa. Y si no siempre nos damos cuenta de la intimidad de estas relaciones,

es porque la literatura avanza en el tiempo como un punto señalado en la periferia de una rueda en marcha: gira sin alejarse de su eje; creemos que una vez que termine su vuelta, tornará al punto de partida, pero la rueda no está ya en su mismo sitio y, avanzando en el espacio, aquel punto, arrastrado también, ondula como una espiral que no tiene fin.

Si todo está dentro de la categoría de la historia—fenómenos de sucesión y no de repetición—, la fuerza de nuestra sensibilidad no puede desprenderse del mero comercio de tanto parecer extraño, sino de la visión viva de nuestras raíces española y aborígen. De aquí nace nuestra tradición. Pero es esta propia impureza étnica la que nos obliga, con frecuencia, a adueñarnos con más facilidad que sentido de cualquier civilización exótica. Así aplastamos nuestra cultura. La imitación, el seguimiento de técnicas extrañas asesina siempre, en todos los órdenes, nuestra originalidad. Esta es nuestra tragedia. Sin embargo, entre los titubeos, entre los ejemplos descastados de cada generación literaria, con un poco de atención puede verse la fisonomía no violada, y a través de ella el valor del espíritu.

Así la generación romántica que pone su sensibilidad al servicio de la sensibilidad de procedencia española, y olvida la suave voz criolla de su intimidad, traza las líneas de su rostro: el pesimismo. En seguida la generación francesa, la del modernismo, que para librarse del cansancio romántico, se empeña en crear una lírica descastada, y sigue los pasos de la poesía simbolista y parnasiana, inventa también su marca: la técnica. Y la generación del Ateneo que, inconforme con aquella lección, todo lo sujeta a estudio, prolonga demasiado su ejercicio, dilapida el tiempo y revela su carácter: el humanismo. Es la generación renacentista. En fuerza de criticismo olvida un poco la labor original. Después de un breve espacio de silencio, de un paréntesis que ocupa el momento crudo de nuestra Revolución (1915), nace la nueva generación. La nueva generación—juventud de treinta años—no permite hacer juicio definitivo de sus valores particulares (sería prematuro), pero sí autoriza a interpretarla en conjunto. Alguien supone—Castro Leal—que no llena su papel de fijar en forma, la transformación de la vida del país. No nos parece justa la objeción. Porque si ha habido—aunque parezca extraño—una generación íntimamente ligada a la modalidad mexicana, es esta de que hoy nos ocupamos. Pero sucede que como no es romántica, ni naturalista, no exhibe la objetividad del nuevo sentimiento, ni del nuevo escenario nacional. Se limita a interpretar su sentido.

Por otra parte, la insurgencia—de ayer y de hoy—no se refleja uniforme en las múltiples tribus que integran nuestra nacionalidad. Cada una, según su interés propio, reproduce el eco afín que le corresponde. Entonces malamente puede exigirse a la literatura que sea un prisma invertido que en vez de descomponer la luz la compusiera y la hiciera uniforme. En una palabra, la nueva literatura no se empeña en hacer poesía de la revolución. Quede este empeño para la sociología barata que hoy se estila. La nueva literatura se basta con interpretar la poesía que existe, viva o desfallecida, en la revolución. Realiza sus propósitos fusionando la raza y el paisaje de sus hombres. Y así, sin proponérselo, fatalmente, es lo que es, pero tampoco sin poner trabas para dejarlo de ser. (Entre paréntesis: la raza, tal como la entendemos, no es precisamente un lineamiento de pureza heráldica, de artificio nobiliario. La raza a que nos referimos es el resultado de la penetración homogénea y consciente de los individuos de un país, que quieren realizar el milagro de mejorar la integridad espiritual que los une. Ella es el camino por donde se realiza la historia. Es también el lenguaje de una sensibilidad colectiva. A su vez el paisaje no es mera decoración o aspecto físico. El paisaje que entendemos significa la conciencia de una región que logra despertar el germen de la vida que anida en su dibujo, capacitándolo para reflejar el sentido de los hombres, que nacen junto a la calidez de sus líneas. El paisaje viene a ser como la entraña donde se deposita la esencia de la conciencia del país.)

Cuando se realiza esta penetración de la raza y del paisaje, por más pobre que sea el resultado, se estima más que ninguno otro, porque gracias a él puede labrarse mejor la propia espiritualidad. Tal es la conquista que, en mi sentir, realiza la nueva literatura mexicana. Sus maestros mismos conforman esta idea. Reoye la voz ancestral de Ramón López Velarde; se adiestra en la sensibilidad tan fina, tan mexicana de Juan Ramón Jiménez; ensaya la técnica, más psicológica que literaria, de Proust y la disciplina del discurso de Ortega y Gasset.

Ahora cabe decir: ¿en qué proporción los diferentes géneros literarios contribuyen al dominio del nuevo espíritu mexicano? La respuesta sincera de semejante cuestión es el objeto particular de este estudio.

LA POESÍA

El grupo de los poetas nuevos que Xavier Villaurrutia llama grupo sin grupo y Jaime Torres Bodet titula grupo de soledades,

avanza como las varillas de un abanico: atado en un principio, se libra de influencias y se disgrega, ahondándose, a medida que se aleja de su centro. Y como las varillas del abanico se adhieren a una tela en la que se mira un dragón o un capricho, el grupo de hoy se proyecta sobre el dibujo que a todos complace y enamora: la arquitectura de nuestra sensibilidad. Este grupo aparece casi adulto. Produce la impresión de que sin niñez ha llegado, de un salto, a la edad madura y sin balbuceo entona, pleno, su canto. Yo diría que no viene buscándose sino encontrándose. No se deja aturdir—como ya insinuamos en términos generales—por el valor de la lírica universal. Su voz—buena o mala, no es el caso hacer juicio—se impone a todas las voces. Se advierte en su producción un suave criollismo, un como empeño, digno y mesurado, de despertar y de organizar el sentimiento popular. A mi ver, la poesía que hoy se cultiva va en línea quebrada—que desecha toda basura sentimental—entre el cantar humilde, la casa, los días, templado por la inteligencia, biombo que recata (*Torres Bodet*); y la decoración plástica, crecida y madura de la tierra (*González Rojo*). Diría también que hoy, como nunca, ciertas reminiscencias españolas fortalecen el acento de la voz niña y austera, que se escucha sin despegar los labios (*José Gorostiza*). Por otra parte, lo castizo, lo puro, empieza a expresar sin miedo, hasta con orgullo, la savia de la palabra que hasta ayer era sólo juguete de niños y que hoy aprende a serlo también de gente mayor (*Ortiz de Montellano*). Otra corriente lleva por términos de renovación y de autoridad el romance popular: el corrido. El ejercicio, empero, carece de estilo. Desnuda demasiado sus temas y olvida que la jarra no vale tanto por el barro de que está hecha sino por las manos que saben modelarla (*Miguel N. Lira*). A veces la poesía prescinde de todo ornamento literario, se entrega a la suave mansedumbre de la aldea, del barrio, de la calle desierta; hace caso omiso de todos los ruidos y entonces se acerca, así como de puntillas a la voz que nadie escucha, la voz terrible que apenas pronunciada, corre a esconderse, temblando, en el corazón (*Alfredo Ortiz Vidales*). También la nueva sensibilidad se deshumaniza. ¿Se deshumaniza? ¿No se desentimentaliza, puesto que se libra de todo aquéllo que conduce a la emoción plebeya? ¿No es mejor aún se intelectualiza? Tal vez sí. Porque lo intelectual no es biología—materia labrada—, sino psicología—espíritu por labrar, a punto de darse, a punto de llegar a su máxima plenitud. Esta poesía no la cultivan prosélitos sino creyentes que van perdiendo la fe. Sus oraciones de tan meditadas se hacen heréticas. Van derecho al corazón pero,

tentadas por el espíritu, se quedan discurriendo en el cerebro. Son de un lirismo escéptico. (*Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen.*) Con más limitación otra poesía coincide con la modalidad ultraísta. Tal palabra la escribimos con reservas. No sabemos a punto fijo lo que significa. Informamos nuestro criterio en el poco explícito ultraísmo francés. Podría explicarse su mecánica de este modo: las emociones que recibe no las retiene, ni sujeta a análisis, ni a selección previa, sino que bruscamente, con descuido, las lanza hacia fuera y las aprisiona tales cuales son por medio de la palabra. Más que literatura parece un ensayo de análisis psicológico (*Salvador Novo*). La última forma poética, en un orden sin orden, es la que proviene del trópico. Es como una poesía de civilización que se opone a otra de cultura. Sobrepone su arte, su artificio, a su conciencia, a su ciencia. Es nueva sin quererlo ser, por eso puede serlo continuamente sin cansancio. Para expresarse juega: emplea su condición metafórica, el ingenio, antes que su juicio, antes que su estado poético (*Carlos Pellicer*).

EL TEATRO

El teatro camina por dos senderos distintos y al mismo tiempo convergentes. El plazo en que habrá de realizarse el cruce de ellos no está lejos. Una senda—la más profunda—pertenece al teatro popular; otra—la más técnica—, al teatro erudito. El teatro popular, como es lógico suponer, no ha podido estructurar su inspiración en los temas de naturaleza puramente india. Y es natural. El indio, ser de carácter atávico y arqueológico, carece de capacidad metafísica; vive recluso dentro de sí mismo, ausente de toda visión externa, y por lo tanto libre, como individuo, de cualquier conflicto teatral, escénico. Representa el fondo para el estudio y la comprensión de la cultura primaria que nos pertenece. Pero es una fuerza inerte. En el avance de nuestra nave no es el viento que empuja, sino la vela, la lona, que resiste. El indio carece de expresión particular, por eso en el escaso teatro autóctono no se le emplea como unidad social sino como expresión colectiva, por medio de pantomimas y danzas. En estas manifestaciones plásticas, mímicas antes que ideológicas, tiene más importancia la cadena, el conjunto, que el eslabón aislado. De esta manera el indio es propicio para la formación del coro: su canto no es una voz, sino las voces, todas las voces del campo, de la tierra y del aire. El desmembramiento típico, propicio para crear el teatro, empieza en el criollo, en el mestizo. De la yuxtaposición de

los diversos perfiles (que sólo las mezclas producen), nacen las diferencias de carácter. (*Guillermo Castillo, Alfredo Saavedra.*)

De este estadio—vencidas las dificultades primeras—el teatro popular crea otro teatro dentro de su círculo: el de costumbres. Sus elementos son por lo general regionales. Y se explica: la región se presta para fijar con lineamientos, más precisos que cualquiera otro, urbícola o aristocrático, nuestro carácter, nuestro modo de ser. Se tropieza, sin embargo, con un escollo: la crudeza del dibujo. Como no existe, ni en esbozo, la planificación espiritual de la república, los caracteres regionales se destacan con violencia y en primer término. Falta el fondo común que amengua, que endulza los contornos. Como si dijéramos: lo regional en nuestra literatura teatral tiene un valor sustantivo, debiéndolo tener tan sólo adjetivo. Sólo a medida que aquella planificación espiritual se conquiste, lo regional podrá asentarse con sentido lícito en el nuevo plano del arte. Cada día se comprende mejor esta relación. (*Francisco Monterde, Carlos Noriega Hope.*) Se intenta también el teatro poético. Más bien no se crea sino se re-crea, se asienta sobre bases de más cimiento. Para ello se incorporan temas puramente mexicanos. Pero si se nos permite enmendar el procedimiento, diríamos: si este teatro no se limitara a los temas puramente históricos es posible que fuera más lozano, más agrio, tal vez más nuestro. Porque para crear la ingravidez poética el elemento histórico no es único. Lo poético no radica solamente en el pasado. Esta es una concepción romántica que todavía perdura y gobierna nuestra intención literaria. Lo poético es una condición específica que puede descubrirse, con verso o sin verso, con historia o sin historia, en la vida misma, con sólo romper a tiempo las relaciones que atan los hechos y la realidad, y dejar que la imaginación—no la fantasía—supla los contactos deshechos. (Por eso lo histórico es poético casi siempre, porque con la distancia, con el factor muerte, la realidad se quebranta, supliéndola la atadura incorpórea.) El teatro poético puede estar en cualquier escena presente, siempre que ésta se dibuje y se desprenda del fondo puramente efectivo. Se hace teatro poético cuando se toma de la realidad apenas lo necesario para entender el punto de partida y no perderse en la pura ascensión lírica. Con andar de puntillas una mujer deja de ser caminante y se convierte en bailarina (*Joaquín Méndez Rivas*). Mejor avance, más sabio avance se descubre en las modernas farsas. Estas por decirlo así dignifican la realidad aislándola de todo lo que es torpeza (*Julio Jiménez Rueda*).

LA NOVELA

Empieza a organizarse la arquitectura de la novela. La novela de hoy no es un ensayo híbrido—como lo fué casi siempre la de ayer—; no quiere vestir pretendidos temas mexicanos con telas de naturalismo francés o de realismo español. Tampoco quiere ensayar su estilo por medio de una anquilosada sintaxis académica; dueña de sí, aprende las locuciones de la tierra, el giro popular; ese no sé qué tan mexicano que no dice palabras, sino aliento de palabras cobardes, desesperadas. La novela de hoy sigue caminos de más crítica y de más integridad espiritual. Una modalidad suya se encamina a la expresión del período colonial; otra hacia un ruralismo, y otra, la más avanzada, reproduce las tendencias de la nueva psicología del arte. La literatura colonialista se esfuerza por incorporar aquella parte del paisaje al edificio de nuestra sensibilidad. Lo colonial constituye una tendencia literaria de sentimiento cristiano. Si tal tendencia encuentra antecedentes en Riva Palacio, en Mateos y en otros escritores, es ahora cuando adquiere valimiento artístico, porque logra que lo histórico—tema principal en aquellos escritores—se vuelva matiz secundario. Así gana en representación estética el género. Puede decirse que la literatura colonialista es un anhelo, consciente, por descubrir no ya el sucedido, la simple anécdota virreinal, sino el clima, el sentimiento de aquella época. Se ha dicho que es una literatura barroca. ¿Y qué? ¿No es precisamente lo barroco la expresión más genuina del arte colonial? ¿No resume lo barroco el refinamiento del indio, su sentido asiático, y la suntuosidad española, su sentido árabe? Si algo se le puede objetar, no es precisamente el recargo de expresión sino dos defectos menores adquiridos así como por inercia a saber: al resucitar el ambiente se quiso también revivir el habla, la fable, y al lado de esta, el guardarropa. El espíritu del género se ahogó bajo el farrago de lo arcaico. Se llegó a un verbalismo—conforme a la expresión de Alfonso Reyes—que todo lo borraba (*Jorge de Godoy, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde*). Lo rural empieza a cultivarse con valentía: valentía en el concepto no en la descripción cotidiana. Los cuadros—por ejemplo de la revolución—empiezan a retocarse y a enmarcarse. El desarrollo puramente episódico se detiene para dar lugar al lucimiento de su sentido. Se anuncia ya el estudio de la parte esotérica de la Revolución (*Azuela*). A veces el estilo pretende quebrarse demasiado; y por huir de la frase retorcida cae en un defecto tal vez mayor: la arritmia (*Xavier Icaza*).

El superrealismo utiliza la mina de lo subconsciente y de las relaciones no claramente previsibles. El superrealismo quiere descubrir, junto con la personalidad propia, la personalidad del espacio, de aquéllo que está por encima de nosotros, o apesar de nosotros. El espacio es el elemento que en mi sentir lleva el germen de la moderna orientación literaria de nuestros días. El espacio no depende de ningún estado de alma; nace, exclusivamente, de la capacidad discursiva de la inteligencia. El espacio es concepto puro, al revés del tiempo que se aviene—cuestión de ritmo—al mandato de la sensibilidad (*Torres Bodet, Gilberto Owen, Ortiz de Montellano*).

Tales son los caminos que sigue la nueva literatura en la conquista de algo que vale más que la antigua torre que se empeñaban en levantar nuestros abuelos: el espíritu de una nacionalidad literaria.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Ricardo A. Latcham

LA SOMBRA DEL ABUELO

La vida real y los sueños son páginas de un mismo libro; la costumbre llama vida real a la lectura ordenada y ensueño a lo que hojean la indigencia y el ocio ULYSSES, DE JAMES JOYCE.

ABUELO Tomás se asocia en mis recuerdos a cierto despertar consciente. Antes de él hay un limbo de vagos fantasmas, una sucesión de imágenes que repentinamente se ciñen de realidad, para ofrendar sensaciones opacas, borrosas, de algo sideral, como de una anterior existencia teosófica.

Abuelo Tomás está ligado a una casa antigua, polvorosa, a unos muebles grandes como catafalcos, a un vetusto sillón destartalado, que hacía marco a su tosca estampa de marino inglés. Recuerdo también un patio interior, donde dominaba un gran naranjo, que se vestía de gala, embalsamando el patio como una novia frutal. Allí estaba la pieza vieja y sombría cual la bodega de un barco. Abuelo Tomás prendía siempre una estufa. Yo no sé por qué semejaba un anticipo del infierno para los dos o tres chicos de la mansión. Como un viejo pirata, cansado de peregrinar por el lomo del mar y con el alma tatuada de paisajes, Abuelo decli-

naba en ese historiado mueble, último barco en que acunó su fantasía sajona.

En el mobiliario vecino se apilaban las revistas, las ropas, las cachimbas, las menudencias infinitas que secundaron su senectud rabiosa y entristecida.

Siempre flotó por la casa la sombra tenaz de Abuelo. Le dió un color especial a todas las cosas. Se fué infiltrando por los caracteres de los dos tíos: rojo y negro como corsario, el tío Frank; rojo y blanco, con descolorada e inexpresiva cara de limón, el tío Fred.

La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana.

De un patio a otro, descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de un rostro blanco y lechoso, que no mancilló el cosmético ni aún el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento.

Algo, empero, los unía: la religión puritana.

Para mí, educado en el catolicismo suntuoso y ritual, por la austerísima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón. El Dios de ellos era más duro, más victorioso, que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil cancionetas místicas y amorosas con que lo honraban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dió vuelcos al corazón, ni jamás tuvo virtudes de surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas.

Abuelo Tomás se extinguía sin soltar el timón del mando. Dormitando suavemente sobre las quimeras, siempre recordaba la pompa marina de sus días moceriles. Por eso cuando nos miraba desde la tumba de sus ojos, duros y claros ojos de acero, se nos figuraba el "Señor Capitán" y nos corría por las venas una humilde sumisión de grumetes.

Su voz era voz de mando, de amo. Accionaba siem-

pre con su pipa, cuya humosa bruma nos hacía pensar en la lejana Inglaterra de la familia, en las colinas verdes, levemente onduladas, de Bristol, en una gran casa, con losas en los corredores y arcadas de ensueño, con duendes y fantasmas y todo un silencioso cortejo evocador. Digámoslo quedamente, para que Abuelo Tomás no vuelva. Nunca le tuvimos simpatía, mientras vivió. Desde las cuencas torvas de su mirar, salía algo que nos era antipático.

Sus mismas cejas espinosas y erguidas como dos pequeñas escobillas, nos hacían temblar. Santa Claus redivivo, eso era el Abuelo. Y por grande que fuese la estimación al santo de los juguetes y de las medias colmadas, algo de espanto nos ponía en el corazón.

Sin embargo, no todo era hostil en el anciano obstinado, que se sumía cada vez más en sus fumarolas de tabaco rubio y descortezaba palos para entretenerse. En varias ocasiones nos obsequió navíos, que carpinteraba por su propia mano, dura en el mando otrora y dúctil en cepillar y pulir las maderas, en sus ocios de senectud.

Nos llamaba con voces agrias, en que después vi exageraciones de un hombre que deseaba poner disciplina en una casa de neurasténicos. Yo nunca pude soportar el inglés, pero Abuelo Tomás me lo gritaba por todas partes, vaciando materialmente las exclamaciones sajonas por mi tierna cabeza de ocho años. El diluvio vino cuando me regaló una hermosa biblia protestante, una de esas biblias lustrosas, con olor a cola, que dan los pastores y donde el fanatismo mutiló páginas, suprimió notas y castró un libro santo. Yo la guardé como algo raro. Me servía para deletrear el A B C del idioma británico, pero tenía un no sé qué de funerario, que colocaba algo recelante en la vuelta acelerada de sus hojas con filamentos dorados.

Tía Mercedes me la halló un día en el cajón de los juguetes, al lado de una espada, cuya empuñadura

de bronce tenía esculpida la figura marcial del Kaiser, y de unas papayas confitadas que se fugaron de la despensa. Todo el catolicismo hervoroso de Tía Mercedes se desencadenó sobre ese libro armatoste, cuyos folios fueron más tarde rosas de fuego en el fogón de la cocina.

—¿No te dije siempre que no recibieras nada de ese hereje? ¿No te he dicho toda la vida que cae la excomunión sobre el que lee esos librotos indecentes?

Y tía Mercedes, como heraldo flamígero del Señor de los Ejércitos, procedió a ejecutar la rápida quemazón del infolio, tras el auto de fe que me privó, por tres días, de dulces y recaudos extraordinarios.

Cuando retornaba a la casona sombría del abuelo, después de las largas vacaciones nortinas, encontraba más obstinado el cerco de aislamiento del antiguo marino. En el primer patio, la abuela se deshacía como una candela aromática. Tenía cada vez un tono más pulcro, algo de santa que realzaba la palidez cerosa de su rostro de virgen sajona. Su puritanismo era más ponderado; por sus venas corrían efluvios más occidentales. Abuelo Tomás, en cambio, era más nórdico; pareció salir de una caverna o fiordo de las islas escandinavas. Sus orejas grandes, su pelaje bizarro, las propias canciones con dejos piráticos que cantaba; sus manos de vencedor; sus ojos impenetrables y con fijezas de obstinado; toda la recia armadura que soportaba sus últimos años, decían de otra cosa, distinta, sin realces de cordialidad. La sombra del abuelo quedó para siempre grabada en mí. No se fué con su desaparición material. Quedó flotando en la casa vetusta se paseó por los patios húmedos; se sentaba y desdoblaba en el sillón destartalado. Me pareció sentir muchas veces que me tocaba con el contacto impalpable, pero certero, de una fuerza de ultratumba. Tal vez fué lo que me dió un carácter especial: sombrío, huraño, desconfiado y taciturno.

Sí; fué la sombra del abuelo la que me metió vejez en los huesos y a los diez años me hacía meditar como un cura y ponerme unos trajesnegros de sepulturero. Todavía la siento flotar. Se pasea, se mueve de una parte a otra, hace espirales.

A veces, en las noches, parece burlarse de mí. Se trepa al viejo naranjo, le sacude las hojas y cuando está de humor, se mete con los venerables infolios de Walter Scott, Dickens y George Eliot. Los deja abiertos al azar, sacude las pipas, sonoras como ataúdes nuevos; y hasta tiene humorismos extraños: se cuela por todas partes, como un mensaje de ultratumba.

Abuelo Tomás acabó por morir un día. Se fué sin darle aviso a nadie, como acelerando su voluntad obstinada. Lo hallaron tumbado, a la vera de su trono predilecto, junto a una mesa con una cachimba vacía y un novelón a medio leer. Los indicios de la muerte no se extremaron sobre su rostro duro, de lobo de mar. Apenas las arrugas se hicieron más agudas, como surcos de una siembra última. Los pelos híspidos se acentuaron; parecían ahora unos alfileres que sobresaliesen de las cejas espesísimas.

Lo vistieron de negro, poniéndolo en la capilla ardiente. Así lo contemplé por vez postrera. Ese su rostro bronceado, estaba ahora madurecido de silencio. Era el definitivo y sin apelación. Sus manos duras descansaban con suavidad. El timón invisible de sus rumbos yacía quebrado para siempre. Por vez primera, sentí afecto hacia este viejo rudo y raro, que nos metía el miedo por el cuerpo.

Adentro rezaba un pastor largo y espigado como un

espárrago. Salían unos acordes singulares, protestantes, que me echaban pavor en el ánimo.

The Lord be with you, and with the spirit.
The Lord be with you, and with the spirit.

Y así continuaba esta cavernosa letanía sepulcral.

Un terror inusitado, extraño, me empujó, acongojándome, hacia el patio luminoso, abierto a la vida y por cuyo jardín danzaba la alegría.

Mientras sacaban el negro féretro, derramé las últimas lágrimas por el abuelo. Las primeras fueron de terror. La letanía continuaba sacra y monocorde. El ataúd se perdía más allá de la gran puerta, seguido de un cortejo enlutado y solemne.

En el patio se coló una torreja gozosa de sol por entre las ramas del gran naranjo. Adentro, en el salón, se hacía más sutil la finura espectral de la abuela sollozante. Abuelo Tomás se había marchado para siempre por la gran puerta que rara vez cruzó en sus últimos años; pero su sombra recia nos siguió acompañando por mucho tiempo.

HAI-KAIS

Un carrousel no es sino un circo
que se ha desclavado
y está a merced del viento.

Si me fuera posible demostrarlo
Yo diría que el viento es un *ciempié* . . .
¡Como anda tan ligero!

El inocente joven
entró al Café . . . ¡Desde ese día
su alma fué malvada y negra!

Los niños siempre abren
la puerta de esa escuela
con sus violentos gritos.

Fué mi cielo esa tarde
su rosada sombrilla.
¡Lástima de cielo plegable!

Hoy domingo } el crepúsculo
es un incendio de llamas quietas.
¿Por eso van tantos bomberos?

¡Oh! cuántas oficinas de telégrafo
habrán saqueado para
producir tanta serpentina!

Siempre los negros
tienen
algún pariente muerto.

Este olor a alquitrán y madera }
del centro de la ciudad
me translada a la selva.

¡Terminará por reventar
su cuerda única
el violín de ese gato huérfano!

¿Era la Virgen de los Pescados
esa mujer de cofia blanca,
sentada entre los canastos?

La luna tiene eczema...
¿Y cómo desde tanto tiempo
no lo habían notado los poetas?

Hizo gemir al organillo
el ciego,
barrenándole los intestinos.

La palabra es: *Yo te amo*.
No obstante, ellas creen
que siempre es: *Te deseo*.

¡Qué espantoso silencio
el día que paren los relojes
de todo el Universo!

¿Habrá pasado un vendedor
de pitos por esta laguna
donde los sapos hacen tanto ruido?

Enrique Molina

LA REFORMA EDUCACIONAL EN ITALIA (1)

(Conclusión)

ENSEÑANZA SECUNDARIA

Entre los principales propósitos perseguidos con la reforma de la enseñanza secundaria debemos mencionar el de poner atajo a las facilidades ofrecidas en materia de educación general. Se ha querido reaccionar contra lo que se ha tenido como una consecuencia de falsas doctrinas democráticas, contra las ideas de igualdad en general y de igualdad ante la educación. El propio señor Gentile ha dicho en una entrevista:

Mi primera preocupación ha sido la de disminuir el número de colegios; teníamos muchos establecimientos y en cada establecimiento demasiados alumnos. La enseñanza secundaria ha sido casi gratuita y acogía a todo el mundo sin distinción. De sus escuelas salía, después de estudios insuficientes, un número excesivo de diplomados: de aquí la mar de abogados, de ingenieros, de profesores sin empleo que han sido la plaga de la Italia moderna, un elemento de perturbación y de agitación social, una amenaza para la paz interior.

(1) La primera parte de este estudio se publicó en el número anterior.

Luego tenemos la finalidad de favorecer la enseñanza privada para que ésta a su vez, gracias a la libre competencia, estimule a la enseñanza oficial. Como ya lo he dicho, según las ideas de los reformadores, no se debe considerar al Estado a manera de una entidad omnipotente y única dispensadora de toda educación. La ley entró, pues, a disminuir el número de establecimientos secundarios de todas categorías y en ellos a limitar el número de cursos y de clases. Con lo cual se rebajó considerablemente la cifra de los alumnos y quedaron sin colocación 600 empleados entre directores y profesores.

Y encontramos, por último, la tendencia, de carácter aristocrático, de hacer servir la educación general a la creación de una verdadera *élite*, cuidadosamente seleccionada por medio de severas pruebas. A estos fines han venido a servir los exámenes de Estado.

Los establecimientos de segunda enseñanza son de tres clases: clásicos, técnicos y normales, y todos comprenden un grado inferior y otro superior. Es una clasificación que ha seguido en sus líneas generales la que ya existía antes de la reforma. Los establecimientos clásicos son: de primer grado, el gimnasio (5 años de estudios), y de segundo grado, el liceo (3 años), el liceo científico (4 años) y el liceo de niñas (3 años).

El gimnasio-liceo de 8 años es el establecimiento secundario por excelencia. Es el único que conduce al título de *madurez* que abre las puertas de todos los institutos de enseñanza superior. El liceo científico otorga también al fin de sus estudios un título de madurez, pero que sirve sólo para ingresar a las facultades de ciencia y medicina.

El curso completo de los institutos técnicos es de 8 años. Cada grado comprende 4 años. El curso de los institutos pedagógicos es de 7 años, de los cuales corresponden 4 al grado inferior y 3 al superior.

Para terminar con la enumeración de los estableci-

mientos secundarios debemos mencionar la escuela complementaria que dura tres años, no habilita para pasar a ningún otro instituto y ha sido fundada a fin de dar una cultura general sencilla a los egresados de la escuela primaria que no están en situación de proseguir estudios más largos.

PLANES DE ESTUDIO. ESPÍRITU DE LOS PROGRAMAS

El gimnasio se divide a su vez en dos ciclos, de tres años el primero y de dos el segundo. En el ciclo inferior se enseña italiano, latín, historia y geografía, matemáticas y una lengua extranjera a partir del segundo año. En el ciclo superior, a los ramos anteriores se agrega el griego. En el liceo, que es el coronamiento del gimnasio, se continúa el estudio de las letras italianas, latinas y griegas, de la historia, de la geografía y de las matemáticas, y se agregan filosofía, economía política, física, química, ciencias naturales e historia del arte. Como se ve, se trata de dar una amplia cultura general de base clásica.

En el liceo científico se prosigue el estudio de las letras italianas y latinas, pero no el del griego. En cambio se enseña una lengua extranjera con su literatura y se agrega el dibujo.

El plan del liceo de niñas comprende lengua y literatura italianas, historia, geografía, filosofía, derecho y economía política, dos lenguas extranjeras, de las cuales una es obligatoria y la otra facultativa, historia del arte, dibujo, trabajos femeninos, economía doméstica, canto, un instrumento de música, danza.

Los cuatro años de estudios del curso inferior del instituto técnico tienen un carácter de cultura general, de base clásica también. En ellos se enseña italiano, latín, historia y geografía, matemáticas, dibujo, una lengua extranjera, estenografía y dactilografía. Los cuatro años del curso superior toman un carácter

netamente profesional. Puede comprender las dos secciones siguientes o una sola: de comercio y contabilidad y de agrimensura.

La primera prepara para el ejercicio de empleos administrativos y comerciales. En ella se enseñan letras italianas e historia, matemáticas y física, ciencias naturales y geografía, dos lenguas extranjeras, contabilidad y teneduría de libros, derecho, economía política, ciencia de las finanzas y estadística, química comercial, caligrafía. La segunda sección prepara para el ejercicio de la profesión de agrimensor y en ella se enseñan: letras italianas e historia, matemáticas y física, ciencias naturales y geografía, agricultura, contabilidad rural, tecnología rural, construcciones, topografía, química, legislación rural, dibujo.

El Instituto Pedagógico tiene por objeto preparar los maestros de la escuela elemental. El plan del curso inferior comprende italiano, latín a partir del segundo año, historia y geografía, matemáticas, una lengua extranjera, dibujo, elementos de música y de canto coral, un instrumento de música. En el curso superior se enseñan lengua y literatura italianas, lengua y literatura latinas, historia, filosofía y pedagogía, matemáticas y física, ciencias naturales, geografía e higiene, dibujo, elementos de música y de canto coral, un instrumento de música.

Se habrá podido observar que los tres órdenes de establecimientos secundarios tienen en su primer grado un fondo común formado por el italiano, el latín, la historia, la geografía, las matemáticas y una lengua extranjera, que el gimnasio-liceo clásico para ser digno de su nombre agrega a esos ramos fundamentales el griego desde el segundo año, y que el latín se conserva en los ciclos superiores de dichos establecimientos con excepción del instituto técnico y del liceo de niñas. Los programas dicen que el gimnasio-liceo debe ser desde un principio un instituto de cultura por medio de

la historia y de las humanidades, que prepare a las altas funciones de la vida civil, a las profesiones liberales y a la vida política. Prepara desde lejos para estas actividades formando al hombre moral que conoce la dura labor de la humanidad desde las cavernas en que ella vivió en estado salvaje hasta nuestra civilización, que no consiste en los perfeccionamientos técnicos tan aparentes en nuestra vida moderna, que parecen más bien fines que medios, sino en la comunión profunda de las almas y en el sentimiento de la libertad y del deber humanos.

Estudiar la filosofía—continúan los programas—no significa estudiar una materia determinada sino elevarse a la consideración filosófica de ciertos problemas. Tal estudio tiene que consistir, ante todo, en ejercitar la libertad de pensar, reconociendo y estableciendo las leyes íntimas del espíritu. En lo tocante a la química, la historia natural y la geografía, el objeto no estriba en la acumulación de nociones aprendidas sino en la organización de estas nociones en el espíritu. Será menester exigir, pues, no desmesurados esfuerzos de memoria, enumeraciones de nombres y de descripciones, sino concepciones claras y precisas, y la capacidad de asociar los fenómenos naturales, de darse cuenta de los problemas que presentan y de los métodos cuya aplicación se recomienda para resolverlos.

En los candidatos al magisterio debe formarse desde el principio del segundo ciclo una conciencia humana, orgánica y sólida. . . Hay que excluir toda recitación, todo *psitacismo*. La lectura de autobiografías debe ser considerada como una preparación al estudio de la psicología, no de una psicología abstracta y esquemática, sino entendida como una aptitud para entender las almas.

Todo estudio secundario debe tender, pues, a desarrollar la autonomía del espíritu y el juicio personal por un método activo y el estudio directo de la realidad. Entre estos métodos debemos recordar el que ya hemos mencionado y que recomienda que los alumnos en las clases de letras, filosofía e historia lean las obras mismas de dos o tres grandes autores y no resúmenes o trozos de antologías.

A la realización del fin cultural indicado ha tendido también la agrupación de dos o más asignaturas que deben ser desempeñadas por un mismo profesor, dejando así de haber profesores de un solo ramo. De este modo se han formado las siguientes agrupaciones que

sirven de base para la organización del trabajo escolar y para los exámenes que los candidatos al profesorado deben rendir en los concursos: latín-griego, italiano-historia, italiano-latín-historia, filosofía-historia, matemáticas-física, ciencias naturales-química, etc.

EXÁMENES

El coronamiento de esta organización es un riguroso sistema de exámenes. El desorden en la materia había sido grande después de la guerra.

Los jóvenes habían tomado la costumbre de no conquistar por sí mismos los grados universitarios a que aspiraban y de no hacer esfuerzos para merecer el juicio que deseaban. No desdeñaban con altivez toda concesión inmerecida, y, al contrario, la solicitaban por medio de toda clase de humillaciones.

Hay exámenes de admisión, de capacidad, de pasaje, de licencia, de habilitación y de madurez. Los tres primeros son de entrada y los tres últimos de salida.

El examen de admisión es obligatorio para ingresar al primer año de un instituto, de una escuela, al segundo ciclo gimnasial y al grado superior de todos los institutos de segunda enseñanza. Dentro de un mismo ciclo la promoción de un año a otro se lleva a cabo por medio del examen de pasaje a que deben someterse sólo los alumnos que en cada materia no hayan obtenido por lo menos 6 puntos en un máximo de 10.

La prueba de capacidad es una especie de examen de admisión para aquellos jóvenes que quieren ingresar a un establecimiento del Estado, aprovechando las vacantes que se vayan produciendo en el número fijo de alumnos que puede admitir.

El certificado de *licencia* se otorga a la conclusión de los estudios de la escuela complementaria y del liceo de niñas, establecimientos que tienen su fin en sí mismos. La licencia no habilita, pues, para ingresar a un instituto superior y el examen correspondiente se

toma en el interior de la respectiva escuela por su propio personal.

La *habilitación* es el título dado por el instituto técnico y el Instituto Pedagógico y permite entrar a las carreras que hemos mencionado anteriormente, mas no para proseguir estudios universitarios.

La *madurez* se obtiene al salir del liceo clásico y del liceo científico. La del primero, como ya lo hemos dicho, permite matricularse en todas las facultades; la del segundo solo en las de ciencias y medicina. Para la *habilitación* y la *madurez* se ha establecido el examen de Estado. Antes de la reforma la *madurez* era un examen interior de los establecimientos del Estado, en que los alumnos eran interrogados por sus propios profesores. A partir de Julio de 1924, este examen se rinde ante jurados que funcionan en localidades fijadas por decreto y ante los cuales deben presentarse tanto los alumnos de los colegios de Estado como los de los colegios particulares. Los jurados comprenden un tercio de representantes de la enseñanza superior y dos tercios de la enseñanza secundaria. En cada ciudad los jurados se integran hasta donde es posible con profesores de otras ciudades y aún de otras regiones.

Como se ve, el examen de Estado en la instrucción secundaria corresponde casi por completo a lo que era nuestro bachillerato en humanidades, diferenciándose de él por la forma en que se constituyen las comisiones encargadas de recibir las pruebas.

LA ENSEÑANZA SUPERIOR

En la enseñanza superior, el primer problema que hubo que abordar fué el del número de las universidades. Se encontraba que las universidades eran demasiado numerosas y que había una superproducción intelectual o pseudo intelectual que constituía un motivo

de graves preocupaciones para el porvenir económico, moral y político del país.

El decreto orgánico de 30 de Septiembre de 1923 lo resolvió clasificando los establecimientos superiores en tres categorías. Las dos primeras clases, A y B, comprenden las universidades del Estado. A la clase A pertenecen aquéllas que están enteramente a cargo del gobierno y que son completas, o sea, que cuentan con las cuatro facultades clásicas (de Derecho, de Letras y Filosofía, de Medicina y de Ciencias matemáticas, físicas y naturales) y con algunas escuelas e institutos especiales. Este grupo contiene diez universidades, a saber, las de Bolonia, Gagliari, Génova, Nápoles, Padua, Palermo, Pavía, Pisa, Roma y Turín.

En la clase B quedan aquellos institutos que bien pueden no ser universidades completas o aun estar reducidos a una facultad. Estas universidades son mantenidas por asociaciones locales con una subvención anual fija del Estado. A este grupo pertenecen catorce y entre ellas figuran como las más importantes las de Milán y Florencia.

La elección y el estatuto de los profesores y la organización de los estudios son regidos por las mismas disposiciones en los grupos A y B, y los profesores pueden pasar del uno al otro previo informe favorable de las facultades respectivas.

El tercer grupo comprende los establecimientos superiores libres. Sus estatutos deben ser remitidos al Ministro, quien examina sobre todo si sus recursos financieros regulares permitirán el funcionamiento de la universidad. La elección y sueldo de los profesores, el régimen de los estudios y de los exámenes deben—para que los títulos conferidos sean reconocidos por el Estado—conformarse a las reglas dictadas para los establecimientos de los grupos A y B. El Estado puede suprimir por simple decreto real todo establecimiento libre de enseñanza superior cuyos medios financieros

sean evidentemente insuficientes o cuya enseñanza sea peligrosa para el orden público.

La solución que acabamos de apuntar al problema con que encabezamos este párrafo no suprimió en verdad ninguna universidad, pero las del tipo B podrán vivir en su plena integridad sólo si responden a las necesidades y a las energías locales y si son útiles a su vez a la nación. En caso contrario desaparecerán o se verán reducidas a las facultades que respondan a necesidades sociales.

Una segunda gran característica de la reforma es el establecimiento de la autonomía universitaria. El decreto ya mencionado dispone que

las universidades e institutos obtengan personalidad jurídica y autonomía administrativa, didáctica y disciplinaria en los límites señalados por el presente decreto y bajo la supervigilancia del Estado ejercida por el Ministro de Instrucción Pública.

Hemos instaurado en las Universidades—decía el Ministro al Consejo Superior—la libertad más amplia para los cuerpos constituidos y las personas privadas que quieran fundar otros nuevos, para los profesores, para los estudiantes, para la función universitaria en sí... La universidad no puede vivir sin una plena libertad didáctica que no sólo significa para cada profesor la facultad de enseñar según su manera propia, según las exigencias de su doctrina y de sus convicciones científicas, sino también para cada instituto la facultad de organizar libremente la enseñanza; libertad no sólo de combinar diversamente para fines distintos las diferentes materias, sino ante todo libertad para establecer y definir cuáles deben ser estas materias, de qué manera deben ser enseñadas y cómo se ha de reconocer el progreso de los estudios; libertad en fin de escoger los profesores, puesto que en verdad la materia que se enseña depende de ellos y no a la inversa.

Interrogado por mí sobre el particular, me dijo el señor Gentile que la autonomía didáctica iba permitiendo a las facultades adaptarse a las exigencias nuevas, con la organización de seminarios y con la introducción gradual de nuevas asignaturas, como las de Derecho Sindical y del Trabajo que recientemente han sido incorporadas en los planes de casi todas las facultades jurídicas. Ha permitido también la institución de facultades de ciencias políticas en dos universidades, el establecimiento de diversos tipos de doctorado y la creación de escuelas autónomas de geografía re-

fundiendo enseñanzas de las facultades de letras y de ciencias.

Los principales órganos de la autonomía son el Senado Académico y el Consejo de Administración. El Senado lo componen el actual rector, el rector precedente, los decanos de las facultades y directores de las escuelas universitarias. Su papel es didáctico y disciplinario. El Consejo de Administración lo integran el rector, dos profesores elegidos por sus colegas, dos representantes del gobierno, de los cuales uno debe ser el intendente de las finanzas de la provincia, quien tiene la obligación de asistir a todas las sesiones y, eventualmente, dos representantes de asociaciones que subvencionen a la universidad. El Consejo asesora al rector en su gestión financiera. Prepara el presupuesto, que no es sometido a la aprobación del Ministerio, vigila su inversión, y rinde directamente cuenta de los gastos al Tribunal de Cuentas.

Pero para formarse una idea lo más completa posible de la reforma estimo que conviene mirar también la autonomía a la luz de otras disposiciones. El rector es nombrado directamente por el rey sin que medie ni elección ni presentación en ninguna forma de parte del cuerpo de profesores. El gobierno no tiene que sujetarse a otra condición que a la de nombrar a un profesor regular de la universidad. De análoga manera se hace el nombramiento de los decanos de las facultades, sin ninguna intervención de parte de los profesores.

Los profesores universitarios, según hemos visto anteriormente, son obligados al tiempo de su nombramiento a prestar un juramento de fidelidad, y agregaciones recientes a la fórmula del juramento, afirma Henry Goy (1), llegan hasta referirse a la participación que el profesor pueda tener en sociedades secretas.

En los testeros de todas las salas de clases, de todas

(1) *La politique écolaire de la nouvelle Italie*. Page 294.

las universidades que visité había, como ya he dicho antes, un crucifijo. Sin tocar para nada la cuestión religiosa en sí me detengo a mostrar esta circunstancia por el significado que en virtud de su uniformidad pueda tener para apreciar el grado de libertad de que disfrutaban las universidades. Los emblemas religiosos pueden estar bien dentro de universidades de la correspondiente confesión, pero no en institutos del Estado que deben permitir al espíritu tentar la aventura de soluciones fuera del dogma y de la tradición. No es posible dejar de ver que las disposiciones y los hechos apuntados entrañan, a pesar de las palabras del señor Gentile, muy importantes limitaciones a la autonomía de la universidad y a la libertad de los profesores.

No hay más que dos clases de profesores universitarios: los regulares y los *privat-docentes*. Los primeros son nombrados al comenzar por tres años y, después de este período de prueba, nombrados definitivamente o excluidos. El profesor regular empieza con un sueldo de 12,000 liras, pasa a ganar 14,000 cuando es nombrado definitivamente y entra a percibir 18,500 después de quince años de servicios.

Para llenar la vacante de una clase se puede trasladar a ella un profesor regular ya colocado o nombrar uno nuevo. En el primer caso no se necesita más que el informe favorable de la facultad respectiva. En el segundo la facultad donde se ha producido la vacante debe presentar al Ministro una lista de tres *privat-docentes* que enseñen la misma materia o una materia análoga. Una comisión nombrada por el Ministro, a propuesta del Consejo Superior, examina esa nómina la rechaza, la acepta o la modifica. El Ministro tiene la obligación de nombrar al que figure en primer lugar en la lista formada por la comisión.

La nueva ley ha dado mucha importancia a la docencia libre, considerándola como un saludable estímulo para los profesores regulares. Para obtener la

habilitación a ella se necesita tener el título de doctor y ser aprobado en un examen que se rinde ante una comisión de tres profesores que se nombra por dos años para todo el reino.

Dentro de cada universidad los exámenes son de dos clases: anuales o «de provecho» y conducentes al doctorado o «laurea». Los exámenes anuales se toman por grupos de asignaturas, como ocurre en varias de nuestras escuelas universitarias. La universidad tiene poder para reglamentar como lo estime conveniente la rendición de estos exámenes; pero los grados y títulos que ella otorga no llevan consigo más que un valor exclusivamente académico y no capacitan para el desempeño de ninguna profesión.

La habilitación para el ejercicio profesional es conferida por los exámenes de Estado a que son admitidos solamente aquéllos que hayan obtenido el doctorado (*laurea*) en las universidades e institutos superiores reales o libres.

La ley coloca en el mismo pie de igualdad a las universidades libres y a las fiscales.

Las comisiones para tomar los exámenes de Estado se reúnen todos los años en diferentes ciudades indicadas por la Junta del Consejo Superior. Dichas comisiones se hallan compuestas en distintas proporciones de profesores regulares, de docentes libres y de personas extrañas a la enseñanza.

Vale la pena señalar el hecho de que respecto de la profesión de abogado se ha tomado la medida drástica de establecer un lapso de cinco años entre el doctorado y el examen de Estado, tiempo que los candidatos deben consagrar a la práctica forense.

CONCLUSIONES

Respecto de la reforma de la instrucción primaria, no he encontrado sino opiniones favorables a ella. To-

dos ensalzan los brillantes resultados de los nuevos métodos que estimulan la espontaneidad de los niños. El señor Gentile me dijo que la reforma había producido ya muy buenos frutos en la enseñanza secundaria. Me parece indudable que ha aumentado la seriedad de los estudios y que se ha robustecido la disciplina; pero pude notar en los liceos que visité que había ciertas dificultades de organización y que los profesores estaban molestos con motivo de la agrupación de cátedras, porque se han encontrado de repente a cargo de asignaturas para las que no se habían preparado.

Por otra parte creo que el propósito de combatir la igualdad ante la educación, que ha inspirado la reforma de los establecimientos secundarios, puede llegar a suprimir la igualdad de oportunidades, lo que sería un mal nacional. Es inaceptable la idea abstracta de igualdad entre los hombres, pero es de valor vital para la comunidad mantener la igualdad de oportunidades a fin de que los niños talentosos y mejor capacitados puedan alcanzar el desarrollo que merecen.

Con las restricciones puestas por la reforma gentiliana es de temer que la selección de la *élite* de que se habla se efectúe sólo dentro de las clases afortunadas.

A pesar de que se me dijo que había sordas resistencias a la reforma entre los universitarios, tengo la impresión de que ella en este orden de la enseñanza ha intensificado la seriedad de los estudios y ha afirmado la disciplina.

En cuanto a las universidades y colegios particulares pienso que, fuera del régimen de plena libertad de que gozan en los Estados Unidos de Norte América, no pueden encontrar situación más satisfactoria para ellos que esta de entera igualdad con los establecimientos fiscales que se les ha creado en Italia.

Roberto Krautmacher

METAFORAS MUERTAS

SE ALE permitido al autor del presente artículo, en los estrechos límites de su humilde condición de hispanófilo, contribuir con una pequeña cuota filológica para difundir el conocimiento científico y la inteligencia más profunda del hermoso idioma español. No sólo para el estrecho círculo de los eruditos está destinado el presente trabajo sino para todos los hijos del pueblo que toman afecto por la generación, la vida y la prosperidad de la lengua de Cervantes.

Sucede a menudo que el erudito, por más versado que esté en idiomas extranjeros, se ve inhabilitado para dar una explicación satisfactoria de los términos más trillados del idioma; y penetrar en el sentido íntimo de la acepción de una palabra le es a veces harto difícil. Sólo al que llega a las fuentes del idioma se le abre el conocimiento de sus arcanos. Afortunadamente, la Semasiología cuenta día a día con más adeptos.

El punto de vista más correcto de todo estudio idiomático es el histórico. Tal como el ojo del hombre, cuando mira todos los días las bellezas naturales de su terruño, con el tiempo pasa impasible e indiferente sobre el paisaje más hermoso, así el hombre puede perder también la facultad de apreciar debidamente los primores intrínsecos de la lengua. Las palabras le sirven únicamente como medio de hacerse entender y se deslizan de sus labios tan flúidas que apenas le queda tiempo para reflexionar sobre su origen o su vida evolutiva, evidentemente, porque han cambiado su aspecto en contenido y forma, y, por eso, causan al contemplador profano la impresión de una imagen velada.

Preciso es, para darse cuenta cabal de su estructura y profundidad de concepto, quitarles este velo. El premio corresponderá entonces al esfuerzo, porque en alas del pensamiento nos sentimos llevados a los tiempos más remotos, y, al descorrerse el velo, se nos ofrece el espectáculo del recorte de una cultura arcaica, tan clara y nítida, como si la viéramos con nuestros propios ojos.

De gran trascendencia en la Semasiología es el uso de la metáfora. Es ella el medio más eficaz para la nomenclatura de complejos de representaciones intelectuales, para las cuales no existen aún vocablos adecuados. Su empleo, sin embargo, no se concreta sólo a los casos en que existe tal necesidad. También en los casos, que disponen ya de un término propio existente, se observa un impulso íntimo que tiende a una expresión metafórica. Es la metáfora algo que emana de la naturaleza humana con urgencia, no sólo en el lenguaje poético sino ante todo en el lenguaje vulgar que propende siempre a la caracterización intuitiva y más enérgica. Al examinar nuestro propio lenguaje resulta que en cada frase, en cada expresión, se oculta una imagen.

Es indudable que los complejos de representaciones que obran más poderosas en el alma, facilitan la creación de las metáforas. Lo apartado del entendimiento o interés se hace más perceptible por la sustitución de algo más cercano. Bien acierta Schopenhauer al decir:

Los símiles son muy valiosos, por cuanto reducen una relación ignota a otra notoria.

La individualidad del interés se da a conocer en la elección de las expresiones metafóricas, y por la cantidad de las metáforas empleadas en una lengua se conoce qué calidad de intereses prevalece en una nación. Las más frecuentes son las tomadas de los quehaceres de la vida diaria, de la agricultura, crianza de animales y oficios de artesanos.

Una metáfora está viva cuando la imagen queda manifiesta al que habla, cuando el individuo tiene la conciencia de no usar una designación directa e inmediata, sino de expresarla por el medio de una transparencia perifrástica. Muy a menudo, empero, sucede que las metáforas por el uso continuo se endurecen. La imagen primitiva se ofusca, se turba y se cubre con

un velo. Entonces ya no es perífrasis sino relación directa. La metáfora ha muerto.

Es muy difícil determinar si una metáfora está viva o muerta, y hay casos en que es del todo imposible discernirlo; además el sentido lingüístico es muy variado según las personas.

¿Se siente todavía en la palabra «comprender» el conexo con «prender»? Antes uno podía comprender con las manos (*comprehendere manibus*), hoy sólo con la mente (*comprehendere animo*), expresión de acción sensible aplicada a una espiritual. La palabra «señorita» viene del latín *senior* = la más vieja, ¡qué paradoja! ¿Acaso se percibe aún la imagen, o en «erudito» (*ex rudis*) el que ha salido del estado de rudeza? No, ha desaparecido por completo la metáfora, está muerta. Con otras palabras: entre la cosa y su designación hay completa adecuación. El eslabón entre la acepción propia y la traslaticia se rompió. Sólo en la lexicología o semántica se mantiene aún la unión en la conciencia del que habla, las palabras se ha hecho dos. A las metáforas muertas o medio-muertas, las llama Jespersen «ex-metáforas». Cuantas más mueren, tantas más nacen. La necesidad de crear nuevas imágenes, a cual más grotesca, existe y existirá siempre. La sienten todos los poetas, y en cada hombre, esté hablando o escribiendo, hay algo de poeta, y el mayor de todos es Sancho Panza. ¿Por qué? Porque la fuente más rica de innovación lingüística y semasiológica emana del idioma vulgar, del «argot», de los dialectos, que usan metáforas en forma abundantísima. Una página de un diccionario del «argot» o germanía contiene más metáforas que una poesía de P. Antonio González o de Pedro Prado. El idioma más fecundo en imágenes es, a mi parecer, el castellano. Sancho Panza habla en forma más pintoresca que el mismo Goethe. ¿Prueba? Léase el capítulo 33, II parte, del *Quijote*.

Requisito indispensable de un estilo plástico es que la imagen usada nos convenza de su necesidad; es por eso que Quintiliano exige de su «Translatio», que nosotros llamamos metáfora, que deba «plus valere eo, quod expellit», que debe valer más de lo que expulsa.

A medida que la fantasía continúa formando nuevas metáforas pierden las usadas su fuerza, degenerando en términos incoloros que ya no satisfacen la plasticidad del sentido retórico. Curioso, que en los más de los casos la imagen primitiva no resalte tanto del plano de conciencia cuando hablamos como cuando la vemos escrita. Entonces despierta nuestra reflexión. Las podemos considerar como fórmulas petrificadas, como monedas cuyo relieve se ha borrado y que se puede conocer sólo

mirándolo y comparándolo con atención. Un conocido lingüista ha llamado a la lengua un herbario de marchitas metáforas, y la metáfora que emplea el poeta Lenau en los siguientes versos se puede aplicar también a las metáforas muertas que se parecen a los bloques erráticos del archiidioma:

Un mundo remoto dejó en este valle
para contemplativos caminantes
sus sueños pétreos.

Ya hemos dicho que el caudal de términos metafóricos forma el alma y la riqueza de un idioma, y el orador puede echar mano a este tesoro a su antojo, tal como el vate a sus fórmulas épicas, cuando, por ejemplo, habla de «la hardida lanza» y de «la vellida barba» (*Poema del Cid*) sin designar la persona a que corresponden.

Son como recortes muy expresivos que nos permiten una mirada a un mundo perdido, reproduciendo el estado de cultura de otros tiempos.

El latín clásico fué, sin duda, tan rico en imágenes como el castellano. ¡Lástima grande que ya no podamos distinguir sus símbolos! Para demostrarlo vamos a diseñar a continuación unos perfiles de la vida de los antiguos romanos.

La vida en el Lacio descansaba enteramente en la agricultura y la crianza de ganados, que conservaba todo su vigor moral mientras este ramo de actividad social permanecía en pureza intachable. Rústicos eran el modo y la peculiaridad de los antiguos latinos. Esta ocupación era considerada aun en los tiempos de vida refinada la más noble después de la organización política y militar, de manera que Horacio pudo aún ensalzar al hombre

qui procul negotiis
ut prisca gens mortalium
paterna rura bobus exercet suis,

lo que el poeta de la Edad Aurea, Argensola, repite en los versos:

Dichoso el que apartado
de negocios, imita
a la primera gente de la tierra,
y en el campo heredado
de su padre ejercita
sus bueyes, y la usura no le encierra.

Al fundar una ciudad, se trazaban con el arado los surcos (*lira*) que designaban los muros, y la división de la propiedad

formaba la base de las castas o familias o tribus. Como indica la palabra, eran tres, los Ramnes, Tities y Luceres, y sólo desde el rey Servio Tulio cuatro. De ahí «tribuere» significaba repartir entre los tres y «tributum» lo repartido entre los tres y los «tribuni» los encargados de esta repartición, y de ellos se deriva el «suggestum tribunale», el tribunal. Así la lengua encierra un gran tesoro de términos que fueron trasladados de la agricultura a otras relaciones. Como vetustas metáforas se manifiestan:

Delirio de «delirare» = de + lira = salir del surco o desvariar, salir del propósito.

Atribular de «tribulare» = trillar con «tribulum», un palo con tres palitos colgando de un extremo.

Prevaricación de «praevaricari» = trazar líneas curvas en el campo o faltar a la fidelidad.

Emolumentos de «ex + molere» = la molienda o la utilidad que corresponde a un empleo.

Calamidad de «calamitas», de «calamus» = daño que causa la tempestad entre los tallos (caña) de los cereales.

Rival de «rivalis», el vecino que posee la misma merced de agua (rivus = arroyo) y por las contiendas con él, el rival.

Acervo de «acer» = el montón de pajilla que sobra.

Siglo de «saeculum» en su acepción primitiva «tiempo de siembra» de «satio» (fr. *saison*) = sazón, y más tarde la centuria de años («sero, sevi, satum, serere»); de ahí también Saturno, dios de la siembra.

Corte de «cohortem», de co + hortus = cerco del jardín.

Pecunia de «pecus» = el ganado como medio de intercambio comercial.

Viuda de «vidua» con la raíz «vid» que encontramos en *divido* = privado de algo. «Populus vidua» era el álamo privado de la vid que se cultivaba arriándola al árbol.

Septentrional de «septem + trio» = los siete bueyes que servían para la trilla, más tarde la constelación sideral de la Osa mayor.

Egregio de «ex + grex, gregis» = el apartado, por su calidad, del rebaño.

Hígado de «ficatum» = del ganso cebado con higos (*figus*); es dudoso.

Trigo de «triticum», de tero, trivi, tritum = la molienda.

Peregrino de «per + agros» = el que llega a la ciudad atravesando los campos (agri) que circundan la ciudad.

Manojo de «manipulus», de manus + pleo = llenas las manos.

Terreno muy fecundo en tropos forma la organización militar romana. No es de extrañar que en un pueblo, cuyos habitantes, desde el punto de vista cívico-político se llamaron «Quirites» (*populus Romanus Quirites*) es decir, hombres de lanza (*curis* = asta) salpique a guisa de flores su lengua con términos guerreros. La guerra fué el elemento vital de los romanos. Dice Cicerón en *Tusc*, II. 16. 37:

Nam scutum, gladium, galeam in onere nostri milites non plus numerant quam humeros, lacertos, manus; arma enim membra militis esse dicunt.

De los tiempos más remotos son las metáforas siguientes:

Gritar de «quiritare» = llamar en auxilio a los «quirites», los conciudadanos.

Despojar de «despoliare», de «spolium» = la armadura, o quitar la armadura al enemigo vencido; la analogía la tenemos en «robar» del gótico «raupan» o «rauben» en alemán, fr. *rober* y la *robe*, el vestido quitado.

Intervalo de «intervallum» = el espacio que mediaba entre dos trincheras.

Príncipe de «princeps», de «primum + capere» tal como partícipe de «particeps» por el que toma sólo una parte del botín, mientras el «princeps» toma primero.

Premio de «praemium» de «prae + emere» = tomar antes que los demás e. d. recibir la recompensa.

Excelente de «excellere»: está tomado de los ejercicios de tiro, salir el tiro más arriba del blanco

Subasta de «vendere sub-asta» = vender al enemigo cautivo debajo de la lanza como esclavo.

Salario de «salarium» = la ración de sal que recibieron los soldados y oficiales de provisión semanal, que más tarde se cambiaba en oro.

Disciplina de «disciplina» de «discere» = aprender.

Delicias de «deliciae», de «delicere», de de + lacio = seducir a alguien para dejar el camino recto de disciplina, porque la severidad romana (*gravitas*) consideraba las diversiones como seducciones ilícitas.

Virtud de «virtus», de «vir» = el varón, significaba valentía, calidad de hombre y no de mujer como más tarde, así aún en el *Poema de Mío Cid*. «Melius est virtute ius, nam saepe virtutem mali nanciscuntur.» («Mejor que la valentía es el derecho pues la primera la logran también los malos.»)

Ignominia de «in + nomen» = no tener nombre, como los esclavos.

Nomenclatura de «nomenclator» = el esclavo que, precediendo a su amo, debía llamar los nombres de las personas que encontraban en la calle.

Soldado de «solidatus» de «solidus» = una moneda sólida de 25 denarii que recibieron de sueldo (alemán *Soeldner*, ingl. *soldier*).

Solemne de «solemnis», de «sollus» = «totus + annus» = solannis, lo que se repite todos los años.

Precipicio de «praeceps», de «prae + caput» = arrojarse con la cabeza adelante.

Prócer de «procerus» de «pro + cerus» de *cresco* = bien crecido o esbelto.

Sincero de «sincerus» de «simpli + cerus» = regular crecido.

Creemos haber llenado con este florilegio nuestro propósito, que era demostrar que la metáfora muerta puede revelar todavía el perfil de una cultura antigua. Pero de los citados ejemplos fácilmente se deduce otra cosa. Para lo inmaterial, lo puramente intelectual, no hay vocablo. Lo material, es decir, el símbolo, lo sustituye, y esto, indudablemente, es de mayor alcance para el desarrollo del pensamiento. De la conexión mutua del pensamiento con la lengua depende el futuro progreso de la filosofía. La evolución del pensamiento está acondicionada a la reproducción de las imágenes, y los límites de la plasticidad de la lengua para formarlas son también los de la filosofía.

Antes que adorno, como únicamente la consideran los literatos preceptistas, la imagen, la metáfora es necesidad absoluta del espíritu creador y evolutivo de la lengua. Si todo lo transitorio es un símil, la lengua es el símil de los símiles.

Miguel de Unamuno

CONOCEOS LOS UNOS A LOS OTROS (1)

Hendaya, Francia, Junio de 1929.

Me complace ver los esfuerzos que hace *Monde* para dar a conocer a su público, a su pueblo francés—por lo menos de lengua—el alma, es decir, la humanidad de los demás pueblos, del resto del pueblo humano. Y no por exotismo estético. Es lo mejor que puede hacer para la mayor humanización de su pueblo.

«Conócete a ti mismo» dijo el oráculo de Delfos. (¡Oráculo había de ser!) Pero nadie puede conocerse a sí mismo si no en el espejo de los demás, sobre todo de los que nos son al parecer más diferentes. Hay que decir: «conoceos los unos a los otros». Que es más alto que «amaos los unos a los otros». Pues ya decía Carlos Lamb: «no puedo odiar a aquel a quien conozco». Aunque odiar ¿no es, a las veces, amar?

Discutiendo y peleando, aprenden los hombres a conocerse. Un viejo marino de mi costa vasca me decía

(1) La traducción francesa del presente artículo que nos honramos en ofrecer hoy a nuestros lectores en su texto completo y original, acaba de aparecer en la revista *Monde* de París. Su redactor en jefe, M. Habaru ha tenido la gentileza de facilitar a C. Deambrosis-Martins, nuestro corresponsal en París, el valioso manuscrito del gran pensador español don Miguel de Unamuno, escrito de su puño y letra.—(N. D. L. R.)

una vez que recorriendo el mundo se había encontrado con hombres que viven desnudos, otros cubiertos de pieles; éstos no comen sino verduras, aquéllos carne; aquí no creen en dios alguno, allí todos son dioses, etc., ¡y todos viven!, luego—concluía—no se debe discutir. Pero así que viven así, sin discutir ni pelearse, viven animalmente, no humanamente. En espíritu sólo se vive discutiendo, disintiendo para consentir. El odio mismo, si fraternal, si humano, es forma de armonía. La palabra más ominosa, la menos humana es extranjero—*extraneus*—el de fuera, el de *extra*. Pero fuera de mí, *extra mei*, no hay nada de humano.

Más profundo que mi viejo marino vasco fué aquel gañán andaluz que le decía a su amo: «¡Desengáñese, señorito, en este mundo lo sabemos todo entre todos!» Todo lo que se sabe. Y lo que se ignora lo ignoramos entre todos. Y todo lo que sabemos lo sabemos gracias a nuestras contradicciones íntimas. La ignorancia de mi prójimo me enseña que ignoro lo que creo saber. Nuestros conocimientos—y nuestras ignorancias—son complementarias. Uno tiene el botón, el mango o el eslabón y otro tiene el ojal, la hoja del cuchillo o el pedernal. Donde se impone por dictadura, religiosa, política, social o estética, un dogma cualquiera acaba por no conocerlo nadie. La ortodoxia es la ignorancia. (Así, verbi gracia, los marxistas ortodoxos no conocen a Marx.) La unidad dogmática hace la fe del carbonero, que es la ignorancia de la fe. Cuando todos creen creer lo mismo es que nadie cree en nada.

Voy a buscar en el prójimo lo que me falta para ser más yo. Cada nuevo amigo que me gano me enriquece no tanto por lo que de él me da cuanto por aquello de mi propio fondo que me revela. Por llevar dentro mío los 1,024 abuelos de hace diez generaciones llevo a mis contemporáneos todos.

Y así con los pueblos. Y así con sus dioses. Que han existido todos. Hace poco Henri de Montherlant, este

pesimista tan consolador, en un artículo de una profunda comprensión—comprensión es amor—del lado más humano, más universal, del alma española, decía:

Lâcher bride â toutes ses tendances, fussent elles discordantes, dire toujours oui à la vie, c'est croire que tout est vérité, que tout est erreur, bref que tout se vaut. Et c'est le titre d'une pièce de ce Calderon que les Espagnols reconnaissent, avec Cervantes, pour l'écrivain le plus représentatif de leur race: *En esta vida todo es verdad y es mentira* (1).

(Y en cuanto a lo que los dogmáticos o sea los dictadores llaman verdad hay que cogerla hoy mismo, y según pasa, porque mañana será error y pasado mañana mentira.) Sin la civilización de los pueblos que llamamos salvajes perecería la salvajería sin que no pueden vivir en civilización los sedientos civilizados.

El radical escepticismo es la omniafirmación. Como lo más consolador es el pesimismo—un pesimismo como el de mi prójimo, mi *proximus*, Montherlant—. Pero si este mundo—que es el único posible—es el peor de los posibles, resulta ser excelente. Y es excelente porque en él se vive y se goza. Y hasta se divierte. Algunos haciendo pesimismo. Y la diversión es lo más sagrado. Hasta tal punto que los pueblos antes se rebelan porque no les dejan divertirse a su manera—cantando sus penas, por ejemplo—que por no tener pan. Más motines hay en Castilla por la suspensión de una novillada que por la carestía del pan o una baja de salarios. ¿Y la felicidad de Leopardi en qué consistió si no en maldecir de haber nacido y cantar su maldición? ¿Y de qué se envaneció más el muy vano Salomón que de haber dicho lo de «vanidad de vanidades y todo vanidad»?

«Mi descanso es pelear»—dice un dicho español. Y mi pelear es conocer gracias a la pelea.

(1) Soltar la brida a todas sus tendencias, aunque sean discordantes, decir siempre sí a la vida, es creer que todo es verdad, que todo es mentira, en resumen, que todo vale. Y hasta es el título de una pieza de ese Calderón que, con Cervantes, los españoles reconocen como al escritor más representativo de su raza: *En esta vida todo es verdad y es mentira*

¿Conocer? ¿Amar? Hace poco se burlaba donosamente Benedetto Croce de esa ridícula pregunta que tantas veces se le dirige aquí al extranjero y a cuanto extranjero: *Aimez-vous la France? Aimez-vous?* (1). ¡Como si se tratase de una *cocotte* o de una querida! Yo, cuando un francés me la dirige, le contesto: «Y usted, francés, ¿conoce usted Francia?» Si no conoce el resto del mundo, no, no la conoce. Y por lo tanto, no la ama.

He aquí por qué me complace ver que *Monde* de París se esfuerza en que el pueblo francés aprenda en el espejo de otros pueblos a descubrir en sí calidades para él mismo ignoradas. Y que este pueblo francés, que se dice el de la medida, aprenda a no medir con el sistema métrico-decimal que es el de su invención. No le vendría mal medirse alguna vez a sí mismo por yardas, pies y pulgadas inglesas.

O por *varas, pies y pulgadas* castellanas.

Conozcámonos los unos a los otros para
conocernos a nosotros mismos.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

(1) ¿Ama usted a Francia? ¿Ama usted?

EL PATRIARCA DE LA POESIA CHILENA (1)

AVIVIR Oña en nuestra época, habría sido un poeta *creacionista*, discípulo y quizá émulo de Vicente Huidobro... El irrealismo que buscan los propulsores de esta moderna estética florece en él espontáneo, «como en el rosal, las rosas», según lo quiere la novísima poesía. Baraja los hombres con las estrellas—ya hemos visto que trata a los astros como personas y a las personas como astros—; trueca en finas beldades rubias a las bastas hembras autóctonas, de piel cobriza, y a sus feroces varones, en dulces y eruditos galanes; en Arauco, allí donde impera la poligamia, él establece la esposa única... El procedimiento no conoce excepciones en nuestro poeta. Si tendemos la mirada hacia su flora o su fauna, comprobaremos el mismo fenómeno. El fuego de su idealismo, precursor de los actuales germanos laboriosos que trabajan los campos del sur, opera en el papel la roza implacable de los bosques vernáculos. Inútil sería buscar en sus páginas *ulmos* de balsámicas flores, esbeltos *coigües* de fronda de encajes, *mañíos* regordetes y espesos. Ni el *pellín* fornido ni la *araucaria* soberbia han logrado imponerse. El poeta, en vez de todo eso, con espíritu muy moderno, ha plantado álamos, sauces, fresnos, cipreses, árboles de España o de Italia. No obstante, como estos se han aclimatado después en Chile, esas descripciones no nos resultan tan creacionistas como las aves y alimañas que se albergan a su sombra y que convierten nuestra tierra en interesante jardín zoológico. Allí vemos entreverse los «dulces ruseñores» con «el jabalí cerdoso y fiero», el

(1) La primera parte de este estudio se publicó en el número anterior.

«gamo tímido» con la «feroz y rábida leona», la corcilla y el venado con los «manchados tigres, pardos y panteras».

El Dr. W. Mann en un penetrante estudio sobre la psicología y cultura del latino-americano (1), refiriéndose a la mala reputación que éste tiene en cuanto a veracidad y honradez, expresa que dicho alejamiento de la verdad

proviene en él, en parte por lo menos, de cualidades que no merecen el calificativo de inmorales, como es *su falta de sentido de la realidad, que en ocasiones puede sumir su mente en las perturbaciones del ilusionismo...*

¿No será éste, trasladado a la literatura, el caso de Oña?

Algún crítico—no recordamos cuál—, al comprobar el irrealismo americano de los paisajes de Oña, ha pensado que tales descripciones constituyen una vulgar reminiscencia libresca, pero la verdad es que en ese tiempo los libros no prodigaban el paisaje. Y cuando lo describían, la pintura solía ser imprecisa, genérica. Garcilaso de la Vega—uno de los poetas españoles que más amó la naturaleza y que, como dijimos, influyó notoriamente en Pedro de Oña—casi nunca, o tal vez nunca, nombra los árboles que éste menciona en sus versos. Sólo por rara excepción se alza en sus «florestas», en sus «verdes bosques», en sus «selvas umbrosas», un haya o un olmo, un roble o una encina: lo característico es encontrar allí simplemente árboles: «árboles que os estáis mirando en ellas», «hiedra que por los árboles caminas», «el mover de los árboles al viento».

Con todo, no puede dejar de reconocerse en el licenciado chileno un deleite, un entusiasmo por la naturaleza que jamás conoció Ercilla. Las descripciones serán todo lo caprichosas que se quiera. Culpemos a su desapoderada fantasía que le impide ver las cosas como son y a su inexperiencia literaria, mas no le neguemos sensibilidad estética. A través de ellas descubrimos, por otra parte, el intento de convertir la naturaleza en motivo poético. Intento insólito en aquella época y por lo mismo loable. Y hay que agregar que no faltan apreciables aciertos descriptivos:

Viene de monte a monte el raudo río
y al blanco amanecer se ven los prados
envueltos en vellones escarchados...

A esta rápida visión de invierno, a este río que corre raudo de monte a monte, opongamos la de una laguna clara y primaveral:

(1) Dr. W. Mann: *Volk und Kultur Lateinamerikas*. Hamburg, 1927. Véase el artículo de don Enrique Molina publicado en esta misma revista, marzo de 1929.

Por su cristal bruñido y trasparente
 las guijas y pizarras de la arena,
 sin recibir la vista mucha pena,
 se pueden numerar distintamente;
 los árboles se ven tan claramente
 en la materia líquida y serena,
 que no sabréis cuál es la rama viva,
 si la que está debajo o la de arriba.

La octava no es, ciertamente, un dechado de perfección, pero trae a la memoria algunas mañanas del lago Llanquihue o aquella dormida laguna que en el sur llaman *La Poza* y cuyas reproducciones fotográficas lo mismo se miran vueltas hacia arriba que hacia abajo.

Lo que llevamos escrito nos excusará de referirnos al posible —o mejor dicho, imposible— interés histórico y etnológico del *Arauco Domado*. No queremos con ello significar, en cuanto a los hechos históricos, que el poeta falte a la verdad, sino que carece su obra del grande atractivo que tiene *La Araucana* para quienes gustan abreviar su sed de pasado en fuentes prístinas, o del que puede poseer una obra moderna, fundada en maciza documentación, y sin embargo, sintética y sugerente

Oña no fué, como Ercilla, testigo de los hechos que refiere (1). y si queremos conocerlos, otros autores—el mismo don Alonso—nos darán noticias más directas y exactas. Don Alonso fué, ante todo, soldado y cronista; don Pedro es pura y simplemente poeta. Su interés ha de constreñirse al campo literario y sólo en este aspecto continuaremos el análisis de su obra.

Al enfrentar ambos poemas se ofrece a nuestra consideración un caso realmente paradójal. Ercilla, nacido y educado en medio del fausto de la Corte española, nos parece un poeta primitivo; Oña, criado en lejana, miserable aldea, da la impresión de un poeta culto, refinado. La causa de tan extraña anomalía está—aparte la antitética modalidad espiritual de ambos poetas—, está en que entre uno y otro se yergue la sombra imperiosa de Góngora. No el tenebroso Góngora de las *Soledades*, sino el fino, refinado poeta de los sonetos.

Ello explica, desde luego, las aficiones mitológicas del indiano, llamadas a hacer escuela en nuestra literatura colonial. Encontramos, además, en él los símiles caros al maestro de Córdoba, su gusto por los latinismos y neologismos, y ese prurito tan típico de jugar con los vocablos:

(1) Salvo la rebelión de Quito, a la que el poeta asistió formando parte de los tercios reales.

yo en *justa injusta* expuesto a la sentencia...
que tiene más de *tea* que de *tino*...

dice Góngora; y don Pedro de Oña dice:

los pechos antes *bellos* que *velludos*...
allí las *flores* tienen por *floreo*...

En Ercilla tal vez no sería posible encontrar el nombre de una flor; en Oña abundan rosas, azucenas, jacintos, claveles, azahares, clavelinas, sobre todo, las olorosas clavelinas. Cojamos algunas muestras al azar:

¿qué lilio, qué azucena o blanca rosa...
allí el clavel de púrpura teñido...
los turquesados lirios, las violas...
parece fresca rosa no tocada...
ya de jacinto, ya de croco y clicie...
sembrado de azucena y clavelina...

El amor de las flores y del perfume que exhalan—cosa que parecerá extraña—es frecuente en nuestros escritores coloniales. Hasta los austeros cronistas suelen hablar de ellas con fruición. Pero Oña no sólo las ha visto en aquellos ingenuos jardines que nos describen éstos—jardines cercados de tapias en que una red de agrestes acequias riega por igual la col y la rosa, el maíz y la azucena—; también las ha visto en Góngora y tal visión ha dejado en él un recuerdo indeleble. Compárense los versos arriba citados con estos otros del maestro cordobés:

oro, lilio, clavel, marfil luciente...
con labios de claveles se reía...
no sólo en plata o viola trocada...
mira a tu blanca frente el lirio bello...
las frescas rosas que ambicioso el viento...
azucena entre murtas escondida...

En las descripciones del *Arauco Domado* no encontramos la línea precisa y segura de Ercilla, pero sí—y con alguna frecuencia—la luz y el color de Góngora:

al albo cisne vence en la blancura...
envuelto en fina púrpura mostraba...
el blanco (ya bermejo) filo agudo...
morada, verde, cándida ni roja...
y marchan hasta cuando el sol dorado...
tal vez del rojo sol se está burlando...

Y aun recordemos este otro verso que se encuentra en un soneto de Oña, y que así aislado, inconexo, adquiere una misteriosa sugerencia *rembrandtesca*:

y una sombra de luz, que va, y que torna...

Si en nada se asemejan estos versos a los de *La Araucana*, en cambio es evidente el parentesco que los liga a algunos del insigne culterano:

del blanco cisne que en las aguas mora...
 purpúreas alas, si lascivo aliento...
 mientras de rosicler tiñes la nieve...
 la blanca Leda en verde vestidura...
 tras la bermeja aurora el sol dorado...
 el rojo paso de la blanca aurora...

Obsérvese, comparando las citas, cómo el blanco y el rojo—los colores que obseden a Góngora—parecen ser también los dilectos de nuestro poeta.

Podríamos decir que el acierto y vigor que faltan a Oña en las descripciones bélicas—en ellas le supera inmensamente Ercilla—están reemplazados por la gran riqueza de colorido que nuestro poeta pone en la pintura de ciertos objetos materiales—armas, blasones, banderas, penachos—, en todo aquello en que puede lucir su amor por las cosas vistosas, polícromas. No sabe pintar batallas, pero sí brillantes pasos de armas. Así el desfile de los capitanes españoles, en el canto noveno, poco tiene que envidiar en color y riqueza a la celebrada presentación que hace Moratín en *Las Naves de Cortés*, y hasta hay quien señala la posibilidad de que el cuadro de Oña sirviera de modelo al poeta peninsular.

Pero quizás donde más resalta el influjo de Góngora, donde más se distancia de Ercilla el épico chileno, es en la seducción que en su espíritu ejercen los objetos finos, raros, las cosas suntuosas. Sus estrofas, como las de Góngora, hállanse incrustadas de piedras preciosas, oro, plata, cristales, mármoles, alabastros. *Fino* y *luciente* son sus adjetivos predilectos, como si con ellos quisiera subrayar continuamente su pasión por el lujo y por el color, la luz.

Haría falta el ademán de un nabab oriental para volcar sobre el papel este puñado de pedrerías:

su boca de *rubí*, graciosa y bella...
 no de fino *diamante* o *rubí* ardiente...
 al cándido *alabastro* la blancura...
 de blanco *nácar* y *alabastro* duro...

si tiene sobre sí *crystal* bruñido...
cual fina *plata* o cual *crystal* tan claro...
el agua salta arriba vuelta en *plata*...
y el pie descalzo del coturno de *oro*...
oro bruñido, el sol relumbra en vano...
de trémulos *aljófares* bordado...
alfójar blanco sobre blancas rosas...
en cambio de las *perlas* y *esmeraldas*...
en *pórfidos* rebeldes al *diamante*...
dando perfiles de *oro* al horizonte...
dulce arroyuelo de luciente *plata*...

Pero ¿de quién son estos versos? ¿Lo adivina el lector? Digámoslo desde luego: unos son de Góngora y otros de Oña; pero existe tal semejanza entre ellos que no sería fácil señalar, sin error, cuáles pertenecen al maestro y cuáles al discípulo. Este ha llegado a apropiarse no sólo la adjetivación, el vocabulario, sino el ritmo particular que hace inconfundible el endecasílabo gongorino. En los sonetos burlescos en contra de Sampayo encontramos también el nervio y esa manera característica de sátira que Góngora emplea en los suyos.

Al descubrir en Pedro de Oña tan profunda huella del autor de *Polifemo*, no nos sorprende en gran manera el hecho mismo —sabido es que el hechizo de Góngora fué avasallador—; lo que nos sorprende es la rapidez con que su influencia traspasó el Atlántico. La verdadera fama del gran poeta se inicia en 1590, con su célebre viaje a Madrid, y *El Arauco Domado* vió la luz en Lima sólo seis años después, y es preciso suponer que ya mucho antes Oña era asiduo lector de aquel «raro ingenio sin segundo», como le llamara Cervantes. Las modas literarias, en ocasiones, navegaron, pues, más rápidas en los tardos galeones coloniales que en las orgullosas máquinas del siglo pasado. El Romanticismo—recordémoslo—demoró treinta años o más en llegar a nuestras costas (1).

Hablar del estilo de Pedro de Oña parecerá, después de lo que queda dicho, casi un contrasentido. Un muchacho de veintitrés o veinticuatro años—tal era la edad de Oña cuando escribió *El Arauco*—no tiene propiamente estilo. Menéndez y Pelayo encuentra «mucho desembarazo y juvenil frescura, gran

(1) Podría acaecer que nuestro lector no fuese lector sino lectora, y olvidábamos decir cuáles de los versos arriba transcritos pertenecen a Oña y cuáles a Góngora. Bien. Hállanse alternados de modo que al primero corresponden los impares y los pares al segundo.

desenfado narrativo, facilidad abandonada». Efectivamente, existen esas condiciones y son tal vez lo genuino del autor; pero al mismo tiempo puede señalarse cierta pluralidad estilística en consonancia con la pluralidad de sus modelos.

Ya hemos visto la influencia de Góngora: elegancia, refinamiento, color. Cuando está peor es, sin duda, cuando sigue a Ercilla. Las reflexiones filosóficas o morales con que, a semejanza de éste, encabeza sus cantos son a menudo de una ramplonería desesperante. Pero lo trágico es cuando quiere parecer rotundo y enérgico. Al alzar la voz y embocar la trompa épica, su rostro se desfigura, y sólo consigue emitir sonos absurdos y descompasados que recuerdan los del alto-parlante. Aquí todas las hipérboles, la facundia, el énfasis... El mismo parece desconocerse: «aun yo de estar contándolo me asombro». Otras veces, dejando de lado exageraciones y altisonancias quiere seguir al maestro en la nota realista y va a caer, lamentablemente, en el más divertido prosaísmo:

Jamás si duermen tres en una cama
sucede que al de en medio falte ropa...

pues no hay azar tan grande ni desdicha
que no la pasen ellos con la chicha...

Empero, el efecto es aún más cómico cuando el joven poeta intenta reunir en una misma estrofa la expresión realista y la grandeza épica:

que cual si fuera el casco de manteca
le sume dentro el puño y la muñeca...

El lector, al encontrarse con semejantes cosas, quédase perplejo. Teme que sólo se trate de una payasada de estudiante de buen humor que, obligado durante largo trecho a solemne circunspección, aprovecha cualquier descuido para hacer visajes y piruetas.

A ratos—observa Menéndez Pelayo—parece que el poeta no toma su asunto en serio.

En cambio, cuando a imitación del muelle Garcilaso, se entretiene en extraer blandos arpegios del caramillo o la zampona, nunca cae en análogas tentaciones. Esa es una música que él entiende y que va a herir en lo íntimo las fibras de su alma adolescente. Entonces los versos corren sueltos, sencillos, espontáneos. Léase, por ejemplo, la escena de Fresia en el baño, de

la cual vamos a transcribir estos seis versos, en que el poeta, con precisión admirable, coge—viviente—un instante fugitivo de la alegre *chacota* a que se entregan los amantes en el agua:

Alguna vez el nudo se desata,
y ella se finge esquiva, y se escabulle,
mas el galán, siguiéndola zabelle,
y por el pie nevado la arrebatá;
el agua salta arriba vuelta en plata
y abajo la menuda arena bulle...

También podrían servirnos para el efecto algunos trozos del episodio de Gualeva y Tucapel, o bien este elogio de la vida campestre que el poeta pone en boca del indio Guemapu (canto XIII), y que a fuer de poco conocido reproducimos aquí:

A vida sabe el son del caramillo,
a la sombra del haya contemplando
cual va la verde loma despojando
del rico pasto el pobre ganadillo;
a vida ver tan lucio al cabritillo
travieso con los otros retozando;
a vida ver los claros arroyuelos
hacer al sol mil visos y espejuelos.

A vida sabe andar por la floresta,
y entresacando della varias flores
de varios y finísimos colores,
tejer una guirnalda bien compuesta;
a más que vida sabe allá en la siesta
decir a la zagala sus amores,
vencelle los garzones en la lucha,
cazalle la perdiz, pescar la trucha...

Aquí no llega el fasto ni la pompa,
no cabe aquí soberbia ni codicia,
aquí no tiene entrada la malicia
que nuestros simples ánimos corrompa;
aquí no suena pífano ni trompa,
perturbadora voz de la milicia,
que nunca el manso Pan, custodio nuestro,
gustó del iracundo Marte vuestro.

Don José Toribio Medina, grande admirador del *Arauco Domado*, nos ofrece en su *Historia de la Literatura Colonial de Chile* un boceto psicológico del joven licenciado, extraído en sus líneas principales de las reflexiones éticas y filosóficas que sirven de portada a diversos cantos del poema. Oña se nos presenta de esta manera como un hombre religioso—lo que no tiene nada de raro en un súbdito español del siglo XVI—, bonachón, un poco escéptico y un algo estoico, amigo de sus ami-

gos, desdeñoso del bello sexo: un espíritu grave, circunspecto, previsor.

Tal vez tenga razón el respetable bibliófilo. Pero el libro, tomado en conjunto, deja otra impresión; más bien la de un mozo atolondrado y fantasista, hiperbólico y apasionado, acaso un tanto ingenuo, pero noble y caballeresco, y extremadamente sensible a los encantos femeninos. Ciertamente que a las mujeres las tilda de falsas y egoístas, de astutas e inconstantes, pero eso prueba poco. Los hombres más dados al bello sexo son, con frecuencia, los que peor opinión tienen de él. Bien lo saben los psicólogos del donjuanismo. Mas, no existiendo en este sentido noticias concretas, líbrenos Dios de atentar contra la fama de grave honestidad que don Pedro se tiene conquistada desde hace varios siglos. . . Sea de ello lo que fuere, la verdad es que el artista—llámese pintor, músico o poeta—refleja mejor en su arte aquéllo que más ama y mejor conoce, y Oña en nada está tan bien como en las escenas de amor.

Las reflexiones que ha utilizado Medina para reconstituir el carácter e ideología de nuestro autor podían ser sólo una reminiscencia de lo que oyera en las aulas, o lo que es más probable, un simple pie forzado a que lo obligaban el ejemplo de Ercilla y los episodios que iban a seguirse, con los cuales debían concordar las reflexiones preliminares.

Pensamos que hay que buscar al hombre que se oculta en cada escritor, no tanto en las declaraciones explícitas como en la obra misma, y aun, con mayor razón, cuando ésta aparece en manifiesta contradicción con aquéllas. Y el mismo Oña tal vez nos previene en este sentido al expresar que es una gran sabiduría,

estando el corazón alborotado
fingir tranquila y mansa la figura:
el río mientras tiene más hondura
veréis que va más sesgo y sosegado.

No se concibe, en efecto, un hombre juicioso, prudente, reposado, escribiendo un libro falto de proporción y armonía, caprichoso en su arquitectura general y en sus detalles y en el que todo sugiere la presencia de un alma férvida, exaltada.

El insigne historiador de las ideas estéticas define *El Arauco Domado* como «una improvisación de estudiante» (1), y agrega que «no sería equitativo juzgarlo de otro modo». ¿Por qué no aplicar igual criterio al autor de *El Arauco*?

(1) Oña escribía veinte octavas por día, según afirma un coetáneo, y en tres meses compuso ocho cantos, casi la mitad del poema. Ercilla, en cambio, demoró treinta años en preparar su *Araucana*.

La musa de Oña fué prolífica como una de aquellas legendarias señoras coloniales. A más de los diez y seis mil versos del *Arauco Domado* produjo otros dos largos poemas, ello sin contar los trabajos de menor aliento.

Uno de estos poemas se titula *Ignacio de Cantabria* (Sevilla 1636). Es una obra hagiográfica y semialegórica en que se celebran la vida y la obra de San Ignacio de Loyola. El poeta no hace sino seguir la tradición española que comienza en el siglo XIII con las vidas de santos de Gonzalo de Berceo y se continúa hasta los siglos áureos con *El Monserate* de Cristóbal de Virués, el *San Isidro Labrador* de Lope, y tantos otros. Pero inclinémonos respetuosamente y pasemos adelante. Don Marcelino Menéndez y Pelayo—hombre durísimo a la hipnosis libresca—ha recorrido sus meandros y nos advierte que allí se «destila jugo de adormideras».

El otro poema—obra que aun permanece inédita y cuyo manuscrito se conserva en nuestra Biblioteca Nacional—es más interesante. Titúlase *El Vasauro*. Esta palabra rara, que parece el nombre de algún monstruo prehistórico, es una simple contracción de los vocablos *vaso áureo*. Ya se verá el por qué de este título. Trátase de un poema de carácter genealógico e histórico, escrito en homenaje del cuarto conde de Chinchón, a la sazón virrey del Perú, y dedicado a éste con fecha de 1635. Tal género de obras fué frecuente en la España de esa época. Sabido es que la *Egloga Segunda* de Garcilaso es un mero pretexto para referir y exaltar la genealogía de la casa de Alba.

En diez mil versos, o poco menos, distribuidos en once cantos, refiere el poeta la historia de don Andrés de Cabrera y de su mujer, doña Beatriz de Bobadilla, ascendientes del virrey que tuvieron destacada actuación durante el gobierno de los Reyes Católicos, quienes premiaron sus servicios obsequiándolos con un vaso de oro:

este que es puro y fino vaso de oro.

«El poeta—apunta Menéndez Pelayo—va tejiendo con bastante habilidad los anales de Castilla desde fines de 1466 hasta la conquista de Granada en 1492.» Pero la vena poética y el mal criterio que vimos aparejados en su libro primigenio siguen conviviendo juntos en ésta que es tal vez la última de sus producciones. Abundan los sucesos absurdos y los episodios inverosímiles. El carácter de doña Beatriz—hembra brava de esas que suele producir España—está, sin embargo, bien

interpretado, y en el imaginario episodio de la mora Fátima enamorada de un joven castellano (cantos IX y X), no escasean los hermosos versos. El poeta, aunque viejo, hablando de amor está siempre en su tema:

Deja caer la dama el albo cuello
como azucena flor no bien cortada,
sin aire el pie, sin orden el cabello,
y sin vigor la mano delicada.
El, al ceñido talle, al hombro bello,
su izquierdo brazo da por almohada,
la desabrocha el pecho, a que la nieve
quisiera compararse y no se atreve.

Al llegar a este punto tendemos la vista hacia atrás y caemos en cuenta que este don Pedro de Oña nos ha hecho hablar con exceso. Y nos asalta el temor de aparecer desmesurados, desproporcionados: tan extenso y prolijo estudio para tan modesto escritor. Pero, no; Oña tuvo su hora y tiene, aun hoy, su importancia.

En los pequeños compendios que historian las letras castellanas, al lado de Ercilla, todavía suena su nombre: es el único que obtiene honra tal entre los innumerables imitadores españoles y americanos del poeta conquistador. Y hay que pensar que, en último análisis, a esto se reduce, o a poco más, la soñada inmortalidad literaria. ¡Ah la terrible quimera! ¿Quién de cuantos hoy escribimos en Chile, quién de cuantos sonreímos desdeñosos ante la obra de Oña, está seguro de alcanzar su suerte? Tres largos siglos no trascurren en vano.

Instalado en el tiempo como un monolito solitario en medio de la planicie desierta, álzase el *Arauco Domado*, nuncio de un pueblo que nace y que más tarde querrá también decir su palabra. A su sombra irán a buscar reparo los poetas del coloniaje. Llegará entonces a mirársele como una meta inalcanzable. El pobre Alvarez de Toledo quiso, entre otros, alcanzar hasta él y no lográndolo, culpó, descorazonado, a su «flaco rocín».

No sólo en el género épico, sino aun en el histórico, que constituyó la base de las letras coloniales, adviértese algo como la sombra de Oña. Sea que se trate de una influencia directa o sólo de un efecto del ambiente, en todo caso es interesante observar que varias de las características esenciales de la futura producción histórica están ya en nuestro licenciado. En él está, desde luego, el asunto: todos los historiadores narrarán, como él, las guerras de Arauco. En él se encuentra ya ese prurito de amalgamar los episodios de la conquista con reminiscencias de lecturas clásicas, tan típico en los viejos cronistas. En él está, en fin, ese entrañable amor al terruño chileno

que todos ellos—aun los nacidos en España—han de exhibir en sus obras. Prologando el *Arauco Domado*, el autor excusa su atrevimiento y dice que todo lo atropella «el solo deseo de hacer algún servicio a la tierra donde nací: tanto como esto puede el amor a la patria. . . » Significativa declaración. La hace el primer chileno que maneja la pluma con ambiciones de escritor y en una época en que esa patria apenas contaba cincuenta años de existencia. Tales palabras—podría decirse—contienen en síntesis y explican el alma de toda nuestra literatura. Ese sentimiento patrio, ese apego al terruño es precisamente lo que nuestras letras, miradas en conjunto, tienen de característico, de invariable, a través de los siglos y de los diversos gustos e influencias. Ello explica que la historia—la historia nacional—haya sido hasta ayer el género más cultivado entre nosotros. Y que cuando los narradores chilenos no quisieron o no supieron seguir glosando los hechos del pasado, vinieron a dar en el *criollismo*, que es otra manera de hablar de las cosas de la tierra.

La importancia de Oña, aunque relativa y de época, va todavía más lejos y adquiere, en cierto sentido, trascendencia americana.

El *Arauco Domado*, en efecto, es digno de veneración no sólo por constituir nuestro más antiguo monumento literario y el esfuerzo poético más valioso realizado aquí durante la dominación española, sino también por ser la más estimable producción rítmica americana de los primeros tiempos. En otras latitudes del continente florecieron, por aquella época, algunos versificadores; pero Oña era también poeta. Menéndez y Pelayo, a quien tantas veces hemos recordado, pues su estudio es lo mejor que se ha escrito sobre el tema que tratamos, lo reconoce sin ambages:

Pedro de Oña—dice—tendrá todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo; pero lo que sobra en él son destellos de talento poético (1).

¿No significa esto que Chile—el más tardío de los países novomundanos en el despertar poético del siglo XIX—puede, gracias, a Oña, enorgullecerse de haber servido de cuna a las musas en este lado del Atlántico?

Saludemos en él al padre de la poesía chilena y americana, mas no lo sigamos imaginando como un anciano patriarca, grave y doctoral, sino como un patriarca joven —*sui generis*—, en el que alentó un alma vehementemente e imaginativa, enamorada de la belleza de la mujer y de la última moda literaria.

(1) M. Menéndez y Pelayo: *Historia de la Poesía Hispanoamericana*. Lib. de Victoriano Suárez. Madrid, 1911.

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

AVENTURA

El vuelo del Graf Zeppelin alrededor del mundo ha despertado violentamente al explorador que duerme en cada uno de nosotros. Gentes pacatas, de espíritu notarial, apegadas a la letra de los documentos: "Con fecha de hoy han comparecido ante mí Don Fulano y Don Zutano a quienes conozco, etc., etc.", gentes tímidas que una creería incapaces de entreabrir el postigo en noche de vendaval, van por allí lamentándose de que la fortuna y la ocasión no les permitiera contarse entre los argonautas del dirigible portentoso.

¿Es que despunta como un cogollo verde sobre árbol carcomido y en día de primavera, el nomadismo primitivo? ¿O es que la gente está adquiriendo un nuevo concepto de residencia y ya no se siente adscrita a su terruño o a las cuatro paredes de su vivienda, sino que principia a ser el ciudadano del mundo y el posible navegante de los espacios? ¿O es que, sencillamente, se aspira a la aventura como una reacción ante la disciplina cotidiana?

¡Qué poco natural es la vida que llevamos! Uncida

al trabajo, aprisionada entre cuatro muros, recibiendo una porción mínima de sol, de luz, de aire, el alma se va imperceptiblemente encadenando a la monotonía vulgar, rutinaria y sin horizontes. Nos tornamos—sin darnos cuenta—esclavos, esclavos de la hora, del reglamento, de la minucia diaria y del diminuto ángulo en que se desarrolla nuestra labor. La belleza del campo, la soledad de la montaña, la inquietud del mar, la aventura imprevista nos llaman inútilmente. Los hábitos nos han clavado de pies y manos.

¡Disciplina de adoquín y de cemento armado! Esto es la ciudad y la vida civilizada para la mayoría de los hombres. ¡Pero, cómo no arrancarse a ella!

Lo que hay de inmortal en nosotros es lo que no se habitúa, ni se disciplina, ni se conforma. Luchar, hundirse en la novedad en busca de lo ignoto e incognoscible, hacer saltar en pedazos la rutina para crear un mundo mejor, esa es tarea de hombres.

¡Claro! A unos les falta la audacia, a otros el talento, a aquéllos la voluntad; los más están atados al potro de la dura necesidad; pero—sea como fueren las circunstancias—la voz esencial, aquéllo que constituye lo sustantivo en nuestra naturaleza, no se acalla, y de noche soñamos volando—con qué facilidad, ingrávidos, como rayo de sol en el aire—aunque de día sofoquemos con cuidado los deseos aventureros que nunca logramos matar del todo...

Acontece un viaje alrededor del mundo por los aires... y las gentes ya no pueden sofocar más ese espíritu de exploración que la cotidiana disciplina aplasta. (Hoy en Europa, mañana en la sábana parda de Siberia, sobre los jardines sabios del Japón, y entre las tormentas de los aires y los oleajes abruptos del océano.) Se devoran los diarios y las noticias. ¡Quién fuera con ellos! Por primera vez en muchos años, el aire de la oficina resulta irrespirable; sosa, sin gusto, sin horizonte, estrecha, mísera la existencia que se ha vivido.

¡Alas! ¡Todos pedimos alas, pero ninguno sabe arrojar el lastre en el momento oportuno!

¡Cuántas cosas no se han enseñado y descubierto en estos últimos siglos, pero cuán poco sabemos todavía vivir, y qué mal vivimos todos. Disciplina, orden. Naturalmente son necesarios a la continuidad del esfuerzo. Pero la aventura, el impulso vital, el ansia de lo que parece imposible, es lo que pone en movimiento ese esfuerzo, es lo que lleva al descubrimiento y a la elevación espiritual. ¡Si tuviéramos todos un margen de aventura en la vida, si supiéramos dar al orden lo que es del orden y a la indisciplina lo que debe ser suyo! Si aprendiésemos alguna vez a libertar los impulsos de novedad y no les ahogásemos.

Mas, contra todas las imposiciones, basta que alguien se pasee libre por los aires para que se yerga el impulso dormido, y el aventurero, el descubridor, el libertador despierten.

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

La aventura sudamericana de Boris Grigoriev

Y DESPUES... lo de después no se sabe; la vida es así, y es más así la vida del artista, cambiante, versátil, dejada o llevada por el viento de la fortuna. Boris Grigoriev tenía nombre en París y nombre en Nueva York, un departamento también en París, que hubo de arrendar por tres años, y su «Borisella» en Cannes, que también arrendó; tenía ofrecimientos de un próximo contrato para los Estados Unidos; su firma al pie de otro contrato, y éste con el Gobierno de Chile, dispersó temporalmente todo aquéllo. Así van los rusos por el mundo; juega con sus destinos, como un viento, el capricho, y son aerolitos, fragmentos de planeta descuartizado que caen de pronto en los antípodas.

Grigoriev traía a Chile su luz, su inquietud renovadora, su atracción de niño gigante para congregar a la juventud. Y la congregó, y la hizo estremecerse, y la tenía fanatizada con su dinamismo pictórico, que arrastraba dentro de sí la solidez de Holbein y de los viejos maestros sajones, la ingenuidad mística de los primitivos rusos y la cerebral simplificación de los pintores del día.

Alto, algo desgarrado, con un crespo mechón rubio balanceándose sobre la frente, sentó sus reales al pie del San Cristóbal y no conoció otro camino que el que iba de su casa a la Escuela de Bellas Artes y el que volvía de la Escuela a su casa, seguramente el mismo. «Jamás olvidaré el Cristóbal, ni cada pedazo de su faldeo», ha dicho en carta reciente desde Montevideo.

Se había ocultado del mundo, del viejo mundo europeo, tras un telón de montañas, y durante tres años, los tres años de su contrato solemne con la República de Chile, no se oiría allá ni

su nombre; un nombre ruso más que se perdería misteriosamente como antes se perdían dentro de Rusia misma, en algún rincón siberiano, tantos nombres rusos, y como ahora, sin patria que los acoja ni los reclame ni representación diplomática o consular que los proteja, se pierden tantos más.

Encontró en Chile un buen material humano su enseñanza; había talento natural, había ambición artística, había intensa curiosidad por el culto del color, el contraste violento de los colores que Grigoriev enseñaba, por sus audaces y simples superposiciones de planos coloreados.

Se le comprendió, y no se intentó sintetizar la complejidad rusa que desbordaba en sus gestos y en sus frases inesperadas; se le miró simplemente como al apóstol cuya cátedra imprimía a la juventud chilena rumbos y fuerzas que un día habrían de darle la primacía artística de Sud-América por una obra pictórica revolucionaria contra el siglo diecinueve pero hija respetuosa de los grandes siglos anteriores.

Desgraciadamente, sólo una época de renovación nacional podía traer a Chile a un hombre de las dotes geniales de Grigoriev, y sólo los fáciles procedimientos de las épocas de renovación podían permitir que la obra recién iniciada terminara de la noche a la mañana. Una inquietud juvenil movió a algunos a convencer a los hombres dirigentes de que el progreso pictórico del país se obtendría más eficazmente con el viaje a Europa de unos cuantos alumnos que con la traída de Europa de un maestro que les enseñara a ellos y a los demás, y el contrato de tres años tuvo vida de seis meses. El porvenir dirá del acierto de la reforma y lo que represente en el arte nacional la producción de los alumnos de la Escuela que partieron en comisión a Europa.

Con Grigoriev habían venido sus cuadros, sus bretonas, sus naturalezas muertas, su Gorki y su hija de Gorki, sus pescadores y sus tipos de la Rusia rural; si la enseñanza de Grigoriev se interrumpía, habrían podido quedar sus cuadros, pero este Chile no es país de millonarios, y la obra de Grigoriev traspuso con él la Cordillera, tan intacta casi como había llegado.

Se había cerrado el capítulo chileno de la vida sorpresiva de Boris Grigoriev, pero estaba escrito que él fuera sólo el primero de una más extensa aventura sudamericana. Porque después... lo de después no se sabe; la vida es así, y es más así la vida del artista, dejada o llevada por el viento de la fortuna.

La aventura se seguiría en Buenos Aires; allí se le esperaba en la estación con el anuncio de galerías abiertas para sus ex-

posiciones, con un diario ruso que le conocía, con una revista rusa, con artistas rusos. «Me siento aquí muy cerca de Europa y muy, muy lejos del hermoso Chile con sus montañas exóticas y su clima delicioso», decía en carta a un amigo de Santiago. Ni recordaba ya los propósitos de venganza que, en carta de Puerto Varas, le exponía al mismo amigo a raíz de saber su imprevista eliminación de la Escuela de Bellas Artes de Chile.

Un día, viajando en el ferrocarril subterráneo de Buenos Aires en compañía de su mujer, vió en el carro repleto de pasajeros el mismo diario de la tarde en muchas manos, y en la primera página que todos leían, el nombre en letras grandes de Boris Grigoriev, y sus bretonas y sus tipos rusos que llenaban la página.

Días más tarde, los cuadros empezaron a dispersarse: ministros, periodistas, hombres de gusto y de fortuna fueron quedándose con las telas, y una verdadera disputa se inició por la posesión del enérgico Máximo Gorki, el de puño amenazante para golpear sus doctrinas sociales. Fueron la gloria y el provecho juntos, fué la conquista del lejano y riquísimo mercado argentino, codiciado por la brega artística de Europa.

Catorce telas quedaron en los primeros días en galerías particulares de Buenos Aires. «Todo marcha bien. Viva la América del Sur y viva el iniciador Isamitt que me invitó», escribía después. Y Buenos Aires engendró a Montevideo en la carrera del artista; se le llamó del Uruguay, lo solicitó el Gobierno, le ofrecieron salas para sus exposiciones, y el reguero del éxito atravesó las anchas aguas del Plata.

Así, de capítulos amargos y de capítulos gloriosos se compuso el libro sudamericano de la vida de Boris Grigoriev, pero sin el primer capítulo, ninguno de los otros se hubiera escrito, y en el total la aventura es la aventura del conquistador.—DILETANTE.

El teatro y el cine

UN FILM que acaba de ser presentado a un reducido número de personas, y otro que ha empezado a circular triunfalmente por el mundo, confirman, según ciertos críticos, la victoria de la vieja pantomima imprecisa y evocadora sobre el drama, convertido en ciencia por el *métier*. Los que así razonan entienden que el teatro pa-

recerá mañana tan difuso como las comedias en serie que regocijan a los chinos.

—A menos, añaden, de que el teatro sepa evolucionar bajo la influencia del cine.

Y si alguien intenta un objeción, concluyen:

—El arte mudo será el único espectáculo del porvenir.

Allá veremos.

Ha muerto el teatro tantas veces, según el peregrino buen o mal humor de los críticos, que a nadie impresiona un sepelio más. Después de atravesar épocas difíciles, desafiando tiranías y dogmas, siempre resurgió de sus despojos, y escapó a su propia descomposición. Quizá es por eso que Talía, Melpómene y Terpsícore pueden oír sin enojo la voz airada de los que cantan funerales sobre sus tumbas. ¡Están tan seguras de sobrevivir a sus sepultureros! Seguirán modificándose como hasta ahora, aceptarán nuevos aportes de pensamiento, se defenderán del utilitarismo de sus sacerdotes, desafiarán la inmovilidad de sus fieles, y marcharán por caminos insospechados hacia el futuro. A cada nueva caída, echarán raíces más hondas en la costumbre y en el corazón de los pueblos.

El error de ciertas inducciones apresuradas estriba, a mi juicio, en hacer del cine un rival, o un sucesor, del teatro. Entre el primero, que, por así decirlo, acaba de nacer, y el segundo, que cuenta su existencia por decenas de siglos, hay la distancia que media entre un lejano antepasado y un niño muy niño, que acaso hereda algunas particularidades de su abuelo, pero que tiene vida y desarrollo autónomo.

No es posible imaginar todavía lo que ese infante, que ya nos desconcierta con los maravillosos horizontes que abre a la creación y al ensueño, llegará a ser así que se despoje de las reminiscencias extrañas y de las imposiciones de un público que todavía no sabe pedirle, en muchos casos, más que la comedia divertida o las emociones del folletón.

Así como el teatro tiene su reino en la realidad, la palabra, la lógica, acaso dominará el cine mañana los caminos del infinito, la fantasía y la imaginación.

Y no falta quien se pregunte:

—¿Surgirá un arte nuevo?

¿Por qué no ha de surgir?

Prisionero de la costumbre, el *film* empezó siendo una copia descolorida y un remedo barato del teatro; y así vimos, al principio, transpuestos (en imágenes inexpresivas que parecían lamentarse de su mutismo, puesto que habían sido creadas para el verbo) los dramas clásicos que triunfaron en todos los esce-

narios. La evolución de todo lo que vive llevó, después, al cine a explorar terrenos de más amplio decorado y a invadir el mundo de la novela y del relato de aventuras.

Pero éstas no pueden ser más que las etapas de una individualidad que busca su orientación.

Es tan absurdo hacer cine con los procedimientos del teatro o de la novela, como lo sería hacer teatro con los procedimientos de la novela o del poema lírico. Cada género tiene su razón de ser y su superioridad. La pintura el color; la escultura la forma; la palabra el pensamiento; la música la armonía. El cine, mudo por definición, no ha de obstinarse en invadir los dominios de la palabra.

—Pero si precisamente se trata ahora de crear el cine hablado...—dirá un lector.

—Será un error—nos atrevemos a contestar nosotros.

El cine sólo resultará realmente grande y cumplirá sus destinos, si crea nuevas formas de emoción, explorando reinos y latitudes que escapan a la novela y al teatro, para dar, al fin, al ensueño, a lo irreal, a lo fantasmagórico un molde no encontrado aún. Así ascenderá a esferas superiores, como nueva expresión de la belleza. Y no es aventurado creer que esta última forma encontrada por el hombre para reflejar el infinito que lleva en su alma, revelará floras y faunas nuevas en el océano de la vida.

No corre el teatro, en medio de todo, peligro alguno. A medida que el cine vaya depurándose, se alejará de él. La obra empieza cuando el artista se despoja de los recuerdos y siente con su propio corazón.

El cine acabará por decirse:

—Nada de novela, nada de pintura, nada de teatro...

Como su papel es sugerir y sus medios de expresión abarcan lo real y lo irreal, como puede ofrecer al mismo tiempo la acción y las imaginaciones que la determinan, no hay límite que se oponga al talento de los creadores. Hasta ahora el autor de escenarios cinematográficos ha sido, por lo general, un *méteur en scène*. Resabio de los tiempos en que sólo se trataba de parodiar obras conocidas de la literatura. Pero mañana se levantarán al rededor del cine intelectuales especializados, que serán tan geniales y tan célebres como los que hoy dominan la novela, el teatro, la pintura o la música. Lo que empezó siendo un juguete para niños, se habrá convertido en fuente de elevación para toda la humanidad. Y sin que el teatro muera, habrá nacido una nueva forma de expresión.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Panait Istrati

EN mis primeros recuerdos una plumilla blanca que transparentaba los siete colores de la luz, suspendida en sus rayos, flotaba suavemente ante mis ojos de niño asombrado, que soñaba con el país lejano del cual el viento la llevó. Era una simple plumilla arrancada de una flor de cardo que me aportaba lo maravilloso. Sentada sobre mis pequeñas piernas seguía extática sus vueltas ondulantes y la veía partir con una pena que ya insinuaba a la futura vagabunda. Hoy el revivir palpitante de esa sensación ante un libro estremecido: *Les chardons du Baragan*, de Panait Istrati.

Allá en las llanuras incultas de la Valaquia, los cardos llevados por el viento—el terrible Muscal—arrastran consigo los ensueños de un niño: danzar con ellos, embriagarse con aire y torbellino, camino de lo desconocido. “Dios sabe de dónde vienen y a dónde van” dicen los viejos que les atisban tras de la ventana.

Pero un día cualquiera también se llevan al muchacho que no resiste a su fascinación. Cambia sus zapatos con un compañero y con esta única preparación se sumerge en el Baragán. Lleva en sus oídos una balada campesina, un sarcasmo popular rumano que su padre ya le ha hecho familiar. Y así, sin más equipo, vive su bella libertad hasta que un día las circunstancias, felices en apariencia, lo amarran a una aldea. Ahí la vida se desliza miserable, atormentada. El hambre lleva a la bebida y a la insurrección. De pronto las provisiones de los ricos son repartidas entre los pobres, hasta el momento en que llegan tropas de refuerzo y pasan por las armas a los habitantes. No han cometido más delito que ser víctimas del hambre. Consigue arrancar el muchacho, y piensa en el refugio que puede ofrecerle la aldea paterna. Llega extenuado, muerto de fatiga. Entra a una posada; a su lado dos campesinos comentan la sublevación, que se ha extendido a la propia comarca, y uno de ellos agrega:

—El pobre Marine no era absolutamente peligroso. Viejo pescador de Lateni trabajaba aquí o allá siempre tocando su flauta. Se le arrestó diciendo que cantaba una canción campesina en la que era cuestión de «una *mamaliga*, no más gruesa que una nuez, defendida a golpes de mazo de las pequeñas garras de los muchachos». Por lo tanto, era un revolucionario y se le fusiló.

—Yo creo que se trata de tu padre—dicen al enamorado de los cardos.

El pobre niño lo cree así también, pero no siente nada. Nada, sino su pecho en el cual se hace el vacío.

Momentos después corre desesperadamente por el camino.

—¿Adónde vamos, Yonel?

—Hacia el mundo, Mataké, los cardos tras de nosotros.

Historia de niño en la que la realidad va a herir la fantasía, a dejar su huella profunda en el temerario que quiso llevarla consigo en el camino. La existencia entera de Panait Istrati está impregnada de este sello. Impulso que al frustrarse ya muchas veces, lo lleva a cortarse la garganta.

Hijo de un contrabandista griego, que no conoció, y de una campesina rumana a la que abandonó cumplidos los doce años, por una vida de vagabundaje, ha hecho todos los oficios y todos los trabajos, los más duros y los más extraordinarios, buscando en la vida la belleza cambiante y atrayente de lo desconocido. Recorre el Egipto, la Siria, Jaffa, Beyruth, Damasco y el Líbano, el Oriente, Grecia, Italia. Se mezcla a los movimientos revolucionarios y almacena recuerdos e impresiones, hasta el día en que, frustrado su suicidio, Romain Rolland, percibiendo en él el genio literario, lo obliga a ser un escritor.

Kyra Kiralina es la primera realización en el esfuerzo.

Yo no soy un escritor de oficio—dice en el prefacio—y no lo seré jamás. El azar ha querido que fuera cogido en las aguas profundas del océano social por el pescador de hombres de Villeneuve (Romain Rolland). Soy su obra. Para poder vivir mi segunda vida tenía necesidad de su estimación y para obtener esta estimación cálida, amistosa, me exigía escribir. «No espero de Ud. cartas exaltadas—me decía—; espero la obra. Realice la obra, más esencial que Ud., más durable que Ud., de la cual Ud. es la cáscara.»

Con esta fusta sobre los riñones—agrega Istrati—me puse a trotar con impulso. Entregado a mí mismo no soy capaz de hacer otra cosa que lapintura de paredes, la fotografía a pleno aire y otros trabajos comunes al alcance de todo el mundo.

Romain Rolland no se equivocó al ver en él un nuevo Gorki de los países balcánicos. La obra de Panait Istrati se impone más y más cada día. Todas las miserias, todas las locuras, todas las pasiones que lo han sacudido a lo largo de su vida aventurera nos las va dando en libros, y libros fuertes, precisos, filosóficos a pesar suyo.

En *Kyra Kiralina* es el niño al cual la vida—viento caliente del desierto—lleva en su disolvente impulso más allá de los límites del bien y del mal. Desecho humano nacido en un ambiente de cortesanas en el cual crece mirando a su madre y a su hermana con ojos de lascivia. El alma de niño de *Les chardons du Baragan* es aspirativa, fantástica, abstracta. La del pequeño héroe de *Kyra Kiralina* es sensual, llena de molicie y de volup-

tuosidad. Facetas de la múltiple y maravillosa de Panait Istrati, ambas están saturadas del demonio oriental.

Pero toda ella tiende, converge, hacia una armonía que sólo se encuentra en la amistad. Como dice Romain Rolland, "su obra, su vida entera podría ser dedicada a este sentimiento".

Para obtener la del autor de *Juan Cristóbal* gira violentamente hacia el bien y hacia la acción. La mirada suave, apostólica del gran escritor pasa por su pobre cuerpo despedazado, llega hasta su espíritu enfermo, agotado, y consigue hacer de él un hombre. Sus ojos claros y serenos sólo saben reflejar la piedad bondadosa que le inspira la humanidad. Un día posando para un busto de Laura Rodig sonreía con tal dulzura que hizo decir a la escultora:

Nunca me he sentido mejor, nunca nadie me ha dado más fuerzas y valor que ésta persona, con la cual casi no he podido cambiar dos frases en su idioma.

El mundo deberá a Romain Rolland—después de la luz de su propia obra—poder agregar el nombre de Panait Istrati a la lista de sus mejores escritores. Y de todas las compensaciones que ofrece su propio espíritu al desterrado de Villeneuve, quizás ninguna más fortalecedora que esta comprobación de fuerza de su ser moral, y ningunas palabras más suaves a sus oídos que las que terminan *Kyra Kyraldina*.

Sí, a los diez y seis años yo conocía la bajeza del alma humana. Y no conocía todo.

No sabía sobre todo que las obras de la Creación son infinitamente complejas y variadas, que mil ignominias sufridas no nos dan el derecho de escupir sobre la humanidad entera. Dios mismo ha comprendido esto cuando, enojado contra una humanidad pecadora, decidió castigarla sin exterminarla, puesto que salvó del desastre a un patriarca justo y a su familia. Es verdad que la humanidad que ha seguido al diluvio no ha valido más que la precedente, pero no ha sido culpa de ella. Es que Dios (como yo a los diez y seis años) conocía mal el mundo y no sabía lo que hacía.

Después he sabido, desde el día en que el destino me envió un Barba Yani vendedor de sales y alma divina, que debe considerarse feliz el hombre que ha tenido la suerte de encontrar en su vida un Barba Yani. Yo no he encontrado jamás sino uno solo pero él ha bastado para hacerme soportar la vida, y, a menudo, bendecirla, cantar sus alabanzas. Porque la bondad de un solo hombre es más poderosa que la maldad de mil; el mal muere al mismo tiempo que el que lo ha ejercido; el bien continúa brillando después de la desaparición del justo.

Como el sol que disipa las nubes y lleva el júbilo a la tierra, Barba Yani fulminó el mal que roía mi alma y llenó mi corazón de salud. No fué sin resistencia de mi parte; no fué sin humillante oposición; pero ¿cuál es el corazón que aún muy martizado por la vida, sea capaz de hacer frente a la explosiva bondad?

Así es al salvador de Sodoma y de Gomorra a quien debo las horas de emoción y de belleza que me han procurado *L'oncle Anghel*, *Les chardons du Baragan*, *Kyra Kyralina*. Así va hacia él mi acción de gracias y hacia la fuerza oculta que mantiene el mundo permitiendo que la bondad suprema vaya a unirse muy raras pero algunas veces, al supremo talento.

Los hombres que realizan esta unión no arrastran siempre tras su carro mortuorio todas las celebridades que han visto mis ojos desfilar tras los despojos del Mariscal Foch, pero como los pilares de las catedrales góticas quedan ahí manteniendo, frente al paso de los siglos, su belleza eterna.—MARTA VERGARA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Internacionalismo cultural

LAS Universidades de la costa norteamericana del Pacífico están logrando convertir estas zonas, geográficamente remotas, en centros de comunicación internacional. Uno de los medios más eficaces que se ponen en práctica es la celebración de Institutos para la libre discusión. Uno de estos Institutos acaba de celebrarse en Los Angeles, otro va a tener lugar en Seattle; en el de Los Angeles se estudiaron asuntos norteamericanos y mexicanos; en Seattle, habrá canadienses, ingleses, yanquis, mexicanos, japoneses y gentes de las Islas Hawai. Las razas del Pacífico estarán allí congregadas en uno de los primeros encuentros pacíficos en que cada uno podrá hablar de sus empeños, sus necesidades y sus ideales. No se trata, ya se supone, de encuentro de agentes diplomáticos que llevan ya escrito el discurso; no se trata de semipolizontes como los que fueron a pedir a La Habana que se limitara el derecho de la prensa internacional para comentar los crímenes de los países tiranizados. En estos Institutos, salvo los raros casos en que logra colarse el delegado oficial, hablan los representantes de la conciencia de los pueblos. Y aún cuando aparece el delegado oficial o la larga y lamentable comitiva de los comisionados y propagandistas políticos que se disfrazan de intelectuales, el público es advertido de antemano y sabe ya la clase de piadosa sonrisa que tiene que dedicar a los visitantes. Comúnmente, sin embargo, a esta clase de enviados se les pasea, se les alimenta y luego se les despide, con el alivio de que no queda memoria ni de sus nombres.

Pero en los Institutos Internacionales a que me vengo refiriendo, es otra la clase de gente que asiste y, por otra parte, para garantizarse hasta donde es posible, contra la propaganda política, se exige que los trabajos sean presentados por escrito y generalmente se les publica, para que quede memoria de lo tratado. Y cada vez van siendo más eficaces estas reuniones de gente de pensamiento. Se piensa, al estar en ellas, que tal vez representan una manera nueva y superior de comunicación y de fraternidad. En general, las relaciones internacionales las han hecho, hasta el presente, los comerciantes y los guerreros. El comerciante inicia las relaciones movido por el afán del lucro. El soldado va detrás, movido por el deseo del botín o bien en oficio de gendarme para proteger los intereses del mercader. La excepción notoria a esta regla general del intercurso de las naciones la encuentro en los viajes y empresas de los misioneros españoles que iban movidos por el deseo de civilizar y de iluminar conciencias. Pero después de ellos y después de que una reacción de brutalidad y de barbarie destruye hasta la semilla de lo que ellos crearon en nuestra América, la regla vuelve a ser otra vez que los extranjeros se encuentran para traficar o para combatir o bien para mantener el statu quo creado por las guerras y las conquistas, si se reúnen en los congresos internacionales o en las conferencias y cambios de impresiones del diplomático.

Nada de esto ocurre en los Institutos Internacionales que se están celebrando desde hace algunos años en las Universidades. Al contrario, se diría que la Universidad, comienza a reivindicar los fueros del pensamiento y, al efecto, procura colocarlo en condiciones de que se exprese libre de toda sumisión diferente de la necesaria sumisión a los hechos que limitan el ensanche de la verdad. Se exige veracidad, por eso no hay lugar en estas discusiones para el propagandista; se exigen hechos tal y como ocurren, para luego interpretarlos o para señalar la manera de corregirlos; se garantiza la libertad más grande que sea posible obtener en esta época nuestra, todavía semibárbara en que la verdad por ser tan brutal, por ser a veces criminal, es perseguida, sofocada, castigada, equiparada con la traición.

Empeño de verdad y espíritu de humana cooperación, tales son las únicas normas obligadas. Capacidad para tratar los asuntos que se ventilan, preparación comprobada con estudios, con libros, y sentido de humanidad comprobado con una vida de trabajo y con acciones honestas. De otra suerte ni se tiene derecho de opinar en las cuestiones sociales.

Y se piensa al escuchar las discusiones generalmente luminosas que no es el problema de los hombres descubrir la verdad sino ponerla en práctica. La verdad siempre ha sido clara para las gentes honestas. La confusión empieza cuando tratamos de usar el conocimiento para disfrazar nuestras intenciones perversas y para cumplir fines mezquinos.

Verdad y conducta pura son dos realidades inseparables. Cuando se pierde la limpieza de la intención se pierde también el entendimiento claro de los hechos. En seguida se traiciona a sí mismo el orador, el escritor que llega a estos modernos congresos a hablarnos de los intereses de un gobierno o de un grupo, y también en seguida se advierte la verdad del que habla de intereses legítimos y de intereses humanos. La jerga del propagandista denuncia en seguida sus intenciones aviesas y por eso mismo y como en estas reuniones no se llega a conclusiones de importancia inmediata, es frecuente ver que en ellas sólo se expresa la verdad desinteresada de consecuencia mediata, pero interesada en lo que hace a los valores humanos.

Lentamente, muy lentamente—no hay nada más lento que el progreso en una humanidad que sólo es rápida para el error y el mal—, lentamente se va formando, no diré una conciencia internacional, porque soy enemigo de novelorías disparatadas como la conciencia cósmica y otras zarandajas que seducen a los ignorantes; no se trata de una nueva conciencia, porque siempre han existido hombres universales con conciencia universal, pero sí se va engendrando una corriente de pensamiento que puede llegar a traducirse en corriente de acción.

La guerra a muerte que, por ejemplo, se había iniciado en estas costas entre norteamericanos y asiáticos, se convierte en los Institutos Internacionales en intercambio de informaciones y de doctrinas de donde sale cooperación. Los japoneses se presentan ante sus terribles rivales, no con la arrogancia de quienes sienten la humillación de la derrota aún antes de combatir, sino armados de esa sabiduría que sobrevive a los imperios y las conquistas. Nunca han llegado por aquí propagandistas japoneses a hablarnos del valor de sus generales, sin duda porque no se necesita hacer propaganda a generales que han demostrado su competencia militar salvando a su patria de la agresión extranjera; no nos hablan de valor, porque saben que todas las razas dignas lo tienen y hablar de valor es hacerse sospechoso, como se hace sospechoso el que habla de honestidad. Ambas son virtudes fundamentales que se suponen y, por lo mismo, no es menester proclamarlas. Lo que aportan los japoneses a estos Institutos es entonces la colaboración hu-

mana de las doctrinas científicas sociales, que les han permitido ponerse a la altura de la civilización europea, sin ser europeos por la sangre.

Uno quisiera, al oír hablar a los japoneses, poder decir de nosotros los mexicanos otro tanto de lo que se dice del Japón. Y en vano fatigamos la mente para buscar doctrinas que sean autóctonas, hazañas que no impliquen destrucción y sí construcción. Me encontraba yo en uno de estos Institutos, en que es menester mostrar pruebas de cultura, cuando recibí un folleto en que se pretende justificar una gran medida de salvación nacional. ¿Sabéis cuál era? Se trata nada menos que de pedir la confiscación de los bienes de los españoles y su expulsión; otra expulsión en masa, otro atropello nacional, otra hecatombe. Todo esto justificado con citas de Morelos, con palabras que el pobre Morelos no hubiera tal vez reconocido en su juicio, palabras de odio y de ruina que son explicables en un momento de pasión y de lucha, pero no en una hora tan grave como ésta de México en la que todos somos antis y nadie es pro. Todos estamos contra algo, pero nadie se pone en favor de algo que amerite esfuerzo constructivo y acción creadora.

¡Qué duro, qué difícil resulta hablar a la hora en que nos toca decir de México, lo que México hace! Tenemos que contentarnos con decir lo que debiera hacer y en esfuerzos inauditos de imaginación hacemos fantaseos sobre lo que alguna vez hará. Y buscamos en rasgos dispersos la traza de lo que pudiera justificar una esperanza.

Me hablaban el otro día de las Islas Hawai. Una mezcla de razas más complicadas que la de México, un clima excesivo, varias lenguas, ricas y pobres, muchos más pobres que ricos, y, sin embargo, no sé qué dulzura en el ambiente, dulzura de la raza nativa, dulzura hecha fecunda por la laboriosidad del filipino; dulzura que ha estado transformando en progreso la acometividad norteamericana. De todos los países del Pacífico allí representados, aún el cuadro hawaiano era risueño, el cuadro filipino es de ambiciones de independencia fundadas en pruebas de capacidad para el gobierno propio.

En este concierto de éxitos, el concierto de las naciones del Pacífico, yo hablé de que en México ya hay una corriente de opinión que se dispone a poner en práctica los métodos constructivos de un Madero, que—reencarnación de Quetzalcoatl—fué sacrificado, ya no sólo expulsado; pero que, a pesar de todo el peligro comienza a convencernos de que sólo el sentimiento de humanidad es capaz de crear patrias y pueblos. Quetzalcoatl Madero: mientras tu espíritu no reine, seguirá hundiéndose

la patria, seguirá causando bochorno hablar de tus azares en los cónclaves de las naciones; seguirá amenazada tu propia existencia.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Crónica Social.

Palabras preliminares.

ES GRATO observar que la revista *Atenea* ha comprendido con precisión el papel que le pertenece. Hemos estado acostumbrados, por lustros y lustros, a las publicaciones de sentido exclusivo. Desde luego, si la finalidad anunciada aparecía como literaria, había que considerar creada la obligación de no apartarse un punto de su plano. De esta manera, esfuerzos espirituales que debían estar llamados a adquirir amplia resonancia, se embotaban en círculos restringidos, dando supervivencia a ese anacrónico ideal de artistas que tendía a limitar el radio de acción de éstos a la hostil «turrus eburnea».

Ha cambiado el entendimiento de la materia, y esta revista es un ejemplo. Se ha comprendido que las manifestaciones del ejercicio espiritual, que se hallan unidas en su generación interior, por la identidad de la fuerza que las crea, pueden estar unidas en la exhibición exterior. Hay en esto toda una nueva forma de comprender el fenómeno intelectual. La inteligencia genérica la ha dado más de algún escritor, explicando que la poesía no sólo se esconde tras la factura que la tradición ha reconocido, sino dondequiera que la fuente del espíritu muestra su surtidor con el fresco impulso del nacimiento de lo no previsto.

Las distintas categorías antiguas se funden en la esfera de origen. El aparentemente seco razonamiento del intelecto tiene savia jugosa por debajo de la fría superficie que lo cubre. Existe la misma calidad íntima en la expresión lírica, que quiere ser ligada al sentimiento, y en la línea por cuya dirección marcha el filósofo, que aspira a partir de la razón. Un deber fundamental hace que los esfuerzos de uno y otro orden, de cualquier orden en la materia, lleguen juntos hasta el ambiente social, con la convicción de los expertos de que se trata de platos de un mismo guiso.

Es seguro que, en el caso actual, tales premisas han presidido

la resolución de iniciar la publicación de esta *Crónica Social*. Algo más ha debido influir también. Esta revista es brote de un instituto de estudios superiores, para el cual ha sido clara la percepción de los deberes que le competen. Ha estimado, así, que más allá de los fines de preparación de profesionales, más allá también de las funciones de alta investigación científica, hay otro imperativo que lo lleva a servir de cerca las necesidades del ambiente en que actúa. Tampoco está constituido en una ciudadela cerrada. Orientaciones del día, que se han introducido como un viento de vida a través de sus departamentos, le mandan que salga a la arena de la existencia cotidiana y que allí haga sentir la dirección de sus energías.

Todavía queda algo por decir. Lo social, entendido como objeto de la disciplina sociológica, es, actualmente, punto de mira muy interesante.

No hay exageración en manifestar que, en este terreno, se experimentan a la fecha transformaciones substanciales. José Ortega y Gasset, en una obra de firme visión metafísica (*El tema de nuestro tiempo*), ha precisado el anuncio hecho ya anteriormente por otros escritores en cuanto a que asistimos a la creación de una nueva sensibilidad colectiva. Naturalmente, la renovación se ha planteado primero en los cerebros, para los que ha sido dable adivinarla. El hecho parece indudable, y sus expresiones comienzan a sumarse las unas a las otras, hasta que hayan de suministrar la evidencia.

La humanidad, observada en la organización de sus diferentes nacionalidades, cruza por momentos de plena sugerencia. Por dondequiera que se lleve la mirada, se advierte que surgen problemas nuevos, desconocidas necesidades, balbuceos de soluciones imprevistas, que traen, para el análisis que se tienda a practicar, especial atracción. Los grandes países europeos—Italia, España, Inglaterra, Francia, también la borrosa perspectiva eslava—, crujen en su esqueleto tradicional y parece que, como en el canto del poeta, sintieran nacer una nueva vida. Se definen tanteos inquietantes, llenos de misterio. La desorientación aloja en el corazón de los técnicos. Una sola realidad se presenta luminosa y explícita: hay signos como de que del embrión va a desprenderse la larva que mañana habrá de concretarse en el ente completo.

Chile no escapa al remezón. Su organización política fundamental recibe esenciales modificaciones. En el aspecto económico, en el financiero, en el administrativo, en el social en su acepción restringida, cambios de trascendencia van operándose que estimulan el sereno análisis inmediato.

Nos hallamos, pues, en un orden de fenómenos cuya riqueza para el juicio con aspiraciones de claro y ecuánime está fuera de toda duda y tiene, más bien, el contorno inequívoco de la evidencia.

No habrá de pensarse en que se haga en esta sección una labor sistematizada. La disposición de ánimo debe deducirse de lo que más arriba hemos dejado dicho. Lo social, como objeto de la disciplina que da lo sociológico, es economía, es finanzas, es estadística, es derecho, es política—también política—, es, en la comprensión amplia donde se formalizan y organizan las afirmaciones más generales, sociología. No existiría el medio de convertir simples observaciones pasajeras en la macicez de un curso sobre cualquiera de las categorías señaladas o sobre las que quedan sin mencionar. Además, ha de perseguirse el propósito de inclinarse con principal intensidad sobre estos datos nuevos—repite el adjetivo—, que la época presente, nuestra época, va arrojando constantemente sobre el proteiforme tapete del tiempo.

¿Qué vamos a pretender, entonces? Hemos de fijar un punto de partida, lo que también podría denominarse el soporte del programa. Suele a veces aceptarse que la utilización de una palabra—un sustantivo, un adjetivo, un verbo— en las determinadas condiciones en que se produce, puede dar el patrón con el que se ha de apreciar la personalidad de un escritor. Del mismo modo, en la actividad que en estas páginas nos preocupa, un hecho cualquiera, un accidente al parecer sin mayor importancia, puede servir para desentrañar oscuros sentidos.

Por tales senderos habrá de marchar nuestro esfuerzo. Hoy un hecho preciso, una circunstancia definida; mañana un libro o los perfiles de una personalidad; después un discurso discreto o una declaración altisonante: todo habrá de ser aprovechado para buscar, por debajo de la exterioridad golpeante, la dirección del fluir aparentemente oculto, hasta donde lo haga posible la perspicacia en ejercicio.

La economía, las finanzas, el derecho, la política, nos darán los marcos limitadores. En los objetos que les competen, llevados, cuando sea necesario, para los fines de su consideración, a su diminutivo mínimo, tenderemos a colocar la lente de las aproximaciones científicas.

Con estas palabras preliminares dejamos iniciada nuestra *Crónica Social*.—JUAN PAZ.

André Gide y la escuela de las mujeres

1929 parece ser, por muchos motivos, el año a propósito para hablar, imparcialmente, de la obra realizada, a partir de los cuadernos de André Walter, por el autor de *La Puerta Estrecha* y del *Inmoralista*. Si el desprecio—o la ignorancia—con que algunos impreparados lo acusan de corromper la conciencia de los jóvenes no fuesen ya, en sí mismos, razones bastantes a hacerlo, la sola reedición de *Si le grain ne meurt* lo reclamaría. Pero ¿a qué extremos, probablemente injustos, nos conduciría entonces la admiración? Por eso, antes de resolvernos a enfocar, con toda la delicadeza moral y la precisión psicológica que requiere el problema literario de sus memorias, prefiero referirme hoy al relato—de proporciones y asunto mucho más modestos—que acaba de publicar, en las ediciones de la *Nouvelle Revue Française*, con el título, muy estilo Luis XIV, de *L'Ecole des Femmes*. Acaso desde las tímidas virtudes tradicionales y propiamente burguesas de este diario sentimental de una mujer arrepentida del matrimonio, apreciaremos más en su punto las cualidades universales de *Si le grain ne meurt*, su alta honradez humana y, sobre todo, el apasionado criterio moral que rectifica a cada minuto, en sus páginas, el más vivo ejemplo de sinceridad que registre la historia de las confidencias contemporáneas.

Ante *L'Ecole des Femmes* nos asalta esta duda: ¿qué es, realmente, el nuevo ensayo de Gide? ¿La historia de una mujer destruída por el influjo, para ella excesivo, del hombre? ¿O el desarrollo de una sensibilidad exquisitamente dibujada, sobre el fondo de un temperamento incoloro, por la desgracia de un matrimonio cuyo único defecto fué haber sido, precisamente, demasiado feliz?

Para comprobarlo, bastaría comparar a la joven Evelina de la primera parte de *L'Ecole des Femmes*, llena de fe en su novio, de desconfianza en sí misma y de avidez vital sin modulaciones, con la desencantada Evelina de ese segundo capítulo de la obra al que Gide bautizó, no sin ironía, con el nombre deliberadamente novelesco y romántico de *Veinte años después*.

Entre una y otra, nada parece haber transcurrido sino la dicha. Una monótona dicha de todos los instantes, entibiada—
—a todos los instantes—por la fidelidad perezosa del marido,

disuelta por el ejemplo melancólico de los padres y excitada contra la rebelión y la curiosidad sin respeto de los hijos. La constancia de estas temperaturas tranquilas no es igualmente favorable a todas las mujeres. A algunas, ablandándolas, les hace perder todo asomo de personalidad. Pero a otras les enseña el compromiso de adquirirla. Al grupo de estas últimas pertenece Evelina, en cuyo corazón el espectáculo de una felicidad demasiado apacible ha aguzado todas las cualidades de crítica, de inteligencia y de penetración que, cuando eran novios, su esposo quería ya imponerle y en cuya escuela se arrepentirá, después, de haberla demasiado vivamente amaestrado.

En un admirable ensayo sobre el amor—al que Ibsen debe, en gran parte, la dramática filosofía de algunas de sus obras—se refiere Sören Kierkegaard a esa capacidad de fecundar por la desgracia que caracteriza al destino de la mujer y es el secreto de su mejor influencia sobre el hombre. Nada, en efecto, tan claro como este resultado depresivo de la felicidad conyugal en los pensamientos y en los méritos de una existencia verdaderamente varonil. Lo que el artista, el pensador o el hombre de estado realmente notables parecen buscar, en toda aventura amorosa, no es la mujer misma, sino su espectro, la forma de su ausencia, el presentimiento de su engaño o, para decirlo con otras palabras, el dolor, el simulacro y el remordimiento de ese instante imperceptible de la posesión que, prolongado en ciertos períodos prolijos, no puede inspirar sino tedio.

Lo que Gide ha demostrado en *L'Ecole des Femmes* es el otro aspecto de la tesis un poco misógina de Kierkegaard. Sí, la mujer—cuando es buena—no puede servir al hombre sino como madre. Pero que no se envanezca de ello el hombre a quien este concepto pudiera sugerir el orgullo de alguna superioridad, puesto que él, a pesar de sus más serenas virtudes, no podría hacer tampoco, con la sola excepción de ciertos instantes agudos, la felicidad estable de una esposa.

Lo que constituye, así, el atractivo de un espíritu es la vibración, el temblor inefable de los sentimientos y de las ideas que no se sienten muy seguros de sí mismos; las amistades que no se ofrecen de una sola vez; los amores que no se dan, de prisa, para siempre. Consecuente con estas premisas—que han sido las normas esenciales de toda su obra novelesca anterior—Gide hace de la historia de su Evelina, en este relato, el drama de una mujer que, desde el punto de vista moral, no existía antes de conocer al hombre que la enriqueció. Pero lo terrible de su enseñanza consiste en que, una vez fecundada por él y definida por sus aptitudes, no empleará Evelina esta

personalidad, adquirida de su marido, en admirarlo o en comprenderlo, sino—¡terrible acero de dos filos de la crítica!— en disminuirlo y en aprenderlo a odiar.

Todos los hijos, a cierta edad, juzgan a sus padres. Alguien ha podido añadir que «muy pocos los absuelven». ¿Es decir, acaso, que la educación—lo mismo la que proviene del viejo al joven, que la que el hombre imparte a la mujer—no puede inspirar nunca sino repugnancia y desprendimiento? Ya el mismo Gide clamaba, desde las páginas líricas de sus *Nourritures terrestres*, por el ejemplo de un lector que, después de leer su libro, fuese capaz de arrojarlo; por la inteligencia de un discípulo que del maestro no aprendiese sino el desprecio de los maestros y por la curiosidad de un hermano menor que, al volver a la casa del hijo pródigo, no buscara afecto, sino desencanto, en el júbilo con que los padres generosos lo perdonaran.

La moral de André Gide—la que sus críticos no han querido otorgarle—tiene, casi siempre, ese tono de pesimismo fundamental que hace el atractivo doloroso de los poetas y de los pintores protestantes. Ningún lujo católico, ningún alarde, en este escritor que no se decide a insinuar una verdad sino hasta estar bien seguro de haberla gastado, día a día, contra las piedras de su experiencia. De aquí la amargura de novelas como *Les faux monnayeurs* o como *L'Immoraliste*. De aquí también, en el conjunto de su obra, ese defecto de severa melancolía que la hace inactual y la reúne a la tradición de los moralistas franceses del final del siglo XVII o de principios del XVIII, llámense La Rochefoucauld o Pascal, Vauvenargues o La Bruyère.

Lo que acentúa esa responsabilidad, en sus relatos más recientes, no es la solidez de esa institución del matrimonio (tan engañosa que está, por todas partes, a punto de desaparecer o de convertirse, al menos, en algo mucho más flexible), sino la calidad del asunto artístico que el literato desaprovechó para que el moralista lo utilizara. Gide, en efecto, se ha contentado hasta ahora con describirnos algunas psicologías de mujeres muy jóvenes, en ese ángulo en que la adolescencia equivoca las distancias y exagera el parecido de los sexos.

Hubiera sido, por consiguiente, muy interesante verlo juzgar, ahora, el desarrollo espiritual que las mujeres adquieren con la madurez y que, cuando el artista es Balzac, produce efectos como el de *La mujer de treinta años* o, cuando es Tiziano el pintor, se realiza en telas del inapreciable mérito de *Venus y la Música*. — JAIME TORRES BODET.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

El modernismo y la crítica

California, U. S. A., 1929.

DON Rufino Blanco Fombona acaba de publicar su libro *El Modernismo y los poetas modernistas* (Madrid, 1929). Divide su obra el Sr. Blanco Fombona en los siguientes capítulos: el Modernismo, los Precursores, los Iniciadores, Cuatro ases del Modernismo, Dos Poetas heroicos y Otros Poetas. El libro en general está bien orientado, como de quien conoce a fondo el movimiento y a sus principales cultivadores. Diremos más, es éste el mejor libro que conocemos acerca de estos escritores, ya que los otros, los de Cansinos-Assens, González Blanco, V. García Calderón, Manuel Machado, J. Cejador, pecan de difusos, vagos, insinceros. El libro de Isaac Goldberg refleja juicios críticos de segunda mano y el estudio de R. D. Silva Uzcátegui, premiado por la Academia Española, es un catálogo de necedades y de lugares comunes tomados del Dr. Nordau, pobre señor de ridículas hechuras. Quedan algunos estudios, particularmente los de Díez Canedo, Henríquez Ureña, Lauxar, García Godoy, de más valor. El trabajo de Edwin Mapes sobre Darío exagera la plana en el estudio de las influencias francesas.

El Sr. Blanco Fombona conoció personalmente a la mayor parte de los poetas del Modernismo; sin embargo su libro no está hecho a base de recuerdos personales sino que ensaya definiciones, análisis, crítica estética verdadera. El mérito mayor del libro no reside en la parte doctrinal sino en un estilo flúido, fácil, de poeta y de hombre apasionado. Grandes odios y grandes afectos determinan la obra de Rufino Blanco Fombona. Odia a muerte a los Estados Unidos, a Juan Vicente Gómez y a Andrés Mata; con menos intensidad a Leopoldo Lugones, a Mitre y a unos cuantos escritores que se le han opuesto en su camino. Admira profundamente a Bolívar, a José Vasconcelos, a F. García Calderón y a todos los grandes amantes de la libertad. Este apasionamiento le hace ser a veces mal crítico literario, crítico temperamental, injusto en ocasiones. Así dirá que Díaz Mirón fué un gran carácter cuando el admirable autor de *Lascas* no pasó de ser un matón y un ególatra desenfrenado; afirma que

una casa editora rica de los Estados Unidos le propuso condiciones económicas, excesivamente lisonjeras para la publicación de sus obras completas, y Díaz Mirón no aceptó.

Lo cual es inexacto. Ninguna casa editora americana ofrece nada a ningún poeta, menos en lengua extranjera. Los poetas norteamericanos, con contadas excepciones, tienen que pagar sus propias ediciones; Díaz Mirón nunca fué conocido en este país y si es verdad que se hizo una edición fraudulenta de sus versos ésta resultó un fracaso económico. Blanco Fombona se refiere a *Poesías*, New York, 1895, Benton & C°. Y el responsable de la edición fué, según Blanco Fombona, César Zumeta. Yo no se cómo el Sr. Zumeta pudo inducir a Benton & C°. a hacer tal libro, pésimamente presentado, y que contiene unos cuantos poemas muy deficientes.

Los capítulos dedicados a Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, del Casal y Silva nos parecen muy bien. No nos parece tan bien, sin embargo, que el autor dé tanta importancia a los *Nocturnos* de Silva y los considere inspirados en el amor de su hermana Elvira. La verdad artística es una verdad ideal y Silva pudo poner en sus *Nocturnos* emociones y sensaciones de muy distinto origen. Las páginas dedicadas a Rubén Darío desmerecen un tanto. En 1925, yo pedí a Blanco Fombona unas cuantas líneas que me explicaran su amistad con el gran poeta; él, muy gentilmente, escribió tres artículos en *El Sol* de Madrid que tuvo la delicadeza de dedicarme. Ahora aparecen en este libro. En estos artículos sólo se refiere a recuerdos y da unos cuantos detalles acerca de la vida de Rubén. El poeta nicaragüense necesita un estudio total, definitivo. Lo esperamos para otra ocasión.

El ensayo dedicado a Julio Herrera y Reissig es admirable de comprensión y afecto. Igual el de Valencia. Digno de aplauso es el recuerdo que hace del injustamente olvidado Leopoldo Díaz. En el capítulo sobre Nervo hallamos lo siguiente:

Como Peter Altenberg en Austria, Bécquer en España y Eguren en el Perú, procura Amado Nervo prescindir de todo follaje retórico y decir la mayor cantidad de cosas en las menos palabras posibles. Además, decirlo del modo más llano y asequible.

En esto no estamos de acuerdo con el crítico venezolano; Nervo es en verdad un poeta fácil y concretador pero Eguren es para nosotros un poeta retórico, barroco y de símbolos e imágenes sumamente difíciles, acaso el poeta más difícil en América. En el mismo capítulo dice que «Huysman es bueno como estilista, mediocrísimo como cerebro». Claro está que en

cuestiones de gusto nadie puede imponer reglas pero para mí el autor de *La Cathédrale* posee un formidable talento literario y en su facultad de descripción no le sobrepasa nadie. Por lo demás Oscar Wilde, a quien Blanco Fombona parece admirar, fué uno de los discípulos de Joris-Karl.

Estamos en desacuerdo absoluto con las opiniones de Blanco Fombona sobre Chocano. Para nosotros el poeta peruano es sólo una especie de virtuoso del verso. Carece en absoluto de refinamiento artístico y su interpretación del paisaje americano es más fotográfica que estética. Blanco Fombona no está muy seguro de su alta opinión porque a vueltas de llamarle «egregio portalira», «el más americano de los poetas de su generación», «¡qué poetazo!», «un gran poeta», dice:

¡qué mal gusto! Mal gusto increíble: una retórica estruendosa del peor victorhuguisimo; una abundancia que ignora la podadera; una ignorancia ingenua, enciclopédica; un despulmonarse al sonar enorme trompa anacrónica.

Ahora si le seguimos. Chocano es un poeta que debió haber vivido allá por fines del siglo XVIII para regocijo de los admiradores de Quintana y Gallego. ¡Pero ahora, al lado de Darío, de Herrera y Reissig, de Eguren, nos resulta un anacronismo! Para Blanco Fombona es Chocano el pollo del pato incubado por la gallina, que se tira al agua con asombro de la familia, con un escándalo maternal de gallinas, que diría Lugones. Si no fuera demasiada crueldad yo pondría cisne donde dice gallina. Blanco Fombona encuentra justificado el verso del autor de *Fiat Lux*:

Walt Whitman tiene el Norte; pero yo tengo el Sur,

que revela una egolatría sin límites y una ignorancia completa del autor de *Leaves of Grass*, poeta libérrimo que nunca inclinó el cuello bajo los cascabeles de la rima ni lo puso bajo la pata de los tiranos. Whitman usó siempre el verso libre y despreciaba la tiranía del acento obligado, en tanto que Chocano sigue la senda por donde han ido los rimadores que en el mundo han sido. ¿Que Chocano ha escrito hermosos versos? Claro está. Pero también los han escrito y muy bellos el Sr. Villaespesa, el Sr. Carrere y nadie ha llamado a éstos «poetazos».

Encontramos el anverso de la medalla en el estudio consagrado a don Leopoldo Lugones. Debemos empezar diciendo que aunque no estamos de acuerdo con las doctrinas políticas del escritor argentino, reconocemos en él un talento verdadero. Pasa con Lugones lo contrario de lo que pasa con Chocano:

siendo un poeta exquisito ha escrito centenares de versos detestables. Blanco Fombona le llama «orador poético», «poeta a gritos», «mal pintor de paisajes», etc.; afirma que

carece, por lo común, de exquisitez emocional, conceptual y aún verbal. Aunque él suponga otra cosa cuando madrigaliza y piruetea con la poca gracia de un elefante que bailase lleno de pretensiones de libélula.

Lo de la emoción es siempre relativo y a veces un mal poeta puede tener más delicadeza emocional que un gran creador, pero de exquisitez verbal no carece quien ha escrito el *Elogio de las rosas* y cien sonetos que son una maravilla de forma. Dice Blanco Fombona que las características de la literatura que él llama «mulata» y cuyos representantes son

dos contemporáneos nuestros: el argentino Leopoldo Lugones entre los poetas buenos y el venezolano Andrés Mata entre los malos, «consisten» en la total ausencia de sinceridad, en la imposibilidad de ver claro lo que existe y exponerle con llaneza.

¿No podrían achacarse estos mismos defectos al Góngora de *Las Soledades* y de *Polifemo*? Las mismas palabras que usa Blanco Fombona para criticar al poeta argentino han sido usadas como elogio hablando de Góngora:

En vez de pensamiento, lluvia de metáforas. Además, altisonancia, énfasis, petulancia, suficiencia, juicios del instinto y no del razonamiento, incontinencia verbal, barroquismo, afán de deslumbrar por imágenes rebuscadas y con verbo estruendoso.

Blanco Fombona cree que esta estrofa de Lugones:

Por la puerta
asomaron racimos de glicinas
y llegó de la huerta
un maternal escándalo de gallinas...

está calcada sobre ésta de Herrera y Reissig:

Acá y allá maniobra después con un plumero
mientras por una puerta que da a la sacristía,
irrumpe la ruidosa turba del gallinero.

El mérito de la estrofa lugoniana estriba en lo plástico y lo atrevido de la imagen «un maternal escándalo de gallinas» y en su regocijado humorismo. Nadie tiene el monopolio de las gallinas en un cuadro aldeano y lo personal aquí no reside en el objeto sino en la imagen. Cita el crítico venezolano otros cuan-

tos ejemplos de «influencias directas» pero en todos ellos estamos en absoluto desacuerdo con él. Es verdad, empero, que las técnicas de Víctor Hugo, de Laforgue, de Pascoli han determinado diferentes períodos en la obra de Lugones pero no hay derecho a llamarle plagiaro por esto. Lo que nadie ha notado todavía es la influencia palpable de Edgar Poe sobre Lugones, en *Las Montañas del oro*. Para Blanco Fombona el poeta argentino «carece en absoluto de personalidad». Nosotros creemos que tiene una personalidad un tanto dúctil y que las lecturas de sus autores favoritos se echan de ver en su obra. Su paso del socialismo a un nacionalismo agresivo no tiene nada de raro en estos días de inestabilidad filosófica y Lugones es hijo de su siglo. Por lo demás, demuestra tener una fuerte personalidad al discutir de hombre a hombre sus opiniones con escritores tan violentos como Araquistain y Vasconcelos, y cuando las simpatías de todos los intelectuales del continente están en favor de sus adversarios. Blanco Fombona ha asegurado siempre que Lugones imitó a Herrera y Reissig en una serie de sonetos hoy famosos; no tiene pruebas concretas en el asunto. Por el contrario, el novelista Horacio Quiroga demuestra que los *Doce gozos* de Lugones, pieza de litigio en el presente caso, vieron la luz pública a comienzos de 1898, en la revista *La Quincena*. El primer soneto de Herrera y Reissig en este estilo está fechado en 1900. Por lo tanto es posible que Herrera haya tomado a Lugones como ejemplo. Y tanto es así que Quiroga asegura que él y Herrera se aprendieron de memoria los versos de *Los Doce Gozos* y que ambos empezaron a imitar al poeta de *La Nación*. La prioridad de Lugones queda como cosa probada según testimonio del Sr. José Pereira y Rodríguez en el *Repertorio Americano*. Dice así el Sr. Pereira:

Blanco Fombona fundamentaba sus apreciaciones en el dato erróneo de la publicación en 1905 de *Los crepúsculos del jardín*. Aduje entonces, allá por 1914, que Herrera y Reissig, inició la composición de las *Eglogánimas* y de las *Eufocordias* después de conocer sonetos de forma idéntica, burilados por Lugones. Había que probar la afirmación, y así lo hice, declarando que cuando Lugones, en marzo de 1901, visitó Montevideo como delegado argentino ante el Congreso Científico-Americano, el grupo literario del *Consistorio del Gay Saber* le solicitó que impresionara algunos de sus sonetos en un cilindro fonográfico. El poeta argentino accedió al pedido, y en la casa de Garesse y Crispo, existente entonces en Montevideo, en la calle Ituzaingó, entre Rincón y 25 de Mayo, dejó impresos cinco sonetos de los que publiqué tres en mi folleto juvenil: *Una audacia de Rufino Blanco Fombona*.

No conozco al Sr. Pereira pero acepto sus palabras. Por lo demás lo de Quiroga nos parece suficiente para asegurar que Herrera y Reissig siguió al autor de *Los Doce Gozos* y no me

explico por qué el Sr. Blanco Fombona se obstina en asegurar lo contrario.

El Sr. Lugones ha observado una actitud muy digna con su silencio, ya que pudo probar la prioridad de sus sonetos con dos palabras. Si Herrera y Reissig hubiera vivido unos años más, acaso hubiese declarado públicamente la verdad de las cosas. ¿Necesitaremos asegurar que preferimos los sonetos de Herrera a los de Lugones para no sentar opinión de parciales? Con el capítulo sobre Lugones debió terminar el libro que nos ocupa. Dos páginas dedicadas al análisis de Jaimes Freyre resultan inadecuadas; luego hay poco más de media página consagrada a Fabio Fiallo y casi tres a Alberto Ghiraldo. Termina el libro con las cuatro páginas acerca de González Martínez, poeta que merece mucho más espacio por la gran influencia que ha tenido entre los jóvenes de América.

Antes de terminar, debo detenerme en dos puntos. Dice Blanco Fombona que

Pedro Antonio González es el único poeta modernista de Chile digno de mención y que es uno de los muchos discípulos de Rubén Darío, aunque en Chile se le crea personalidad muy cimera.

En primer lugar, González no es el único poeta modernista digno del nombre; hay otros superiores: Julio Vicuña Cifuentes, Carlos Pezoa Velis, Manuel Magallanes Moure y Max Jara. En segundo lugar la crítica contemporánea no tiene en gran estima al cantor de *Ritmos*. Claro está que cierta clase de crítica que cree en la obra de poetillas insignificantes como Daniel de la Vega, Francisco Contreras, etc., se ocupa de vez en cuando de González... pero a esos no hay que tomarlos en cuenta. Por lo demás la crítica oficial chilena parece monopolio de sacerdotes.

A los chilenos—dice Blanco Fombona—les produjo siempre mucha gracia que en Colombia, por ejemplo, hubiese tanta literatura de imaginación. Y a los burdos chistes montañeros la Naturaleza contestaba dejando a los chilenos amarridos: ningún poeta.

Las cosas han cambiado desde entonces, pues si Colombia tiene hoy escritores de la talla de Valencia, L. Carlos López y J. E. Rivera, Chile no le va en zaga con Pedro Prado, Gabriela Mistral, Manuel Rojas, Max Jara, Magallanes Moure, d'Almar, Pablo Neruda, Baldomero Lillo, J. Díaz Garcés, etc. El mismo Blanco Fombona parece admirar en alto grado la poesía de nuestro compatriota Vicente Huidobro, que a nosotros, dicho sea en honor de verdad, nos produce unos deseos enormes de reír.

El otro punto que queremos comentar es éste: dice el Sr. Blanco Fombona:

Se puede ser escritor criollo, americano, de dos maneras: o creando técnicas nuevas, en vez de seguir carnerilmente las europeas, como han hecho en verso Huidobro y en pintura Diego Rivera, o insuflando espíritu propio, personal y de raza a las técnicas de Europa, como han hecho tantos, entre otros y en algunas de sus obras, los mexicanos Xavier de Villaurrutia y Carlos Pellicer.

No es éste el lugar de ocuparse del arte barroco de Diego Rivera que, dicho sea de paso, no está tan libre de antecedentes europeos como cree al crítico venezolano; pero sí nos parece absurdo hablar de arte americano en relación con la poesía de Huidobro, que no pasa de ser un comentador de ciertos poetillas alemanes de la última cosecha. Yo creo que Huidobro debe reírse a solas de la ingenuidad de sus discípulos y de los críticos que le llaman «creador de escuela» porque, siendo chileno, debe poseer un humorismo muy regocijado. Hombre listo sí lo es y como tal su autocrítica debe ser bastante severa. Lo mismo puede decirse de Villaurrutia y Pellicer, poetas que comienzan y que oscilan entre la imitación europea y un esfuerzo aún no logrado por crear arte autóctono. Mejor ejemplo sería la obra de López Velarde en México. Y aquí ponemos punto final a esta reseña. ¿Restan valor a la obra del Sr. Blanco Fombona nuestros abundantes reparos? Si así lo creyésemos no habríamos escrito el artículo presente. Antes por el contrario, opinamos que un espíritu justiciero como es este escritor, está llamado a establecer valores, a derribar de su pedestal a los mediocres y a ensalzar a los verdaderos poetas. Creemos además que Blanco Fombona, con más documentación y menos apasionamiento, podría ser el crítico oficial de esta escuela. El señala para esta labor a Díez Canedo y a Pedro Henríquez Ureña, críticos de obra fragmentaria que no llegarán nunca a darnos un cuadro completo del Modernismo. Tampoco poseen el estilo inquieto y fogoso del escritor venezolano.

El Modernismo y los poetas modernistas debería servir de ejemplo a los jóvenes estudiosos de nuestra América, demasiado ocupados en buscar por literaturas extranjeras al novelista de moda o al poeta de última hora para comentarlos luego en colosales ditirambos.—ARTURO TORRES RIOSECO.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Sobre lingüística

Santiago, 16 de Septiembre de 1929.—Señor don Raúl Silva Castro, Pte.—Mi estimado amigo, ya que mi respuesta a las observaciones del señor Roberto Krautmacher sobre *Apuntes de lingüística* llegó a su poder conjuntamente con otras observaciones del profesor don R. Oroz, con relación a lo mismo, y como era natural, se publicaron éstas primero, le ruego dar acogida en *Atenea* a las líneas que siguen, que servirán de contestación tanto al señor Krautmacher como al señor Oroz.

Ante todo, les quedo muy reconocido a estos distinguidos profesores por las observaciones, tan atinadas como llenas del mejor espíritu, hechas a los *Apuntes* que yo publiqué, basados, no en observaciones mías, pues la lingüística está muy lejos de ser mi especialidad, sino en varias lecturas, especialmente en las *Lecciones* de F. de Saussure.

Ya con el hecho de haber provocado una discusión sobre estas materias, tan interesantes para todas las gentes cultas, he creído lograr mi objeto principal. Los que salen ganando con esto, y mucho, son los lectores de *Atenea*, entre los que hay tantos profesores y escritores. El uso correcto del idioma no es una cosa baladí; el origen de las palabras tampoco. Y al escritor, que baraja los vocablos, ¿no ha de serle útil conocer sus evoluciones, sus transformaciones de forma y de sentido? Todos ellos habrán leído las rectificaciones que el señor Oroz hace a Saussure, al señor Krautmacher y a mí, con sumo interés, y habrán lamentado, como lo lamento yo, que no haya sido el señor Oroz el que, con mayor amplitud, comentara primero en *Atenea* las ideas del lingüista ginebrino; él, un especialista, en vez de dejar esta tarea a los profanos o humildes aficionados.

Creo, por otra parte, que el señor Oroz es injusto con el señor Krautmacher al tacharlo de benévolo. Me parece que estas cuestiones científicas no deben tratarse ni con benevolencia ni, por el contrario, con espíritu malévolo o con el ánimo de molestar. La primera virtud del verdadero sabio debe ser la serenidad, y el señor Krautmacher ha dado pruebas de poseerla.

Considera el señor Oroz que yo he confiado en exceso en las etimologías que da Saussure. En realidad, yo me he limitado a transcribir las ideas de este autor, sin discutir las, lo que habría sido una gran osadía de mi parte. En cambio, el señor Oroz tiene la suficiente autoridad para hacerlo. Si él a su vez se equivoca, sólo otro lingüista podría decirlo.

En cuanto a que yo haya escrito *ruá*, *luá* en vez *rwa*, *lwa*, como lo hace Saussure, para indicar la actual pronunciación de *roi* y *loi* en francés, ha sido sencillamente para ceñirme a la forma acostumbrada con que en los diccionarios franco-españoles, vocabularios franceses, etc., se indica la pronunciación del diptongo *oi*. Tiene, pues, mi falta circunstancias bastante atenuantes. La cuestión principal es darse a entender.

Si no precedí de un asterisco las palabras pertenecientes a un idioma hipotético como el indo-europeo, fué para evitar

complicaciones inútiles. Saussure usa muchos signos especiales, que no se encuentran seguramente en nuestras imprentas, y no habría sido posible atenerse estrictamente al original. Así, por ejemplo, el sonido correspondiente a la *j* española, tan diferente al sonido de la misma letra en los otros idiomas, Saussure lo indica con un signo especial. Lo necesitaba para darse a entender de sus lectores franceses, en cuya lengua este sonido no existe. ¿Con qué fin habría yo de usar el mismo signo al transcribir la palabra «hijo» en los ejemplos que da Saussure? Habría sido llevar la minuciosidad hasta el último extremo. Y además, yo no hice un artículo técnico sino de simple divulgación; lo capital era darse a comprender de los lectores de *Atenea*, entre los cuales habrá filólogos, pero mucho más gentes profanas en estas materias. Para un especialista como el señor Oroz tiene una importancia trascendental la omisión de un simple signo; el común de los lectores no pára mientes en el pequeño detalle, en el ínfimo matiz.

Queda el capítulo de las etimologías erradas que yo, en opinión del señor Oroz, he dado. . . Puede creerme el distinguido profesor que ninguna es de mi cosecha: todas las he tomado de diccionarios que dan etimologías, o de autores españoles que tratan de estas

cosas. Aun eso del probable origen de *Don*, que di como simple curiosidad, y que al señor Oroz le parece tan cómico, lo leí en un autor español, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo. Se trataba en este caso de un simple apunte mental. . . Por lo demás, basta abrir el Diccionario de la Academia y otros diccionarios que den etimologías, para convenirse de que no siempre hay uniformidad entre ellos. Las discrepancias son habitualmente grandes. Si los cuarenta caballeros estudiosos que componen la Academia de la Lengua suelen equivocarse en esto de las etimologías, ¿qué

no podría ocurrirle a una sola persona, por mucha que sea su sabiduría y su consagración a la ciencia lingüística? Ferdinand de Saussure, que dedicó toda su vida al estudio comparativo de los idiomas indoeuropeos, ha incurrido en los errores que el señor Oroz le señala, y no creo yo que el señor Oroz se considere con derecho a la suprema infabilidad. Hay, pues, razón para pensar que sus afirmaciones etimológicas no son tampoco definitivas. Entran en la materia contenciosa. . . . Espere-mos la opinión de un cuarto.

Lo saluda afectuosamente su S. y amigo. —*Januario Espinosa.*

LOS LIBROS

POESIA

EL AGUA EN SOMBRA, por *Augusto Santelices*.

Escribo estas líneas con la cabeza no bien repuesta todavía. Sobre ella ha caído un violento chaparrón de imágenes. Este chaparrón, que comenzó con gruesos goterones, que se estrellaban como gotas de esperma en el suelo, arreció más tarde hasta llegar a tener la fuerza impetuosa de una granizada y se desvaneció luego en una garúa fina como una sonrisa. Fué un chaparrón lleno de vicisitudes.

Y este chaparrón tiene forma de libro y se titula *El agua en sombra*. Lo firma Augusto Santelices (1). Son poemas, en prosa y en verso, escritos a lo largo de dos años, que se consignan escrupulosamente: 1925 y 1927. Estos dos años han obrado en el autor el milagro no difícil—por su edad muy juvenil—de una renovación considerable.

(1) *El agua en sombra*. Poemas. Imprenta de la Escuela de Sordomudos. Santiago, 1929.

Los poemas de 1925 se caracterizan por dos rasgos: el primero es un fardo, tal vez no pesado pero sí notable, de melancolía de origen amoroso. El poeta ama y lo confiesa. Sufre por la mujer en quien ha puesto su anhelo, y a su sufrimiento dedica estos versos. El segundo rasgo es una influencia considerable, a veces tiránica, de Pablo Neruda. Preciso es advertir que esta influencia ha sido tal vez la más fuerte que se ha ejercido sobre la poesía chilena en mucho tiempo. Todos los jóvenes escritores nacidos a las letras en los últimos diez años la revelan en grado variable. En Augusto Santelices, uno de los más jóvenes de ellos, la huella de Neruda es más honda que en los demás.

En el soneto *Te quiero* Santelices escribe:

*porque el fondo de gracia de tu alma
se adivina,
y por el niño triste que en tu garganta
trina
trayéndome el recuerdo de lo que nunca
fué,*

versos que son una simple paráfrasis de estos otros de *Farewell*, uno de los poemas más populares de Pablo Neruda:

*Desde el fondo de ti. y arrodillado,
un niño triste, como yo, nos mira.*

Lo mismo cabe decir de estos:

*Pena de lo que fué para no ser ya
nunca,
pena de lo que es y habrá de ser lo
mismo,*

cuyo modelo se encuentra repetida-
mente en el autor de *Crepusculario*.

Pero en los versos que Santelices
escribió en 1925 hay muchos ele-
mentos de considerable valor, que
conviene destacar desde luego. En
el poema titulado *En mi cuarto, a
oscuras*, se lee esta bella frase:

*y mi dolor oscuro se retuerce en un
verso,*

a la cual se pueden agregar estos dos
versos primorosos:

*Embriaga mis sentidos de imposi-
bles errancias
tu canción que me cimbra como un
trigal al viento.*

También es digna de mención
una *Canción del viento en primavera*,
llena de aciertos y en la cual se ha-
lla esta imagen de subido valor:

*Estoy libre de mí y el alma alegre
canta
igual que un volantín en el hilo del
viento.*

Junto a los cuales deben figurar los
siguientes de la *Canción de anochecer*:

*Se está secando el cielo sobre los eu-
calíptus
como un trapo olvidado por una la-
vadera.*

.....
.....

*Pañuelo de monedas, ancho papel
quemado
en donde pestañean los ojos de los as-
tros,
el cielo, como un patio de diáfanas ga-
llinas
se cubre de infinitas pisadas cristali-
nas.*

*Como aerolitos caen las colas de ci-
garro
desde la sobremesa de los astros lejanos.
Los sapos hacen gárgaras sonoras en
el agua
y el hongo de la noche se abre como un
paraguas.*

*Luna nueva, los cuernos del toro de
la noche;
luna llena, la luna linda como un lunar.
La noche es una viuda que va loca en
un coche
en pos del día rubio que se ahogó en el
mar.*

Versos que cito in-extenso para
probar que la imaginería que se des-
borda en la segunda parte—la pro-
ducción de 1927—tenía un antece-
dente no despreciable en la anterior.

En los versos de 1927 Augusto San-
telices revela haber perdido mucho
de su respeto a lo patético en el
arte. Adquiere desde luego una ex-
traordinaria familiaridad con el cie-
lo, cuyos atributos nocturnos le gus-
ta, sobre todo, manejar. También
alcanza excelencia al manejar los
diurnos:

*Las nubes llenan el colchón del cielo
y el sol hoy no se quiere levantar.*

Adquiere asimismo una vertiente
irónica y humorística, que aparecía
muy débilmente esbozada en la eta-
pa anterior, y a ella se deben algu-
nas de sus más bellas imágenes:

Una niña se moja las manos en la lluvia del arpa. Los neurasténicos violines duermen en su ataúd y los pianos tienen teclas de luto, por si los tocan en los días de duelo. . . En un rincón, un pájaro de metal está bebiendo en el platillo de la victrola.

Todo lo ve el poeta a través de una pantalla fantástica, que le brinda imágenes que son verdaderos hallazgos. Engañado tal vez con su riqueza cae en la prodigalidad, y entonces o lo vemos acumular una sobre otra las imágenes que le sobran como moneda sencilla, o—lo que es más grave—lo vemos adocenar su expresión metafórica en imágenes torpes y poco elegantes:

. . .tus balcones de impotencia. . .;
. . .los oscuros pasadizos de tu angustia. . .; . . .la bufanda de tu recuerdo. . .; . . .los ascensores de la pena. . .

Todo lo cual no impide que en esta segunda parte, fechada en 1927, encontremos los más logrados poemas del volumen: *Sinfonía escolar*, *Parábola del viento* (1), *Poema de la infancia*, tal vez el mejor trozo de este libro, etc. Poemas cuajados de imágenes atrevidas, bien logradas las más y muchas admirables. Poemas que nos prueban la auténtica calidad del talento de Santelices, que salvo las vacilaciones propias de su edad, me parece uno de los más atendibles y prometedores de la nueva generación literaria de Chile.
—R. Silva Castro.

(1) ¿Por qué parábola? Vea el autor en un diccionario lo que es parábola y comprenderá que su poema no tiene nada de común con esa forma literaria.

METRICA

ESTUDIOS DE MÉTRICA ESPAÑOLA,
por Julio Vicuña Cifuentes.

Escribir de métrica en estos días puede parecer sólo afán arqueológico. Desde las postrimerías del modernismo el verso se ha venido deshaciendo con ejemplar constancia. ¿Qué poeta piensa en rimar? ¿Cuántos atienden a los acentos y cuentan las sílabas? Sin embargo, la métrica existe. El que quiera usarla podrá hacerlo sin que nadie se lo reproche. Más aún: la poesía ha vestido durante siglos el preciso corsé de la rima y del ritmo. Para estudiar cabalmente la poesía es preciso conocer la métrica, aun cuando ésta parezca superflua a los enloquecidos innovadores de las letras.

Don Julio Vicuña Cifuentes se despide de sus alumnos y alumnas del Instituto Pedagógico con un *Estudios de métrica española* (1). En este volumen, impreso elegantemente, se leen tres partes distintas. Una primera, compuesta por dos artículos de polémica en que el autor establece fehacientemente, mediante una erudición de primera mano y esgrimida con agilidad, la no existencia del verso yámbico de trece sílabas. En la segunda parte se leen estudios métricos sobre temas diferentes que prueban la amplísima versación del señor Vicuña en materias métricas.

En una tercera parte, que se titula *Resumen* y que es en verdad un

(1) *Estudios de métrica española*. Editorial Nascimento. Santiago, 1929.

Epítome de versificación castellana, el autor reúne sus observaciones y hace obra de tratadista de la versificación. Este *Epítome* no es un simple nuevo tratado de métrica sino que es un estudio lleno de observaciones originales. El señor Vicuña, basado en buenas autoridades y sobre todo en el ejemplo de los versos empleados por poetas españoles e hispanoamericanos de todas las épocas, hace nacer las formas métricas de lengua española en el verso de cinco sílabas y no reconoce como tales a los pretendidos versos de dos, tres y cuatro sílabas que otros tratadistas han pretendido consagrar. Establece, además, la diferencia entre *cesura* y *pausa*, que tiene importancia considerable desde el punto de vista de su demostración y que estriba en lo siguiente:

La pausa divide *versos*, no *hemistiquios*.

La cesura se diferencia de la pausa:

1.º En que la cesura repugna el hiato y propicia la sinalefa entre los hemistiquios. . .

2.º En que a la cesura le es indiferente el último acento. . .

Recíprocamente, la pausa se diferencia de la cesura:

1.º En que la pausa rechaza la sinalefa y acepta el hiato entre los versos. . .

2.º En que la pausa cuenta siempre una sílaba, y sólo una sílaba después del último acento. (Págs. 174-5.)

Al tratar de cada uno de los versos existentes en castellano, lo mismo que al examinar las estrofas, el señor Vicuña Cifuentes se aparta de sus predecesores y renueva los ejemplos de versificación y estróficos. Este no es un simple detalle, sino

que tiene su importancia, sobre todo si se observa que en tratados que pasan por fidedignos se han deslizado ejemplos falsos de versos, debido sin duda a insuficiencia del oído de los tratadistas o a errores en la computación de cláusulas o en la apreciación del valor de los acentos.

Tiene de nuevo el *Epítome* del señor Vicuña, además, el agregado de noticias históricas, críticas, sobre cada una de las formas métricas tratadas y de las estrofas que se mencionan. De esta manera el estudioso puede seguir el rastro de un verso o de una estrofa en la literatura española y saber, con poco esfuerzo, cuáles fueron los poetas más caracterizados que —en diversos siglos— lo usaron.

A este libro, tan cuidadosamente elaborado, tan preciso y tan metódico, lo afean numerosas erratas de impresión que llegan a entorpecer el sentido de frases del autor. Estas erratas han sido salvadas, en parte, en una fe compuesta de veinte e inserta en el texto y en una hoja suelta que registra siete más. Pero fuera de todas éstas quedan algunas, y no despreciables, que han escapado al expurgo.

Anuncia el autor una *Historia de la cultura chilena*, desde sus orígenes hasta nuestros días, como obra actualmente en preparación. He aquí un libro que hace falta y que el señor Vicuña Cifuentes está bien capacitado para realizar. Si el autor necesita—como es lógico suponer—estímulo para producir, creo que los aplausos cosechados por su última obra serán suficientes para que en poco tiempo más leamos las páginas

de su *Historia*. El buen gusto, el talento y la espléndida documentación de que dispone el señor Vicuña aseguran a su libro una vida espléndida.

De esta manera se habrá coronado con una obra solidísima, esperada anhelosamente por todos, una carrera literaria que cuenta ya cuarenta años y que, a pesar de desmayos transitorios, promete todavía páginas de privilegiado interés a todos los chilenos.—R. Silva Castro.

CUESTIONES SOCIALES

TEMPESTAD EN LOS ANDES, por Luis E. Valcárcel.

El libro *Tempestad en los Andes* (1) del escritor peruano Luis E. Valcárcel, intenta una reivindicación del *indigenismo*, vasto problema de raza en la tierra de Manco Capac. La raza quechua renace en las páginas combativas de este libro que tiene entonaciones proféticas e inquietudes de artista. Porque Valcárcel espera, tiene fe profunda en la próxima aurora indígena. La sierra está llena de Espartacos, apunta en el prólogo José Carlos Mariátegui, el hondo ensayista peruano; sólo que no concede gran valor a la reivindicación como problema filosófico o cultural, sino cuando, convertido en realidad tangible, asuma

el carácter de problema económico o político. Es decir, un carácter de realidad social.

El indio se resigna, se inmoviliza en la actitud pétrea de las ruinas. Vive sometido, esclavizado, confinado en las agrias gargantas andinas o en los valles inaccesibles de la sierra. Sueña o vuelve su corazón a los lejanos días del señorío. La nostalgia del dominio sobre las tierras por las cuales vagaba libremente, está viva, aunque oculta en lo subterráneo de su conciencia aparentemente en letargia. El *gamonal*, entre tanto, lo ha acorralado. Para el gamonal el indio es una bestia. Y este fenómeno del feudalismo, en pleno corazón del continente, no es una vana palabra, sino una realidad dura y aplastante. El *gamonalismo* se interna en la sierra, tiene ramificaciones, recias y apretadas, que parten desde la costa, la región del blanco o del mestizo, y van a infundir la desesperanza en los propios esclavos, puesto que convierte al indio alfabetizado en explotador de sus propios hermanos. El *gamonalismo* comprende que en esta humillación reside gran parte de su fuerza y se obstina en ahondar las divergencias.

Pero el indio no se abate. Hay una fuerza centenaria de repulsión y de rencor contra el blanco, que arranca de lo más oscuro e inextricable de su naturaleza indómita. El blanco pudo vencerlo, pero no impidió que bajo la resignación inmóvil y petrificada ardieran las llamas del odio. El rostro del indio es mudo, hermético, impenetrable, siniestro. Revela milenios libres, amplias y turbadoras nostalgias, inmensas zo-

(1) *Tempestad en los Andes*. Editorial Minerva, Lima.

nas de poderío y libertad. Por eso se recoge en la tradición y espera.

Valcárcel, en su dura admonición al occidental, reivindica para el indio puro todas las virtudes fecundas de raza.

El indio—dice—es el único trabajador en el Perú, desde hace diez mil años. Levantó con sus manos la fortaleza gigantesca de Sajsawaman, la ciudad sagrada del Sol, los templos y los palacios incaicos, los grandes caminos continentales, la canalización de los ríos, la captación de las aguas, los colosales acueductos, las terrazas innúmeras, las subterráneas galerías, las urbes coloniales con sus moles catedralicias y sus conventos de graníticos claustros, los puentes, las fábricas, los ferrocarriles, las obras portuarias, las instalaciones infernales de las minas profundas y multimillonarias. El indio lo hizo todo mientras holgaba el mestizo y el blanco entregábase a los placeres....

.....

La raza madre en los Andes sobrevive. Siguen alimentándola como nodriza gigantesca. Apagado el lumínar de *tawantisuyo*, brillan aún sus resplandores en el despojo humano, como brillan los últimos rayos del sol en las altas cumbres. En la meseta andina, en la sierra del Perú, no ha muerto la gran cultura aborígen.

Valcárcel niega importancia a la civilización de los occidentales, porque para él el Perú esencial, el Perú invariable, no fué nunca sino indio. De un extremo a otro del territorio, el mapa está erizado de circunstancias netamente indígenas. En las montañas, en los ríos, en los valles, en los poblados, las huellas de la raza imponen la admiración.

Carecen de valor, para este espí-

ritu ardiente y cultísimo, las energías del blanco conquistador y sus esfuerzos de penetración. La raza subsiste idéntica a sí misma. El atavío exterior no modifica su alma ni cambia su ser. Aunque el indio vista como un occidental o piense como un europeo, el espíritu no se deshace. La raza no muere. Desaparece la cultura; el árbol étnico enmaraña su ramaje en el bosque espeso de otras culturas exóticas, pero las raíces tejen y anudan en lo más hondo de la tradición milenaria, sus irrompibles ligaduras. La raza *keswa* fué cultura *titikaka* y después ciclo *inca*. Sus formas desaparecieron; pero el *keswa* está siempre por encima de las catástrofes. Después del primer imperio, los andinos cayeron en el *felahismo*. Luego surgió el *incario*, cuya duración alcanzó quinientos años hasta el instante de la aparición devastadora de Pizarro.

Sólo que es difícil, tal vez imposible, fijar en las mentalidades de hoy los términos del problema racial tal como quiere Valcárcel: reivindicación y resurgimiento del indio, como raza total y dominadora. Por más que el Perú sólo tenga una cifra de 3 o más millones de indios, el problema no adquiere, por eso, relieve de solución. El blanco es tenaz y disolvente y el mestizaje mismo una barrera cada vez más cerrada para la aspiración indígena pura. La *costa* y la *sierra* representan en el Perú regiones en cierto modo antípodas y beligerantes. La costa imprime, si bien lentamente, su dura dominación. La costa es la posibilidad de todas las invasiones pacíficas y, por lo tanto, la penetración

económica en las regiones hostiles de la sierra. Las grandes masas inmigratorias que el gobierno peruano ha solicitado por intermedio de una *concesión yankee*, constituirán un avance más de la costa hacia el interior y la entrada del occidental rubio en los dominios tradicionales del *incario*.

El propio autor fija los términos del problema en un cuadro lleno de verdad y de vida:

En el período de la Conquista, las hazañas de los bravos aventureros se realizaban entre los riscos y los peñascales de las tierras altas; del Cuzco salían todas las expediciones, ya al Tucumán, ya a los desiertos de Atacama. Existieron dos coloniajes: el coloniaje de Lima, pleno de sibaritismos y refinamientos, con un acentuado perfume versallesco—la Perricholi su símbolo—y el coloniaje del Cuzco, austero hasta la adustez, varonil y laborioso. La colonia costera tiene su tradicionista y la crónica cortesana de Ricardo Palma. La colonia serrana no está historiada. El peninsular absorbió el barroquismo *chimu-naska*: tras de las montañas fué americanizando virilmente el hijo de Castilla. En las sierras, lo indio se impone: a las orillas del mar lo español. Este *eterno femenino*, tiene sus mejores páginas en la historia republicana, desde los albores de la vida libre.

San Martín se adormeció en sus brazos con laxitud capuana, en tanto que Bolívar se vigorizaba en los fríos climas de los campos serraniegos. En el Cuzco el libertador se postró ante el solio de los Incas. En Lima el libertador era servido de rodillas. Lima fué dos veces violada por el invasor extranjero y su feminidad se exacerbó siempre, en su diplomacia versátil. Lima es extranjera, imitadora de los exotismos, europeizada, y el Cuzco, vernáculo,

nacionalista, castizo, con un rancio orgullo de legítima prosapia americana. La sierra es la nacionalidad.

El Perú vive fuera de sí, extraño a su ser íntimo y verdadero, porque la sierra está supeditada por la costa, uncida a Lima. Sólo de este modo se explica que haya República Unitaria Central, que predomine lo que no es autóctono, que gobierne y dicte las leyes una minoría extravagante sin ningún vínculo ni afinidad con el pueblo del Perú, con la raza que creó la cultura por el esfuerzo milenario.

Es decir, feminidad en la costa, masculinismo en la sierra. Estas diferencias fueron marcadas desde antiguo. En el interior los hombres sobrios con recio espíritu guerrero. En el litoral, los hombres viciosos, sensuales y muelles. Sólo que Valcárcel, en su noble ímpetu indigenista, olvida que en la costa se plasmó y está plasmándose una cultura de gran vuelo.

En la segunda parte del libro, *Detrás de las Montañas*, Valcárcel ha trazado cuadros vigorosos, llenos de color y de intensidad, manchas admirables de la vida rural en las que pasan las figuras de la mujer india y se condensan los trazos, secos y penetrantes, de los poblachos mestizos.

Hórrida quietud de los pueblos mestizos—escribe—. Por el plazón deambula con pies de plomo el sol del medio día. Se va después, por detrás de las tapias, de los galpones, de la iglesia a medio caer, del caserón destartado que está junto a ella; trepa el cerro y lo traspone, voltea las espaldas definitivamente y la espesa sombra sumerge al pueblo.

.....

Gusanos perdidos en las galerías subcutáneas de este cuerpo en descomposición que es el poblacho mestizo, los hombres asoman a ratos a la superficie; el sol los ahuyenta, tornan a sus madrigueras. ¿Qué hacen los trogloditas? Nada hacen. Son los parásitos, son la carcoma de este pudridero.

El señor del poblacho mestizo es el leguleyo, el *kelkere*. ¿Quién no caerá en sus sucias redes de arácnido de la ley? El indio toca a su puerta. El gamonal lo sienta a su mesa. El juez le estrecha la mano. Le sonrían el subprefecto y el cura.

Hórrida quietud de los pueblos mestizos, apenas interrumpida por los gritos inarticulados de los borrachos. La embriaguez alcohólica es la más alta institución de los pueblos mestizos. Iguales ante el alcohol, antes que iguales ante la ley.

Todos los poblachos mestizos presentan el mismo paisaje: miseria, ruina: las casas que no se derrumban de golpe, sino que, como atacadas de lepra, se desconchan, se deshacen lentamente, son el símbolo más fiel de esta vida enferma, miserable, de las agrupaciones de híbrido mestizaje.

Para la mujer andina, para la india, tiene Valcárcel acentos de honda ternura y comprensión. No hay sobre la tierra una mujer que posea tantas virtudes hogareñas y sociales. La sigue en sus jornadas de leguas, por los caminos y las sendas, por los villorios y los despoblados, con el huso en movimiento y llevando su crío a las espaldas. Es solícita, tierna, cuidadosa. En el mercado, en la tienda, en el empleo trabaja incansable y cuando el varón es perseguido, lo reemplaza en todas las tareas. Su visión de los *ayllus* es un canto:

Los *ayllus* respiran alegría. Los *ayllus* alientan belleza pura. Son

trozos de naturaleza viva. La aldehuela india se forma espontáneamente, crece y se desarrolla como los árboles del campo sin sujeción a plan, las casitas se agrupan como ovejas del rebaño; las callejas zigzaguean, no son tiradas a cordel, tan pronto trepan hacia el altozano como descienden al riacho. El humillo de los hogares, al amanecer, eleva sus columnitas al cielo.

Con el alba sale de los apriscos el ganado y el olor a boñiga fresca agrega un matiz al paisaje campero. Silba el pastorcillo. Ladra el perro custodio. En marcha. Por el desfilaro, la teoría mugiente y balante rumbo a los verdes ichales de la altura.

Describe los cuadros y las fiestas de los habitantes de los *ayllus*, en los días de trabajo, el ir y venir de las mozas solícitas, las ruedas en donde humean las ollas del almuerzo.

Los perros frente a sus amos, fija la mirada de sus ojos lacayos en las bocas que se hartan. Termina el banquete.

Otra vez el canto, otra vez el *rompe*; las mujeres a los hogares; el sol en el zenit. En la lejanía los *Apus*, solemnes, los *Aukis* menores, imperturbables *kamachikuij*, presidiendo la tarea de todos los días, paternalmente. Y luego las fiestas. La alegría del *kalcheo*, cuando todo el *ayllu*, desde el *machu* centenario, hasta el *wamacha* apenas en pie, deshojan las rubias, las blancas, las rojas mazorcas, cuando la *Marka* y el *tak'e* están henchidos para todo el año, cuando los ventrudos *rakis*, los *urpus* mayores, están ahitos de dulce *akja*. ¡Oh felicidad!... *Kenas* y *pinkuillus*, *antharas*, armonizan sus sonos orquestales y todo el *ayllu* entra en la danza, en la *Kashwa* magnífica y de todos los pechos rebosa el júbilo hecho canto. Gracias al Sol, gracias a la tierra, gracias a las cumbres y a los cerros y al río. La *T'inka*

solemne de la cosecha es el tedeum de los ayllus. Vivir y morir bajo el gran cielo de los Andes. Vivir al amor de su paisaje. Vivir la eterna juventud de los pueblos campesinos. Los ayllus son trozos de naturaleza viva.

El libro de Valcárcel es una larga y bella apología del indio, una viva evocación del pasado heroico y esplendoroso y una dura diatriba contra el blanco conquistador. Lo animan cuadros de vigoroso colorido. Un lenguaje rico y enérgico y hasta una ortografía original. La tesis ilusoria. El advenimiento del dominio incario, una bella aspiración, imposible de ser lograda en la conformación actual de las sociedades. El blanco penetra, lleva su riqueza, sus instrumentos técnicos de dominio, sus máquinas, sus industrias. Lleva por encima de todo su sangre, que promueve los mestizajes y agota, poco a poco, la primitiva energía del indio.—*Julián Sorel*.

REDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, por
Waldo Frank.

Waldo Frank en su libro toma la actitud del filósofo (1). Es uno de esos americanos que buscan la «integración» en el hombre de su país y advierte con insistencia que no quiere que se confunda su crítica con la de un H. L. Mencken, exclusivamente destructiva. El detalle pintoresco, la sátira de la política e

(1) *Redescubrimiento de América*. Publicaciones de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1929.

instituciones yanquis se encuentran en las obras de Mencken, en los famosos *Prejudices* y en los artículos del *American Mercury*. A ellos remitimos a quienes sólo quieren captar, con cierta melancolía de impotentes, el lado podrido de la vida norteamericana. Sin negar la admirable verba de Mencken, su riqueza de informaciones, su irrespetuosidad (que nos haría falta en ambientes tan adormecidos como los de esta América del Sur), creemos que con libros como el de Frank nuestras relaciones espirituales con los Estados Unidos pueden fijarse con mayor diafanidad y comprensión. A pesar de que el libro de Frank es un libro para intelectuales y no son precisamente los intelectuales quienes, en esta hora de América, orientan la historia. También la América del Sur está regida por el «hombre práctico» en el sentido unilateral en que lo define Waldo Frank, y hasta en los países de mayor cultura democrática como la Argentina—notaba en días pasados en un jugoso artículo nuestro compañero Ricardo A. Latcham—, el estadista integral con visión del porvenir, responsabilidad racial y pasión civilizadora como lo fué Sarmiento, ha sido sustituido por el hombre que atiende sus propios negocios y se aísla en sus intereses provincianos.

El problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos es acaso el problema más capital que deba afrontar la actual generación hispano-americana. El mundo es cada día más yanqui: no podemos romper la malla apretada de intereses económicos que nos liga a los Estados

Unidos, y de nosotros como de los yanquis depende que esas relaciones no afecten nuestra autonomía y se traduzcan en cooperación o en odio. El problema hay que plantearlo en estos descarnados términos. Intelectuales ingenuos de hace veinte o veinticinco años pensaron que nuestras relaciones con Estados Unidos podían resolverse de una manera dualista: mientras por una parte les vendíamos nuestras materias primas, les pedíamos dinero para tonificar nuestras finanzas, les acordábamos concesiones para explotar nuestras minas y yacimientos, afectábamos ignorar su vida espiritual y, negándoles todo espíritu, nunca tuvimos sobre ellos sino una documentación sumaria. En la palabra «yanqui» plasmábamos nosotros una ira y un despecho impotentes. Había en esa actitud nuestra, pecado capital de envidia, «tristeza de la prosperidad ajena». Nuestra educación y nuestra cultura nunca quisieron advertir el fenómeno. El «ariélismo» era una doctrina de rebeldía lírica que partía de nuestro estado de gracia y de modo unilateral nos acordaba a nosotros todo el espíritu de Ariel y a ellos el grueso materialismo de Calibán. En este período de la vida hispano-americana la retórica se confundió con la espiritualidad. Creían nuestros mulatitos verbalistas que a Estados Unidos y a sus cien millones de hombres podíamos borrarlos del mapa. Estos retóricos vivían en Atenas y los yanquis en Beocia. ¿Qué pasó? Que las relaciones entre ambas Américas, relaciones fatales, determinadas por la economía y el medio geográfico, en vez

de ser relaciones «integrales»—comprendiendo en esta palabra todo lo que es de la persona humana (espíritu y cuerpo, instinto e inteligencia)—se realizaron en el campo limitado de los intereses utilitarios. Nuestros hombres de espíritu no tuvieron el sentido de esa hora crítica. Se disolvieron en la abstención o la protesta declamatoria. No quisieron comprender. Ellos dejaban a los comerciantes negociar, a los trusts extranjeros ramificarse: oponían una retórica negativa que nunca se preocupó de esclarecer el fenómeno. La educación hispano-americana, educación importada de Europa y llena de borrosas imágenes clásicas, des-teñidas por la travesía y el bravo sol de América, no preparaba al hombre tampoco para ese encuentro ineludible con los dioses del poderío yanqui. Fuimos románticos los hispano-americanos en el sentido de que romanticismo es disconformidad, dualismo, discordancia, incapacidad para la adaptación. Pues mientras nuestro estómago necesitaba del yanqui (comprador, empresario, proveedor), nuestra inteligencia quería vivir en la contemplación de unas Atenas o unas Florencias de cartón piedra. La civilización greco-latina había venido de Europa embalada para nosotros y consignada a Rodó o a cualquiera de esos maestros verbalistas que se quedaron en la declamación o en la nostalgia. Surgió de ese dualismo un tipo romántico hispano-americano cuya carencia de realidad, entre un tejido adiposo de retórica, lo hizo un inadaptado. Y como el estómago pedía cosas distintas a las que pedía la sensibilidad,

probablemente ese personaje no sirvió sino para amanuense o mecanógrafo de los yanquis. Y por contraste, y porque nuestros hombres de espíritu quisieron ignorar el presente, surgió también un tipo de «hombre práctico» hispano-americano bastante más cruel y bárbaro que el «hombre práctico» yanqui fustigado por Waldo Frank.

La unilateralidad en nuestras relaciones explica, según Waldo Frank, por qué la atmósfera americana de estos tiempos está cargada de suspicacias. A los hombres de espíritu corresponde establecer la normalidad del fenómeno. A la «abstención» lírica que predicaron los intelectuales de hace veinte años y que entregó la América al tráfico de los hombres prácticos, debe suceder una era de comprensión y esclarecimiento. No podemos ir nosotros contra los imperativos de la Geografía y de la realidad económica. Geografía e intereses nos vinculan a los Estados Unidos. Que esas relaciones se traduzcan en odio o en cooperación es el problema que se plantea.

Los «hombres prácticos» de ambas Américas inclinan la balanza del lado del odio. Hombre práctico según Waldo Frank es el yanqui que creyó el camino más expedito entrar en relaciones con Hispano-América por intermedio de los Gómez, los Sacasa o esa prolífica familia de los Chamorros nicaragüenses. Como halló en estos hombres los «caporales de la hacienda», conocedores del «native man» y dispuestos a darle látigo a éste, su tarea se simplificó. Ese yanqui casi apareció como dulce y humano ante los otros hombres

prácticos nacidos de nuestra barbarie (Gómez, Chamorro y demás caciques de Centro América y el Mar Caribe). Mirado desde este punto de vista el problema de nuestras relaciones con Estados Unidos, la elevación y dignidad con que deben desenvolverse es casi un problema de orden y de decoro interior.

Esto y muchas más cosas nos ha sugerido el compacto libro de Waldo Frank.—*Mariano Picón-Salas.*

VIAJES

TIERRA DE ÁGUILAS. UN SUDAMERICANO EN LA U. R. S. S., por *Eugenio Orrego Vicuña.*

Desde el título es discutible la letra de este libro: ¿Por qué *tierra de águilas*? Rusia es un país plano en que las águilas no deben abundar. Seguramente el autor se ha querido referir a los hombres que han hecho la revolución y a los que más tarde han sostenido—a menudo rectificándolos—los principios de Lenin. Y sólo así es concebible que se llame tierra de águilas a Rusia.

Este libro (1) es un relato de viaje por Siberia y Rusia. El autor sale de China en un vagón del transiberiano y viaja días y días a través de tierras desconocidas. Por fin entra en la Rusia europea y comienza a ver ciudades de relativa impor-

(1) *Tierra de Águilas.* Editorial Barrington. Santiago-Buenos Aires, 1929.

tancia: Ekaterimburgo, la ciudad en que fueron fusilados los miembros de la familia real, luego la nueva capital de Rusia: Moscú, y la ex-capital, Leningrado.

Varios capítulos centrales de la obra se refieren a aspectos de la vida moscovita, que a través del relato del señor Orrego Vicuña se nos muestra como la de una ciudad grande, donde hay palacios interesantes, bellos museos, comodidades propias de cualquier país burgués. En Moscú el autor tiene oportunidad de contemplar el entierro de Krassin, uno de los grandes hombres del bolchevismo heroico de los primeros tiempos. Después de narrar esa solemnidad fúnebre y de consignar algunas impresiones de Leningrado, el libro termina.

Deja en el ánimo una impresión dual. De un lado hay cierta magnificencia de sensaciones, hija de la originalidad del espectáculo. El país siberiano, poblado de mansos dromedarios agazapados en la tierra—sus múltiples colinas erizadas de matorrales—, las ceremonias conmemorativas del estallido de la revolución, en su décimo aniversario, que sorprenden al viajero en las estaciones finales del periplo, la ciudad moscovita, poblada de reminiscencias, los rincones que en ella se le dejan ver: todo eso es atractivo y es incitante. Rusia atrae la atención del más desatento. La tragedia de la familia real, la sublevación armada, el gobierno provisional, la revolución bolchevique, el terror rojo, la Nep, la muerte de Lenin son etapas de un proceso histórico grandioso que no se sabe a dónde va a

parar. El señor Orrego Vicuña no oculta su simpatía por los bolcheviques, pero no se ciega hasta el punto de no ver las imperfecciones del sistema. Sobre todo lo han impresionado los abusos de fuerza, las exageraciones del poder ejercido por hombres ineducados, que en un trato rudo vengan sus resentimientos de muchos años.

Pero junto a esta sensación original, sumamente interesante para quien tenga alguna curiosidad por la vida rusa, este libro deja una desapacible impresión de descuido literario. Ha sido escrito a la carrera, sin duda; tal vez a medida que el autor iba viendo los paisajes que describe y conversando con las personas que conoció en Rusia. ¿Cómo es posible, sin embargo, que no haya sido perfeccionado eficientemente en nuevas lecturas del original y en la corrección de pruebas? La verdad es que no lo ha sido y que de los galicismos, neologismos inútiles, expresiones arbitrarias y disparada—que contiene se podría hacer un nutrido catálogo.

No es esto precisamente lo que pienso hacer en esta ocasión porque el autor, joven y bien dispuesto, no debe ser desalentado. Pero sí se me permitirá anotar algunas expresiones que conviene rectificar en una edición posterior.

En la página 134 de este libro se lee lo siguiente:

En Roma asistí a las primeras predicaciones de Pablo y estaba en la ciudad de Salomón cuando Pedro fué expulsado del templo.

¿Pedro, el apóstol Pedro, expulsado del templo? ¿Cuándo y por

quién? Parece que el autor ha confundido dos episodios bien distintos de la vida de Jesús. Uno es la expulsión de los mercaderes del templo. El Nazareno cede a la indignación que le produce ver convertida la casa de su padre en asilo de viles comerciantes, y arremete contra ellos a golpes de rebenque. Otro es la negación, por tres veces, de Pedro. Tomado preso Jesús, fueron apresados con él algunos de sus discípulos. Uno de ellos era Simón Pedro. Se le interrogó sobre si conocía a Jesús, y antes que el gallo cantara—así lo había profetizado el Maestro—Pedro lo negó tres veces. Bien distinto, ¿no es cierto?

Dice el señor Orrego Vicuña (pág. 267):

...entre los romanos, creadores de una filosofía amable, plena de comprensión humana, que acogía todas las ideas—¿no destinaron un altar para el dios desconocido, el dios que vendría de un pueblo aun no conquistado?...

En esta frase hay casi tantos errores como palabras. Desde luego, los romanos no crearon una filosofía amable porque no crearon ninguna

filosofía. Los romanos se distinguieron como constructores y legisladores, no como filósofos. Y —finalmente—no fueron los romanos los que erigieron un altar al dios desconocido, sino los griegos.

He aquí dos graves deslices que no tienen disculpa. Cuando no se dominan con soltura las cuestiones históricas y filosóficas, no hay necesidad de aludirlas. Es peligroso, como lo prueban los fragmentos mencionados.

Es el del señor Orrego Vicuña un libro malogrado por el apresuramiento y el abandono. El caudal de observaciones en que se basa es muy original y muy interesante. Pero la forma en que está escrito no es recomendable. A los dos deslices mencionados podrían agregarse muchos otros, tal vez menos importantes pero que en conjunto forman un panorama muy nutrido. En él hay expresiones torturadas, malas construcciones, regímenes equivocados, galicismos de frase y de palabra, transiciones bruscas...

Todo un cuadro teratológico en que la literatura sale mal parada.—*R. Silva Castro.*

GLOSARIO DE REVISTAS

Un vistazo a la Lituania literaria

Sólo después que el fino prosista chileno Augusto d'Halmar tradujera tan acertadamente del francés los poemas de Oscar de Lubicz Miłosz, nacido en Lituania, nuestro conocimiento de la floreciente poesía de aquel país dejó de ser impreciso. Pero, hay que confesarlo, no conocíamos hasta hoy a sus mejores prosistas y demás escritores. Felizmente la escritora Sophie Ciurlionis, en uno de los últimos números del *Mercure de France*, nos da un breve panorama de la historia literaria de su país.

«La Lituania arcaica—empieza diciendo—no nos ha legado ningún documento literario.» En efecto, la Edad Media no fué para Lituania sino una época de persecuciones religiosas de los castellanos contra sus vasallos, de luchas internas entre los boyardos y éstos por la conquista de sus derechos feudales,

mientras el elemento intelectual odiaba el paganismo del pueblo. El idioma preferido por este último era el latín, al paso que los letrados adoptaban un eslavo mezclado, de donde iba a surgir luego el idioma polaco. «La escisión que se diseñó ya en el siglo XII, entre la aristocracia y el pueblo—nos dice Sophie Ciurlionis—, no debía dar sus amargos frutos sino después de la unión de Lituania con Polonia.» La cultura transmitida por esta última ahondó el abismo que existía entre los nobles y sus siervos. Sólo en los primeros años del siglo XVI aparecieron los emisarios de la Reforma religiosa, cuando el pueblo estaba más sumido que nunca en las tinieblas mentales. Pero entonces surgió una lucha entre el protestantismo invasor, ayudado por la Imprenta, recién descubierta, y el catolicismo lituano subsistente en la nobleza, el cual se resistió a ser desalojado.

Los primeros escritores li-

tuanos son: Estanislao Rapagelonis, Abraham Culvensis, Mazvydis-Vaitkunas, Bartolomé Villentas y Bretkunas, traductor de las *Escrituras* al lituano. Todos son hombres de la Iglesia y en su labor planea el espíritu místico. El más notable de ellos es el obispo Mykolas Dauksa, que luchó mucho en el sentido de inducir a los nobles lituanos a usar el idioma propio, en vez del polaco. Sin embargo, como dice la autora, «las condiciones políticas y sociales más precarias favorecieron, por el contrario, la persistencia del polaco en las esferas privilegiadas de la nación.» De todo esto, dos corrientes literarias surgen y se posesionan del siglo XVII: una de expresión polaca, otra íntegramente lituana, hostil a la primera. Ayudado por esta última, el nacionalismo democrático de ese país lucha contra la nobleza polonizada.

En el siglo XVIII predominan los estudios claustrales sobre el idioma. Los calvinistas Sirvydas y Radzivill se preocupan sobre todo de su dogma, pero también pulen el instrumento verbal con que más tarde Mickiewicz iba a cantar la belleza de las verdeguantes planicies de Lituania. Después los escritores lituanos se alejan visiblemente de sus modelos clásicos. Baja el nivel intelectual del país. Este se empobrece en relación directa con la ruina de Polonia,

que lo subyugaba. Sólo a mitad del mismo siglo brilla un poco el poeta, teólogo y filólogo Christian Duonelaitis, que llega a interesar a la intelectualidad alemana. La triste condición de los campesinos de la región de Tolminkienis, donde fué cura, le inspiró su obra maestra, *Las Estaciones*.

Hacia el fin del siglo XVIII la disolución de Polonia crea una nueva era para Lituania. La actividad intelectual y social se concentra entonces en Vilna, capital del Gran Ducado. «La idea de una patria lituana común junta en el terreno social a todas las clases y todos los partidos, sin iluminarles sobre el peligro de mantener su unión con Polonia, única responsable de todas las desgracias públicas», anota Sophie Ciurlionis. «Esta ceguera tuvo por efecto desviar el curso de las ideas nuevas de su fin verdadero, y una separación definitiva, en el dominio político, de las dos causas nacionales, la lituana y la polaca.» Luego la idea nacional pura tuvo un rápido desarrollo, y encontró un adalid en el abate Antonio Strazdas. Ese movimiento está coreado por un florecer de cantos populares y poemas políticos. La juventud universitaria de Vilna crea una actividad intelectual en torno al gran historiador Niezabitowski, mientras los dolientes poemas de Valiunas son precursoro-

res de Mickiewicz y de Norwid.

Dominada por Rusia, Lituania es reducida a la impotencia. Como una protesta grandiosa contra ella, el historiador Simón Daukantas (1793-1864), hace el juramento de no escribir sino en lituano. Su enorme *Historia de Lituania* y demás obras las escribe expresamente para el pueblo. Igual tendencia sigue su discípulo Mateo Valancius, también obispo y autor de una *Vida de los Santos*. Por esa época, la rusificación de Lituania alcanza un período máximo y terrible. «Hacia 1860 —dice la autora—, tres cuartos de los habitantes de Vilna hablaban aún lituano. Después de esa fecha, la opresión moscovita y su consecuencia fatal, la polonización, completaron su obra.» Valancius, en Tilsitt, y el doctor Basanavicius, uno con el diario *Auzra* y el otro con una revista, contribuyen clandestinamente a mantener el espíritu lituano contra Rusia. Cronistas, historiadores y poetas: Sliupas, Silvestravicius, Miliauskas, la señora Slupiene, Vistelis Visteliaukas, Vanagelis y otros consagran a esa obra lo mejor de sus fuerzas y talento.

En 1889, la juventud lituana universitaria de Varsovia y Moscú fundó *Varpas* (la

Campana), periódico dirigido por Kudirka. Colaboran en sus páginas, enciclopédicas y vibrantes: Masiotas, Juan Jablonskis, Petkeviciaité, Visinskis, Bulota y Grinius. Se dan a conocer y quedan consagrados ahí, también, algunos novelistas como Bité, Peckauskaité, y el mismo Kudirka, en cuya obra *Las Campanas de la Patria* palpitan todos los dolores, alegrías y aspiraciones del oprimido pueblo lituano. En otro periódico, *Tevynes Sargas* (*El Guardián de la Patria*), órgano de la clerecía, brillan Dambrauskas, Pietaris, y los abates Maironis y Tumas-Vaizgantas. De entre ellos, sólo Maironis resalta como el más genial. Contemporáneo suyo es Francisco Vaicaitis, que murió en 1901. En su obra, *El Fin de Keistutis* se acerca a la vieja poesía popular. Es que por esa época se ha iniciado un verdadero movimiento de revisión del folklore, en el cual toma parte hasta la Academia rusa de Kazan. En Lituania lo sostienen Birziska, Tumas, Basanavicius, Kursaitis y Kalvaitis.

En 1904, Rusia, al ser vencida por el Japón, concedió cierta libertad a Lituania. Por ese tiempo se publicaban más de 30 diarios lituanos en Estados Unidos, y ninguno en el país propio. Pero se crearon algunos en San Petersburgo y Vilna. Esta capital se

convirtió en un centro literario. Su efervescencia mental se vertió en infinidad de publicaciones periódicas, libros y obras teatrales. Los poetas líricos Vaitkus y Gira, las señoras Zymantien y María Peckauskaité, así como los escritores realistas Vaizgantas y Antonio Smetona van a la cabeza de este renacimiento intelectual lituano, creado por su independencia política. Otra tendencia, la imaginativa, representa hoy en la literatura lituana el profesor y autor dramático Guillermo Storastas, nacido en Lituania Menor. A la cabeza de la juventud vanguardista, por otra parte, va el escritor Vicente Krevé-Mickevicius, autor de varios poemas y cuentos psicológicos llenos de humor, y de dos «misterios» de grandioso estilo: *Los Inmortales* y *Antes del Nacimiento de los Siglos*.²⁶ En el resto de la juventud que actualmente mantiene vivo el fuego intelectual en la literatura de Lituania, figuran el prosista Putinas y los poetas líricos Balys Sruoga, Faustas Kirsa y Juozas Tysliava, autor del bello poema *Golpe de Viento* que al publicarse en París ha sido prefaciado por Milosz. Este último no figura como parte integrante del movimiento de ese país, según la escritora Ciurlionis. Lo considera de lengua extranjera, junto con Dostoyewski y el poeta ruso Baltrusaitis.—A.

Alemania y Chile

En el número de Marzo último de *Deutsche Rundschau* encontramos un interesante artículo sobre la situación política y económica de nuestro país y sus relaciones culturales con Alemania. Su autor es Max Jumpertz. Resumiremos los principales pasajes de este trabajo.

Cuatro son las naciones civilizadas que han ayudado a Chile en su ascensión a la cultura moderna: Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania.

Estados Unidos, valiéndose de sus poderosas finanzas, pretende sólo un imperialismo político-económico. Inglaterra procura conquistar monopolios de carácter económico y se sirve para ello de su gran influencia política. Francia se preocupa sólo de mantener su prestigio. Trata de conservar las pocas influencias que todavía ejerce sobre la sociedad chilena y de recuperar las que ha perdido. Al predominio político de los yanquis Chile se opone tanto como al predominio económico de Inglaterra: igual que los demás países latino-americanos se defiende del anglo-americanismo, oponiendo un ibero-americanismo consciente. En cuanto a la influencia francesa—incontra-
rrestable y todopoderosa hasta 1870—, ha empezado a de-

crecer desde entonces y hoy sólo tiene alguna importancia tratándose de la educación artística y literaria.

Frente a estos países Alemania—a pesar de su impotencia política, y precisamente tal vez por esto mismo—ocupa en Chile una situación privilegiada. Chile es, de todos los países sud-americanos, el que tiene mayores vinculaciones culturales con Alemania.

Desde el punto de vista financiero, Chile seguirá dependiendo de los Estados Unidos y de Inglaterra. Pero desde el punto de vista espiritual, metodológico y de organización, Chile, actualmente, confía más en Alemania que en cualquier otra nación civilizada. En Chile, a juicio de Jumpertz, se está operando una crisis política, económica y cultural saludable. Se trata de dar, y en gran parte ya se ha dado, una nueva organización a la vida política, económica e intelectual, tomando en muchos aspectos como modelo a Alemania.

Desde hace cinco años—en forma pacífica y bajo la inspiración del Presidente Ibáñez—se está operando en Chile una verdadera revolución política, cultural y económica.

Tres circunstancias habrían determinado—a juicio de nuestro articulista—estos trastornos: el Ferrocarril Transandino terminado en 1910, el Canal de Panamá abierto en 1914 y la crisis que sufrió, con

motivo de la Gran Guerra, la industria del salitre. Esta última es la más decisiva.

Las dos primeras circunstancias, el Transandino y el Canal de Panamá, cambiaron la situación política internacional de Chile, que hasta entonces se encontraba separado del resto del mundo por el desierto de Atacama y por Los Andes: dos barreras geográficas que dificultaban la participación del país en la vida política, espiritual y cultural del mundo.

Pero es la crisis de la industria salitrera la causa principalísima de los trastornos políticos y económicos que se han observado en Chile en los diez últimos años y que el actual Gobierno está empeñado en corregir, lo que se ha hecho ya en gran parte.

Antes de la Gran Guerra, Chile tenía el monopolio de la producción del salitre. Los impuestos aduaneros por este capítulo proporcionaban al país la mitad de las entradas fijas del presupuesto nacional. La Gran Guerra, que llevó a los alemanes al descubrimiento del salitre artificial, produce la crisis de esta industria en Chile. Ya Chile no dispone de esta renta fija con que alimentaba su presupuesto. Este se desorganiza: graves trastornos económicos son las consecuencias inmediatas; anarquía, corrupción y desorden político son las consecuen-

cias más remotas de esta situación. Y en estas condiciones le toca actuar al Ejército, como único instrumento de orden y tranquilidad. Es el General Ibáñez el que preside esta reorganización, que abarca todos los aspectos de la vida pública.

En el orden económico se ha producido en Chile una desviación de la minería hacia la agricultura. Nuestro país no puede confiar, con la seguridad de antes, en las entradas del salitre. Desde un siglo las miradas de los financieros chilenos estaban dirigidas hacia el norte, hacia la minería. El centro del país tenía poca y el sur ninguna importancia para las finanzas del Estado. Después de la crisis del salitre esto ha variado. Los círculos gubernativos han empezado a preocuparse con un mayor interés de la agricultura (centro y sur del país), hasta entonces relegada a segundo término por las actividades mineras. Se ha dictado una ley de colonización, siguiendo el modelo de las leyes agrarias alemanas. Se han abierto nuevos territorios a la agricultura y a la ganadería. (Aysen.)

Y en todas estas reformas económicas Chile está empeñado en trasplantar métodos y sistemas europeos y particularmente alemanes. Dentro de los bien entendidos intereses del país, el Gobierno del Pre-

sidente Ibáñez busca apoyo en los países más adelantados del mundo, donde puede encontrar nuevas formas, bajo las cuales desarrollar libremente las excelentes disposiciones del pueblo y del territorio chileno. El espíritu y los procedimientos alemanes tienen, en este sentido, gran importancia.

Las vinculaciones culturales entre Alemania y Chile son más profundas, son más estrechas, tratándose del sistema educacional y de la organización del Ejército. La organización de nuestro Ejército y de nuestra enseñanza, tal como la tenemos hoy día, data de la administración Balmaceda.

Don José Manuel Balmaceda comprendió que la grandeza de Prusia y de Alemania era la obra de estos dos elementos: el ejército y la escuela. Con este pensamiento se emprende la reforma militar y educacional chilena separándola de las ideas y de los métodos latinos que imperaban hasta entonces, que fueron reemplazados por métodos alemanes. De esta época data el Instituto Pedagógico chileno, calcado sobre modelo alemán y atendido por personal alemán.

La reforma educacional iniciada por Balmaceda se ha mantenido dentro del espíritu germánico. En 1920 fué completada por la ley de Instrucción Primaria Obligatoria; y

bajo el Gobierno actual—en Diciembre de 1927—ha sufrido una nueva reforma siempre dentro del mismo espíritu. El ex-ministro alemán de Educación Boelitz no fué ajeno a esta última reforma.

Otro tanto ocurre con el Ejército, obra también de Balmaceda. Este ilustre Presidente prestó gran atención al Ejército, porque vió en él, primeramente, un instrumento que podía darle a su Patria un papel político en el Pacífico, y en segundo lugar, un valiosísimo elemento de disciplina y educación: una segunda escuela—posterior a la primaria—para disciplinar y educar al hombre ya maduro. Y es preciso reconocer que el Ejército chileno ha cumplido esta misión, colaborando con la escuela en la lucha contra el analfabetismo; y devolviendo a la Nación, después de cada año—tiempo que dura el servicio militar—ciudadanos honrados y trabajadores, elementos de orden y disciplina. Esta misión educadora del Ejército la tuvo muy presente Balmaceda. Y al echar las bases de la organización militar chilena siguió estrictamente el modelo prusiano-alemán, desde el equipo hasta la organización y disciplina internas.

Y tanto el sistema escolar como la organización militar chilena han dado sus frutos. Sobre todo esta última, si se

considera que las transformaciones saludables que ha experimentado y que está experimentando Chile desde hace cinco años, son obra del Ejército, único organismo social que en medio de la anarquía del desorden y de la corrupción política, logró mantener una tradición de orden y de disciplina.—*J. H. G.*

Las recientes elecciones inglesas

La nueva Cámara de los Comunes fué elegida el 30 de mayo de este año. El escritor político Wickham Steed, desde el otoño de 1923, había predicho el resultado exacto de esas elecciones. Según su experiencia de los sentimientos del país, creía que los conservadores perderían algo así como 150 asientos, mientras que los laboristas ganarían lo menos 110. En cifras redondas, atribuía 240 representaciones de conservadores, 270 de laboristas y 105 de liberales. Steed no se equivocaba respecto a la representación de estos últimos. Algunos conservadores quedaron asombrados por tal predicción.

«Me preguntaron la razón de una predicción tan pesimista—cuenta Wickham Steed, en la *Revue de Paris* de 1.º de Julio de este año—. Uno de ellos me aseguró que

un personaje importante, de la camarilla del Presidente del Consejo, Mr. Stanley Baldwin, sostenía que el gobierno no perdería sino de 30 a 400 votos de su mayoría. A las explicaciones que le dí, respondió tristemente: «Hemos olvidado todo eso ya.» «El país no las ha olvidado», repliqué yo.» Esas cosas estaban, en efecto, grabadas en los espíritus de millones de electores.

Para comprenderlas habría que remontarse a las elecciones de 1924. Para ello, necesitamos atenernos a lo que dice Steed:

«El gobierno laborista, al cual el difunto mister Asquith había facilitado que arrebatara el poder en Enero de 1924, fué derribado en Octubre del mismo año por los conservadores y radicales reunidos, por haber hecho cesar las iniciadas persecuciones contra un diario comunista. Según la costumbre constitucional, el Rey autorizó a Mr. Ramsay Mac Donald, primer ministro laborista, a disolver el Parlamento y crear uno nuevo. En esa época los conservadores contaban 258 diputados, los laboristas 191 y los liberales 159. Todo hacía prever una victoria conservadora y la reconquista del poder por Mr. Baldwin. Recuerdo haber predicho, en el momento de la disolución, una mayoría conservadora de 30 a 40 votos. Algunos días antes de las elec-

ciones, un diario conservador publicó el texto de la famosa «Carta Roja» que Zinovieff habría dirigido a un comunista británico llamado Mac Manus. Según ese diario, el texto original de la carta se hallaba en manos del Foreign Office, del cual Mr. Mac Donald era todavía jefe.»

No cabe duda de que tal carta constituía una maniobra electoral del partido conservador, puesto que el personaje destinatario de la Carta Roja vivía en esa época en Moscú, a pocos pasos de la oficina del mismo Zinovieff; pero el ministro laborista, que se hallaba en viaje de propaganda electoral, tomado de improviso, amonestó severamente a la Embajada soviética en Londres. Ya se había desatado, no obstante, en la prensa anti-laborista un torbellino de protestas y acusaciones. El país se atemorizó ante un posible peligro bolchevique. Varios políticos liberales engrosaron las filas conservadoras, por su fuerte influencia. Mr. Baldwin se halló de pronto al frente de 415 diputados, en una Cámara de 615 miembros. Los laboristas perdieron 32 asientos y se vieron reducidos a 159. Los liberales, con peor suerte, se redujeron de 159 a 39.

Con todo, la estratagema que los conservadores usaron para triunfar iba a perjudicarlos más tarde. Se predecía

que tendrían que perder gran parte de sus sillones, por haber explotado un documento apócrifo. En lo futuro deberían comportarse con más tino para no perder la confianza total de los elementos no conservadores. Así lo comprendía Mr. Baldwin. Y declaró que no se equivocaba respecto a la significación real de su victoria. Sus electores, de seguro, en otras circunstancias, no habrían votado por ellos. Hasta el verano de 1926, Mr. Baldwin resistió a los esfuerzos de sus partidarios menos rectos por desviarlo del camino que había escogido. El ministro se hizo popular por su rectitud, y el país creyó en él.

En 1925, los conservadores quisieron valerse de su mayoría para votar una ley que impidiera a los sindicatos obreros cotizar un fondo político en favor del partido laborista. El pretexto: sostener el principio de libertad individual que violaban esos sindicatos, ya que ellos no se componían exclusivamente de inscritos en el partido laborista. En nombre de los derechos del hombre, los reaccionarios insistían en que Mr. Baldwin privara de fondos a sus rivales políticos. Naturalmente, el ministro halló mezquinos y poco oportunos esos argumentos. El elemento popular le dió la razón, sobre todo porque se había resistido a abrir con ello el fuego de una probabilísima lucha de clases.

Al fin de ese mismo año surgió el problema minero. No seguiremos paso a paso a nuestro guía, Wickham Steed, sino que llegaremos a la conclusión. «Era el 1.º de mayo de 1926—anota el escritor citado—. El gobierno, sostenido por la gran mayoría de los ciudadanos, hizo frente al peligro y en menos de quince días sofocó la huelga general. Salvado ese peligro, la opinión pública esperó que el gobierno aprovecharía la victoria nacional para hacer justicia sin miramientos y sobre todo para emprender la reorganización radical de toda la industria carbonera.»

Pero Mr. Baldwin no hizo nada de eso. Los propietarios de minas, que le proponían un plan de racionalización del conjunto de la industria, no fueron oídos. A los mineros los vencía el hambre. Todo esto iba a ser la condenación del gobierno baldwinista. Acusado el Ministro, en Mayo de 1927 presentó al Parlamento un proyecto de ley que declaraba ilegales la huelga general y la intimidación industrial, y prohibía a los sindicatos obreros cotizar en pro del fondo político laborista. Quería ello decir que Mr. Baldwin había cedido al fin a las pérfidas insinuaciones, que al ejecutarse promovieron una lucha entre laboristas y liberales. Este error y otros, entre los cuales resalta el asunto de Lo-

carno, condujeron al gobierno conservador a la desconfianza total. Varias razones justas le asistieron, es cierto, para rechazar adherirse al Protocolo de Ginebra; pero después hubo de batirse en retirada perseguido por el fantasma del protocolo, al que dió muerte con su rechazo.

Ahora bien, la causa profunda de la derrota del gobierno conservador en las elecciones del 30 de Mayo último, reside en el fracaso de esa conferencia, fracaso, por otra parte, más técnico que nada. Y la responsabilidad recayó sobre Mr. Bridgeman, primer Lord del Almirantazgo y su política naval, sobre Sir Austen Chamberlain por su política exterior, así como sobre la política interior de Mr. Baldwin. Se halló inconcebible sobre todo, que Mr. Chamberlain se prestara a un arreglo en que figuraban, por cuenta de Inglaterra, las mismas reivindicaciones navales que habrían producido el fracaso de la Conferencia de Ginebra, y la dificultad fué mayor cuando los norteamericanos acusaron a Inglaterra de haber querido imponer a los Estados Unidos, con la ayuda de Francia, condiciones que Norte América ya había rechazado en Ginebra. En la sesión de la Comisión Preparatoria de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, el 22 de Abril de este año, las cosas llegaron al clímax. Norte Amé-

rica, no obstante, había estado dispuesta a reabrir la discusión, para poner término a los peligros de una rivalidad naval. En dicha sesión, al revés de la sequedad que poco antes adoptara Mr. Chamberlain, hubo cordialidad en Mr. Baldwin para acoger la proposición americana. Y cuando los pacifistas creían divisar en ello una posible plataforma electoral que despertaría el entusiasmo del país, se vió que la cosa pasaba a un orden secundario en los planes conservadores. Error gravísimo, ya que eso constituía un gran problema que iba a influir fundamentalmente en las elecciones venideras. Los liberales y los laboristas se aprovecharon de ese estado de cosas. Los primeros se consagraron a la paz y al desarme; los otros especialmente a la paz. Mr. Baldwin se batió débilmente en retirada. Resultado: 13.500.000 electores para los candidatos laboristas y liberales. 8.500.00 los conservadores.

En la nueva Cámara de los Comunes, según asegura Wickham Steed, la mayoría en favor del desarme y la paz, especialmente con Estados Unidos, será de 345 contra 257, sin deducir de esa minoría los diputados conservadores que, en tratándose de la paz, serán partidarios convencidos de la política laborista-liberal. Parece, por otra parte, que Inglaterra tendrá que entrar al

fin en una verdadera política pacifista resignándose a perder su «dominio de los mares». Y el fantasma de una lejana guerra por competencia naval con Estados Unidos se desvanece. Por otra parte, Wickham Steed dice que en las recientes elecciones se notó la convicción de que es hora de llegar a una solución en las relaciones anglo-americanas. El gobierno

conservador cometió el error de no advertir esto, y perdió su causa. El nuevo gobierno tiene que hacer caso omiso del orgullo inglés y aceptar la situación actual, que presenta a la civilización moderna algo más digno y fecundo que la desconfianza armada.

Tal sería el sentido de las recientes elecciones inglesas.
—A.

DISPARATORIO

Lo que quiero hacer notar es que, según declaración del mismo Lemaitre, de seguro muy bien informado en la materia, Sara Bernhardt ha recibido en el Brasil, desde el emperador abajo, los más entusiastas aplausos.

Esas señales de admiración no indican por cierto incapacidad artística.

¿Se habrían dado si se hubiera tratado de un ternero de cinco patas?—Miguel Luis Amunátegui: *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*. Pág. 392. Edición oficial. Santiago, 1888.

Cumpliendo su promesa, el ministro vino a la comida y quedó hasta el fin, comiendo y bebiendo con mucho apetito.—Paul Schostakowsky: *El mundo hundido (recuerdos de la Rusia zarista)*. Pág. 186.—Mundo Latino, Madrid, 1929.

Ha vivido los días oscuros del motín popular, visto destruída la libertad de imprenta y encarcelados sus hombres más prominentes.—R. G.: *Larra. El Diario Ilustrado*, Santiago. 8 de Septiembre de 1929.

Si se repite a veces la factura, tal que si se propusiese el joven pintor,

un tema decorativo marcando cosas iguales con el pincel, en cambio la visión es amplia, en ningún momento mezquina y son deseos de inmensidad y de aire.—N. Yáñez Silva: *Notas de Arte. La Nación*. 30 de Agosto de 1929.

Ese negro, favorito de sus amos, guardaba las puertas con majestuosa dignidad; sus dientes de ébano sonreían al paso de los embajadores y los ojos se entornaban ante los príncipes en sensación paradisíaca.—Eugenio Orrego Vicuña: *Tierra de Águilas. Un sudamericano en la U. R. S. S.* Pág. 241.—Santiago, 1929.

Eximición del impuesto a la renta. (Título de una información.)—*La Nación* Santiago, 30 de Agosto de 1929.

Así en el año 1926, por razón de cuotas de sus adherentes, ellas recibieron una suma aproximada de 167 millones de marcos oro, o sea, más o menos, mil millares de francos.—Emilio Tagle Rodríguez: *El socialismo económico del Estado Alemán y la iniciativa privada*.—*El Mercurio*, Santiago, 1.º de Septiembre de 1929.

1929

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año.....pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras, artes, historia, filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Suscripción para el exterior:

Año.....dólares 8.

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica.

DIRECTOR:

J. García Monge

SAN JOSE — COSTA RICA

Centro América

Apartado, 533

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica
Publicada por la Sociedad Editora "Amauta"

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la Torre

LIMA — PERU

Casilla de Correo 2107. Washington, Izq. 544 - 970

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y BELLAS ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz
Ocampo ◊ Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro ◊ Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual).....	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Oficina de la Revista en Santiago Huérfanos 1062, of. 10.



MCD 2013